
EL CASO DE LA
RUBIA DEL OJO AMORATADO
UN NUEVO TRABAJO
DE
PERRY MASON
ERLE STANLEY GARDNER

Diana era una guapa rubia que llegó muy alterada al despacho de Perry Mason. Quería que Mason tomara medidas contra el hijastro de su patrón, un joven particularmente desagradable que la había atacado cuando ella se resistió a sus avances.

Perry se puso en acción de inmediato y consiguió $ 1500 para Diana y una cuota de $ 500 para sus honorarios. Caso cerrado.

Pero a la noche siguiente, la chica que compartía el apartamento de Diana fue hallada asesinada. En la escena del crimen, la policía encontró dos pistas vitales: el arma del asesinato, una pistola cubierta con las huellas dactilares de Diana, y su bolso que contenía un recibo por sus honorarios de los servicios realizados, firmado «Della Street, por Perry Mason».

… una rubia golpeada por el hijo de su jefe.

… un petimetre y su madre.

… un cadáver de mujer empapado por la lluvia.

… un irascible sargento de Policía.

… y, naturalmente, el abogado Perry Mason y su secretaria Della Street.

Erle Stanley Gardner

El caso de la rubia del ojo amoratado

Perry Mason - 25

ePub r1.1

Titivillus 10.10.2017

Título original: *The Case of the Black-Eyed Blonde*
Erle Stanley Gardner, 1944
Traducción: José María Claramunda
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

1

Perry Mason comentó con su secretaria:

—Una rubia con ojo amoratado. Della, es, por lo menos, desconcertante. A no ser que corresponda al tipo de mujer capaz de liarse en una gresca… ¿O lo es?

—Decididamente, no; parece tener un miedo cerval por algo. No llego a entenderla bien. Su voz suena rara… Como si recitase una lección de memoria.

—¿Y la llevaste a la biblioteca?

—Sí. Aguarda allí.

—¿Cómo va vestida?

—Zapatos negros, sin medias; un abrigo de pieles. He entrevisto algo bajo éste que podría ser una bata de casa, negra o una túnica de alguna especie. Y no me sorprendería que eso fuera todo lo que lleva encima.

—¿Y con un ojo amoratado?

—¡Una maravilla de ojo!

—¿El derecho o el izquierdo?

—El derecho. Tiene cabello rubio muy claro, ojos más bien grandes, de un azul verdoso, y pestañas largas. Podría ser muy bonita con un maquillaje adecuado y el ojo en otras condiciones. Yo le echaría veintiséis años. Usted, veintiuno.

—¿Cómo se llama?

—Diana Regis.

—Suena a falso.

—Pues insiste en que es el suyo. Está terriblemente excitada y nerviosa. En resumen, yo diría que tiene los nervios de punta.

—¿Estuvo llorando?

—No lo creo. Parece atemorizada, pero no veo señales de lágrimas. Parece una mujer capaz de utilizar su cerebro en cualquier caso, sin ceder a las lágrimas.

—Eso —dijo Mason— me acaba de convencer. Vamos a echarle un vistazo suficiente para averiguar qué pasa. Hazla entrar, Della.

Della abrió la puerta de la biblioteca.

La rubia, se puso en pie de un salto, medía alrededor de un metro sesenta y pesaría unos sesenta quilos. Su mano izquierda asía con fuerza el abrigo, ciñéndoselo al cuerpo. El tinte de su ojo derecho contrastaba de un modo curioso con su clara cabellera, que caía en ondas sobre sus hombros. No llevaba sombrero.

—¿Señorita Regis? —preguntó Mason, mostrando deferente interés en la voz— ¿Quiere tomar asiento? Della, puedes sentarte ahí. Yo me sentaré aquí. Mi secretaria siempre toma nota de lo que dicen mis clientes, señorita Regis; confío en que usted no pondrá ningún reparo. ¿Qué desea decirme?

La visitante de Mason rompió a hablar casi antes de que Della abriera el cuaderno de taquigrafía. Sus palabras brotaban con rapidez, la voz estaba vibrante de emoción. Había algo en su acento que la identificaba como una clase de mujer a la que es difícil asociar con ojos amoratados u otras lindezas por el estilo.

—Señor Mason, estoy en un atolladero y luchando como una loca. Durante horas he estado pensando y pensando… desde medianoche de hecho: y he resuelto hacer algo… Bueno, acerca de…

Se tocó suavemente el ojo morado.

—Entonces, ¿por qué no vino antes? —inquirió Mason con curiosidad.

—No tenía ropa que ponerme.

Mason enarcó las cejas.

—Si usted está dispuesto a escucharme —murmuró ella—, desearía comenzar por el principio y decírselo todo.

—Doy por sentado —dijo Mason, sin que el tono de su voz revelara más interés que el exigido por la cortesía— que su marido le retiene la ropa y que se ha producido la común rencilla familiar. Él la acusó injustificadamente de infidelidad y…

—No, señor Mason. No hay nada de eso. Estoy divorciada. Hace más de tres años que vivo sola.

—¿Trabaja en la radio? —preguntó el abogado.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Por su voz.

—¡Ah!

—¿Quién le quitó la ropa?

—La persona para quien estoy trabajando.

—¿De veras? ¿Y no le parece una cosa bastante insólita?

—Todo el asunto es insólito.

—En tal caso —dijo Mason, mirando fugazmente a Della para asegurarse de que estaba lista para anotar—, desearía oír la historia desde el principio. Primero, cuénteme algo de su persona.

—Yo he tenido la ambición de triunfar señor Mason —dijo Diana—. Nunca conocí a mi padre. Mi madre falleció cuando yo tenía doce años. Pensé que una huérfana sin dinero sólo podría abrirse camino en el mundo si tenía la determinación de progresar por sí misma. Hice cuanto pude por instruirme. Sólo contaba con una instrucción primaria; pero estudié siempre que tuve la oportunidad de hacerlo: escuelas nocturnas, cursos por correspondencia, fines de semana en la biblioteca pública. Aprendí taquigrafía, dactilografía, secretariado… Luego me hice actriz de radio. Tuve entonces algunas dificultades con un director y estuve a punto de verme sin trabajo.

»Pero entonces, una carta esperanzadora llegó a mis manos. A un hombre llamado Jason Bartsler le gustaba mi voz; quería saber si me interesaría un empleo que me daría muy buenas ganancias. Se trataba de un trabajo muy fácil.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

La joven esbozó un ligero mohín y dijo:

—Nosotras recibimos montones de cartas así no siempre escritas en el mismo lenguaje, pero sí con la misma idea oculta en ellas. No le presté la menor atención.

—¿Y luego?

—Recibí otra. El señor Bartsler me telefoneo al estudio. Tenía una voz muy agradable. Me dijo que estaba enfermo de la vista; que siempre había sido un lector empedernido; que ahora necesitaba de alguien que le leyera; que había estado escuchando la forma en que leía yo, y que no sólo le agradaba mi voz, sino que estaba seguro de que poseía una gran inteligencia. En resumidas cuentas, fui a trabajar con él y descubrí que era un caballero muy gentil, muy cortés…

—¿Cuáles son sus negocios? ¿En qué se ocupa?

—En minería. Tiene alrededor de cincuenta y cinco o cincuenta y seis años; es un hombre aficionado a las buenas cosas de la vida, pero no tiene nada de grosero, nada de repugnante… Es… bueno, decididamente interesante.

Mason se limitó a asentir.

—Proclama que el mal del país es que todos nosotros somos demasiado crédulos. Dice que la tendencia nacional es dar crédito al primer audaz que dora la píldora, y que luego, cuando desaparece el dorado barniz, le echamos la culpa a todo el mundo, menos a nosotros mismos. Sus lecturas son lo más notable que haya encontrado en mi vida.

—¿En qué consisten? —interrogó Mason, con interés.

—Selecciona cuidadosamente artículos de los mejores redactores de los mejores periódicos y me los hace leer.

—¿Y qué ve de raro en eso?

—Que selecciona artículos de cuatro a veinte años atrás.

—No entiendo el porqué.

—No; a menos que los lea… Por ejemplo, antes de la guerra había artículos que afirmaban que nuestra flota podría derrotar a la japonesa en menos que canta un gallo. Y cuando vino la «Prohibición», aparecieron artículos afirmando que, pasara lo que pasara, jamás sería posible conseguir la derogación. Y artículos de economía y finanzas que clamaban que una deuda nacional de treinta billones de dólares[1] causaría la bancarrota de la nación; que cincuenta billones traería el caos nacional. Artículos todos ellos maravillosamente bien escritos, sostenidos por una lógica que parecía absolutamente irrefutable en su tiempo. Ostentan la firma de algunos de los mejores articulistas del país de la época, y algunos vigentes aún hoy en día.

Los ojos de Mason resplandecían de malicia al clavarse en Della Street, para luego volver a Diana.

—¿Qué se propone? ¿Para qué un hombre invierte su tiempo en leer esas cosas? Después de todo, un articulista no es ningún profeta. Se limita a reunir pruebas y extraer de ellas una conclusión lógica.

Diana rió con nerviosidad:

—Temo no explicarme muy bien; pero así es como el señor Bartsler tiene ocupada su mente en lo que él llama «perspectivas

adecuadas». Afirma que el único modo de evitar «tragarse» las cosas que nos aseguran a diario enmascaradas bajo una apariencia de lógica irrefutable, consiste en leer las falacias de ayer, encubiertas con la misma lógica irrefutable.

—Bueno —admitió Mason, risueño—, hay algo de verdad en eso… ¡Si una persona quiere llegar a tales extremos en su afán por cultivar el escepticismo!

—Y así es —respondió la joven—. Afirma que, como nación, somos criaturas. Alguien viene y dice: «¿Quiere usted esta o aquella utopía? Pues la única manera de conseguirlo, es haciendo esto o aquello». Y nadie se preocupa en formular preguntas; lisa y llanamente se ponen a bailar tras el flautista de Hamelín.

La faz de Mason mostraba creciente interés.

—Creo que tendré que hablar con ese hombre —dijo—. Bueno; ahora sepamos cuáles son sus dificultades particulares.

—El caso se inició con Carl Fretch, y…

—¡Un momentito! —interrumpió Perry—. Vayamos por orden. ¿Quién es Carl Fretch?

—El hijo de la señora Bartsler, fruto de un anterior matrimonio; un mozalbete mal criado como no hay otro, aunque nadie se da cuenta de ello hasta que se quita la máscara. Se le ha metido en la cabeza que va a ser un gran actor y ha estado estudiando arte escénico. Piensa como un actor y habla como tal. Ha tenido a su favor todas las ventajas imaginables, y le han dado encima un barniz tan brillante, que, al principio, todo lo que uno puede ver es el lustre y el aplomo que aparenta. En realidad, es un granuja obsceno, egoísta, tramposo e implacable.

—¿Y la señora Bartsler?

—¡Una perra!

Diana lanzó demasiado impetuosamente aquella palabra. Mason sonrió.

—¡Oh! ¡Ya sé que he sido una grosera! —murmuró Diana—. Pero cuando pienso en lo que me hicieron…

—Ocupémonos de otras cosas. ¿Quiénes viven en la casa aparte de los dueños?

—Frank Glenmore y el ama de llaves, una antigua servidora de la familia que ha trabajado como una bestia para ellos. Es sorda, y…

—¿Quién es Glenmore?

—Un agente, me figuro; explota minas ajenas a tanto la tonelada de cuarzo aurífero extraído y despachado al lavadero. Desde que comenzó a fallarle la vista al señor Bartsler, Glenmore hizo las veces de ayudante. Creo que es propietario de la mitad de los intereses de alguna de sus minas. Es un hombre con quien se puede simpatizar, muy cortés… Siempre quiere conocer el punto de vista de los demás. Yo le tengo simpatía.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y ocho años.

—¿Vive usted con ellos, o va a la casa todos los días?

—Tuve que vivir allí, porque el señor Bartsler quería que le leyera hasta la hora de acostarse. Tengo, desde luego, un piso en la ciudad. Lo comparto con otra chica y las dos congeniamos. No quería cederlo, por lo menos hasta que no tuviera la seguridad de que este trabajo sería permanente.

—¿Dónde está su piso?

—En el Palm Vista Apartments.

—Muy bien, oigamos algo respecto a Carl Fretch y este ojo amoratado.

—Bueno. Carl había andado detrás de mí todas las noches que tuve libres, sugiriendo que fuéramos al cine o al teatro, y yo siempre había logrado esquivar sus invitaciones diciéndole que tenía jaqueca, que quería hacerme la manicura o que tenía algunas cartas que escribir. Buscaba siempre el modo de ser amable con él, pero algo distante.

—¿Y qué ocurrió anoche, que la movió a cambiar de actitud?

—Me di cuenta de que la madre estaba molesta y ofendida. Pensaba que yo era un poco engreída y desdeñosa. Bueno; al fin y al cabo yo me sentía un poco sola, y como no veía ningún daño en salir con él a cenar o al cine, acabé por decirle que iría…

—¿Y entonces?

—Apenas salió de la casa —continuó ella— se convirtió en un hombre completamente distinto. Al principio, eso me divertía en grande. Era evidente que estaba representando un papel, encarnando un personaje que él mismo había creado: ¡Todo un hombre de mundo!

»Fuimos a un restaurante, y Carl pidió vinos franceses, mandó al

mozo como si fuera el patrón, y se hizo traer los ingredientes y mezcló él mismo el condimento de la ensalada y todo con un aire…

—¿Qué edad dice usted que tiene?

—Va para los veintidós.

—¿Ha hecho el servicio militar?

—No. Fue excluido, con una clasificación llamada «Cuatro F». ¡Y nadie sabe por qué! Creo que una no tiene derecho a formular preguntas; pero sospecho que algún médico amigo le examinó con una lupa y halló alguna falla mental que lo libró.

—¿Y después de la cena? —preguntó Mason.

—Lo usual…, pero de un modo nada usual…

—¿Qué pasó?

—Traté de ser amable con él y mantenerle en su sitio; pero súbitamente se arrancó la máscara y se mostró tal cual era: ¡un pollo mal educado!

—¿Qué hizo usted entonces?

—Le di un bofetón, salté del coche y eché a andar.

—¿Qué hizo él?

—¡Me dejó andar, el muy condenado!

—¿Muy lejos?

—Kilómetros y kilómetros según me pareció. Finalmente, logré «colarme» en un coche e ir hasta donde pude conseguir un taxi que me llevara a casa. Entonces me di cuenta de que al saltar del auto de Carl me había olvidado en él la cartera, y que no llevaba encima ni un solo centavo. Habitualmente llevo un billete de cinco dólares en la media para casos de apuro, pero aquel día no me acordé de cogerlo.

»Pues bien, le dije al chófer que si iba conmigo a casa, le pagaría. Otro coche se detuvo en ese momento junto al bordillo, y cuando comencé a subir los peldaños del porche, vi a la pasajera, una mujer con aspecto de matrona, frisando en la cincuentena, ligeramente coja y con ojos de vaca. Había oído nuestra conversación e insistió en adelantarme el dinero para pagar el viaje. Iba también a la casa, y tocó el timbre antes de que pudiera preguntarle su nombre. Frank abrió la puerta. Ella dijo que había telefoneado, y el señor Glenmore respondió: «¡Ah, sí! Por ese negocio de minería ¿eh?», y la invitó a entrar. Nunca pude saber su nombre.

»Me avergüenzo de mí misma por no haberle dado las gracias; pero estaba bastante trastornada. Le pedí al señor Glenmore que hiciera el favor de reembolsar el dinero que la mujer había dado al chófer en pago de mi viaje, y corrí escaleras arriba, a mi cuarto. Di vuelta al picaporte… ¡Y allí estaba Fretch, en el centro de la habitación, alto como una torre!

»Bueno, fue entonces cuando comencé a ofuscarme. Le dije que se retirara. Él sólo me sonrió con su fría sonrisita de superioridad y dijo: «No. Voy a quedarme. Si no me salgo con la mía de un modo, pruebo de otro. Quiero decirte algo y es mejor que me atiendas».

—Y entonces ¿qué pasó?

—Entonces —contó ella—, cometí el mayor error de mi vida. Le cogí de la americana y comencé a empujarle.

—¿Qué hizo él?

—Se zafó de un tirón, dio media vuelta y se encaró conmigo. ¡Jamás olvidaré la mirada de sus ojos: fría, calculadora, maligna! Yo no tenía ni idea de lo que iba a hacer; pero había algo en su mirada que me aterrorizó, una fría crueldad, una vileza cuidadosamente estudiada. Dijo: «Muy bien, si quieres que sea a lo bruto… ahí va». Y entonces, me golpeó, con toda eficiencia…

—¿La echó al suelo?

—¡No; me sentó! —respondió ella—. ¡Y violentamente! Vi las estrellas en pleno día y las rodillas se me aflojaron, y luego me hallé sentada sobre el piso, y el cuarto girando a mi alrededor: Carl estaba parado en el umbral de la puerta, inclinándose con una sonrisa burlona, diciendo: «La próxima vez, no seas tan orgullosa». Luego cerró y se fue.

—¿Qué hizo usted?

—Bueno; yo estaba furiosa y… turbada. Ese individuo tiene algo que estremece… Y la presencia de ánimo de una mujer se viene abajo cuando un hombre la golpea así… Fui al baño y me apliqué compresas frías en el ojo; vi que me estaba mojando toda la ropa, eché la llave a la puerta, me desvestí, me metí en la bañera, tomé un largo baño caliente, para relajar los nervios y aliviar el dolor, y en todo el rato no cesé de aplicarme compresas frías en el ojo. A la media hora me sentí mejor. Salí del baño, me sequé, me puse un bata de casa y como me había olvidado de traer las zapatillas, me calcé los zapatos. Y sólo entonces me di cuenta de que aún me

faltaba la cartera. Para entonces ya se me había pasado la rabia.

—¿Qué hizo usted?

—Fui al aposento de la señora Bartsler y llamé a la puerta.

—¿Estaba durmiendo?

—No. Estaba hablando con Carl. Me miró de arriba abajo, como si fuera yo un gusano de la especie más repulsiva. Dijo: «Estaba justamente conversando con Carl acerca de lo que vamos a hacer con usted.. —Yo le contesté—: Bueno; yo también he estado decidiendo conmigo misma lo que voy a hacer con su hijo. Suponía que Carl sería algo así como un caballero; pero bajo esa capa de barniz que con tanta generosidad le han aplicado, no es más que un miserable sinvergüenza».

—¿Cómo lo llamó ella?

—Me miró con altivez y dijo: «¿Qué quiere usted decir?». Yo le contesté que él había tratado de propasarse conmigo, y que, al resistirme, me había golpeado; pero ella me llamó mentirosa en plena cara y dijo que Carl me había sorprendido robando, y que yo había tratado de conquistarle para arrancarle las pruebas de mi delito.

—¡Robando! —exclamó Mason.

—Eso mismo. ¿Sabe usted lo que hizo? Pues había llevado mi cartera a su madre para mostrarle que en ella había una joya que la señora Bartsler echó de menos aquel día. Yo creo que Carl planeó las cosas de tal modo que si no hacía lo que él quería pudiera culparme del robo.

—Parece que nuestro mozalbete es un pillastre de siete suelas — dijo el abogado.

La joven sonrió con amargura:

—Bueno; mi asombro fue tan grande que no atiné a decir nada. Y luego Carl terció, con su modo de hablar, frío y estudiado: «Creo, mamá, que sería una buena idea registrar su cuarto antes de despacharla».

—¿Qué pasó entonces?

—Carl y su madre fueron a mi aposento, y cuando traté de entrar en él, la señora Bartsler me dio un empujón y me cerró la puerta en las narices.

—¿Y entonces?

—Entonces —repuso ella— corrí abajo a ver al señor Bartsler;

pero todavía estaba hablando con la visita. Mi abrigo de piel estaba colgado en el ropero; me lo puse; y me dirigía ya a la biblioteca donde podría aguardar hasta que el señor Bartsler saliera, cuando la puerta se abrió de golpe y vi salir a la desconocida que me había pagado el taxi. Como no quería que me viera el ojo hinchado, me metí dentro del ropero y aguardé a que la costa quedara libre de moros. Me figuro que esperé cinco o diez minutos; salí en el momento justo en que se abría la puerta y el señor Bartsler y el señor Glenmore despedían a esa mujer.

»Yo les llevaba la delantera, de modo que ellos sólo podían verme de espaldas en tanto caminara hacia la puerta de la calle. De modo que seguí avanzando hacia la salida, traspuse el umbral, bajé los peldaños y me hallé en la calle. Resolví telefonear a Mildred Danville, la chica que comparte el piso conmigo, y pedirle que me trajera el coche… ¡Pero había olvidado que ni siquiera llevaba encima la moneda para el teléfono!… Empezaba a sentirme un poco histérica y mi ojo se hinchaba que era un horror. Así que decidí caminar hasta mi departamento. ¡Como si no hubiera andado bastante! Calculo que fueron unas treinta manzanas, pero al fin llegué… ¡Y Mildred no estaba en casa…! ¡Qué noche!

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó Mason.

—Claro está que pude haber despertado al encargado para pedirle que me abriera; pero el hombre es un poco estricto, y la forma en que iba yo vestida, mi ojo y… bueno me sentía más que abatida. Mi ánimo estaba por los suelos. Así que caminé hasta una estación de ómnibus y me quedé allí sentada toda la bendita noche. Recibí unas monedas de un hombre que se condolió de mi situación. Telefoneé cada hora a mi piso. No hubo respuesta. Todavía no la hay. Me siento absolutamente perdida. Me parece que todo el mundo me mira… Oí hablar mucho de usted. Necesité horas enteras para animarme a venir a verle en esta condición; pero sentía que me volvería loca… ¡Así que… aquí me tiene…! Me figuro que no podría haber empeorado las cosas aunque hubiera querido. Me creen una ladrona y todo parece indicar que me escapé como una culpable, y… y…

—Della —preguntó Mason—, ¿puedes hacer algo por esta joven?

—Ciertamente —aseguró Della, y sonrió con aire tranquilizador a la visitante—. Puedo prestarle algunas prendas. Creo que le

servirán bastante bien hasta que tenga las suyas.

—¿Y qué te parecen unos bocadillos?

—Los dos… los dos son muy buenos conmigo —murmuró Diana —. Sin embargo, me parece que podré…

Sin acabar la frase se desplomó en mitad de la salita.

En dos rápidos saltos, Mason estuvo al lado de la inmóvil figura. Él y Della la levantaron para volverla a sentar en la amplia silla de cuero. Mason tropezó con la mirada de reproche de su secretaria.

—Al fin y al cabo —dijo con acento de excusa—, no tengo por costumbre intervenir en esta clase de asuntos, Della. Yo quiero casos de crímenes y de misterio… Pero… ya que insistes.

—Yo no he dicho ni una palabra —replicó ella sonriente.

—No… ¡No has dicho nada! —exclamó el abogado.

Agitóse Diana en la silla, abrió los ojos y dijo consternada:

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! Creo que me he desmayado como una tonta… No se preocupen.

—Bueno —dijo Mason—. Una taza de café la tonificará. Entretanto, voy a darle algo de beber.

Dirigióse Mason a la librería, extrajo un grueso volumen y de detrás del mismo sacó una botella de coñac. Llenó una copa y se la pasó a Diana.

Se lo agradeció ella con la mirada, y bebió.

—¿Se siente mejor?

—Me parece que sí. Llevo muchas horas sin comer y…, bueno; estoy un poco decaída. Siento haber perdido el conocimiento, señor Mason. Si pudiera arreglar las cosas de manera que me dieran las ropas y evitar que me acusaran de ladrona… Pero no sé cómo podría invalidar esa acusación de robo, señor Mason, pues ahora comprendo que las cosas se presentan mal para mí.

—Dale ropa y comida y un buen baño caliente, Della. Luego, déjala dormir un par de horas. Yo voy a salir —dijo Mason a su secretaria.

Y le guiñó un ojo disimuladamente.

2

La casa que buscaba Mason resultó ser una residencia de dos pisos, de estuco blanco y coronada de tejas situadas en un barrio distinguido.

Mason estacionó su auto, cruzó la acera de cemento y subió por unas escaleras que se curvaban hacia el descansillo del porche, pavimentado con pulidas losas rojas y circundado por una baranda de hierro forjado. El abogado oprimió el botón, y un repiqueteo musical vibró en el interior de la casa.

Instantes más tarde abría un hombre robusto y cuarentón, cuyos ojos castaños observaron con cautela al visitante.

—Quisiera ver al señor Jason Bartsler —dijo Mason.

—Temo que sea imposible, a menos que haya sido citado y si hubiese sido citado, creo que yo lo sabría.

—¿Está usted asociado con él?

—En cierto modo, sí.

—¡Magnífico! Mi nombre es Mason. Soy el abogado de Diana Regis. Bartsler puede verme aquí y ahora… o más tarde en los tribunales…

Suavizáronse los ojos castaños en un destello malicioso:

—Creía yo que era la señora de Bartsler quien había formulado la queja contra…

—Yo no discuto con mujeres —interrumpió el abogado.

Sonrió el hombre:

—Pase —dijo.

Penetró Mason en un amplio vestíbulo de recepción, cuyo suelo de rojos azulejos había sido lustrado hasta adquirir un brillo apagado. A la izquierda nacía un amplio tramo de escalera curva.

—Por aquí, si me hace el favor —dijo el hombre; y escoltó a Mason hasta la biblioteca—. Veré si el señor Bartsler puede atenderle.

Desapareció por una puerta qué se abría al otro extremo del vestíbulo. A los dos minutos estaba de vuelta y su sonrisa se había hecho más amplia.

—¿Es usted Perry Mason?

—El mismo.

—Mi nombre es Glenmore, señor Mason. Soy socio del señor Bartsler en varias de sus empresas mineras.

Mason le dio la mano.

—Bartsler quiere que le haga pasar. Ha oído hablar mucho de usted… Y ha seguido varios casos suyos con grandísimo interés… Por aquí, por favor.

Mason le siguió a un salón situado al otro lado del vestíbulo, combinación de biblioteca, refugio íntimo, salita y despacho particular.

Jason Bartsler estaba sentado en una silla tapizada, posando sobre un escabel, los pies calzados con zapatillas. A su izquierda tenía una maciza mesa con numerosos libros, papeles, un portafolios, una lapicera de escritorio y varias revistas. A la derecha, una mesita de naipes con un vaso de agua, más libros, un portapipas, una petaca, ceniceros, fósforos y una botella de ambarino *whisky*.

Jason Bartsler se incorporó; era un hombre alto y suave con ligera expresión de burla en su fisonomía.

—¿Qué tal, señor Mason? —dijo, dándole la mano—. Parece que nuestra Diana contrató los servicios de todo un talento jurídico. Presumo que ya conoce a mi socio, Frank Glenmore. Le dije que lo introdujera él mismo.

—Así lo hizo, en efecto.

—¿Qué significa todo este asunto de Diana? Nadie me ha dicho una palabra de eso hasta ahora. Frank, ¿por qué diablos no me dijiste nada?

—La señora Bartsler se imaginaba que la chica no volvería más y que no tendríamos más noticias de ella. Creía que se había escapado, simplemente. Por mi parte, tenía miedo de que todo eso te preocupara más de la cuenta.

—Bueno; ahora sí que estoy preocupado, Frank. Diana es una buena chica. Supongo que usted me dirá qué pasó, Mason.

—Según lo que he podido sacar en limpio de la historia —

respondió el abogado—, la chica cometió el error de aceptar una invitación de su hijastro. El resultado es que tuvo que volverse a casa caminando. Luego sorprendió a su hijastro en el cuarto de ella, y seguidamente fue acusada de robo. Llena de temor se tuvo que marchar de aquí en plena noche, vestida sólo con una bata de casa y zapatos y un abrigo de pieles descolgado de un armario. Se había quedado sin un centavo, sin alimentos y sin refugio.

Bartsler respondió con irritación:

—Lo cuenta usted como si fuera un homicidio en primer grado. ¿Por qué demontres no es más razonable? ¡Nadie la echó de la casa! ¿Verdad?

—Se vio obligada a salir por temor.

—¿Temor, a qué?

—A la violencia física, agravada por la amenaza de sufrir más.

—¿Por quién?

—Por Carl Fretch y su madre. Ellos la echaron de su aposento.

—¿Qué quiere usted ahora?

—Sacar sus cosas del cuarto; recibir dos semanas de sueldo por adelantado; aceptar disculpas por el vejamen; contar con la seguridad de que se le dará una carta de recomendación o, en su defecto, que nada se dirá contra ella en caso de ponerse en contacto con ustedes alguien que pudiera emplearla, y una substanciosa compensación por la congoja y sufrimientos morales padecidos.

—¿Quieres decirle a mi mujer que venga con Carl?

Glenmore asintió y se puso de pie con una agilidad en cierto modo sorprendente en un hombre de su volumen y peso y salió del cuarto felinamente, silencioso y rápido como una sombra. Una disimulada y gozosa sonrisa contraía apenas las líneas de sus labios.

—En primer lugar, quiero que se empaqueten sus ropas y efectos para poder llevárselas yo mismo. En lo que respecta a las otras cosas convendría que consultara usted con su abogado. No quiero tomarme ninguna ventaja.

—No necesito ningún abogado para manejar este asunto — repuso Bartsler—. ¡Y no quiero que ella renuncie al empleo!

—Difícilmente conseguirá usted que permanezca en su casa, después de lo ocurrido. Sería poco menos que imposible.

Bartsler frunció las cejas:

—¡Ni por un millón de dólares hubiese yo querido que pasara

esto, señor Mason! —dijo—. No lo puedo entender, simplemente. Bueno, quizá sí. ¡Ya veremos!

—El caso es más serio de lo que usted se imagina.

—Aparentemente, es así. La joven me gusta. Se interesa en lo que lee y pone vida en ello. ¡Casi todos los lectores pagados mascullan las palabras con acento tan aburrido, que uno se siente soñoliento y no puede substraerse a la mortal monotonía de sus voces, como cuando hacemos un largo viaje en avión y tratamos de impedir que el zumbido de las hélices nos haga caer de sueño! Bueno, ahí vienen mi mujer y mi hijo.

Mason se incorporó para saludarles.

La señora Bartsler tenía cierta gracia helada. Piel, cabello y cuerpo atestiguaban constantes cuidados. Parecía una mujer de treinta y cinco años, pero segura de pasar por una de veintiocho. Se hacía difícil admitir que aquel joven que la acompañaba fuera hijo suyo.

Carl era delgado, de cabellos oscuros, abrillantados y cepillados con cuidado y esmero, conforme a la última moda hollywoodense. Y, a despecho de cierta evidencia de pose, se ingeniaba para revestirse de una dignidad superior a sus años.

Jason presentó a Mason. Seguidamente, sentados todos, entró en materia sin más preámbulos:

—Perry Mason ha sido contratado por Diana Regis. Parece ser que ella afirma haber sido expulsada de aquí bajo circunstancias humillantes para su dignidad de mujer. ¿Sabéis algo de eso?

—Nosotros lo sabemos todo —dijo la señora Bartsler con acento frío y faz perfectamente inexpresiva.

—¡Muy bien! ¿Qué pasó? —preguntó Bartsler.

—Díselo tú, Carl.

Esbozó éste un ligero gesto desdeñoso.

—Preferiría no hablar de eso —dijo.

—Tú conoces los hechos, Carl.

—¡Pero, es mujer, madre! ¿No te parece que sería mejor que una mujer hable de otra?

—Muy bien —declaró la señora Bartsler—. La chica nunca tendría que haber sido empleada aquí. Era, según tengo entendido, una artista. Tendría que haber limitado sus actividades a ese campo. No se aviene con una familia respetable como la nuestra.

—Todo eso no es motivo para no darle sus dos semanas de gratificación por despido y tratarla de manera civilizada —dijo Jason en tono reposado.

La señora Bartsler continuó, con fría dignidad:

—Yo tenía miedo de que se sintiera un poco sola. Sugerí a Carl que sería bueno dedicarle algunas atenciones. Él la invitó a cenar. La mujer bebió un poco, y en uno de los bares permitió que un jovenzuelo muy vulgar le hiciera la corte, y eso parecía divertirla tanto que se negó a volver a casa con Carl. Hasta que él llegó aquí no se dio cuenta de que el bolso de esa mujer estaba en su auto. Lo llevó entonces al cuarto de ella para dejarlo donde pudiera verlo y descubrió dentro del bolso un zarcillo de diamantes que yo había estado buscando toda la tarde. Carl vino entonces a verme y resolví practicar una investigación personal. Otras cosas habían desaparecido desde que la señorita Regis estaba aquí: pero no abrigué ninguna sospecha particular contra ella, imaginando que quizá las habría extraviado. La señorita Regis tenía la conciencia culpable y huyó apenas entré en su aposento. Estaba un poco preocupada de que no volviera; pero, toda vez de que yo tenía la intención de denunciar el robo a la policía, me figuré que no podía hacer otra cosa que aguardar su regreso. Sin duda tenía muchos amigos de ambos sexos con los cuales pudo pasar la noche.

Bartsler miró a Mason:

—¿Responde eso a su pregunta, Mason?

Este aventuró, en tono medio desafiante:

—Ella tenía un ojo amoratado cuando llegó a mi despacho. ¿Alguno de ustedes dos sabe algo al respecto?

La señora Bartsler miró a Carl.

—Ya lo tenía cuando volvió —contestó el mozalbete—. Presumo que la gentuza con la cual estaba alternando cuando salí del bar, podría decirnos algo sobre eso.

—Indudablemente, no es la primera vez que le sucede —dijo la señora Bartsler, y luego agregó, desdeñosamente—: Una mujer de esa clase…

Durante unos instantes se guardó silencio, y luego la señora Bartsler volvióse una vez más a Carl.

—¿Por qué no insististe en traerla a casa?

El ademán de Carl era el de quien quiere descartar algo

desagradable, y fue hecho con una gracia bien medida que habría deleitado a un director de películas.

—Era soez, madre —dijo luego, como si con ello desechara total y completamente el asunto.

Bartsler volvióse al abogado:

—¿Satisfecho? —preguntó.

—No.

Suspiró aquél:

—¿Quiere usted interrogarle o lo hago yo?

—Quisiera hacerle una o dos preguntas —dijo Mason.

—¡Hágaselas!

Mason se volvió a Carl:

—¿La llevó a cenar?

—Sí.

—¿Adónde?

—Al Coral Lagoon.

—¿Bebieron?

—Sí.

—¿Los dos, o sólo ella?

Carl vaciló un instante:

—Sólo ella. Yo únicamente bebí dos vasos.

—¿Quién pidió las bebidas?

—Ella.

—¿En la mesa o en el mostrador?

—En el mostrador.

—¿Cenaron?

—Sí.

—¿Y después?

—Bebimos más.

—¿Dónde?

—En el mostrador.

—¿Quién pidió las bebidas?

—Ella.

—¿Qué hacía usted mientras ella bebía?

—Bueno, yo… Estuve bebiendo mi vaso a sorbitos; luego aquel otro hombre se unió en respuesta a ciertas insinuaciones hechas por ella, y después de eso él comenzó a pagarle copas.

—¿Desentendiéndose de usted?

—En cierto modo, sí.
—¿A qué hora salieron ustedes?
—A las ocho.
—¿A qué hora volvió usted?
—No lo recuerdo exactamente… Quizá alrededor de las diez…
—¿Bailaron?
—Sí.
—¿Más de una pieza?
—Sí.
—¿Antes o después que ella hiciera insinuaciones a este otro acompañante?
—Realmente, señor Mason, no veo razón para ser sometido a ninguna clase de interrogatorios. Ya le conté lo sucedido. Mi madre me cree. El señor Bartsler me cree. No veo la razón para justificarme ante usted.
—¿Quiere decir entonces que, durante ese breve periodo, salió usted de casa, fue al Coral Lagoon, cenó y bailó con ella, hizo dos visitas al mostrador, asistió al emborrachamiento de la chica y volvió a casa?
—¿Qué ve de extraño en todo eso?
—Opino que es un… itinerario un poco «repleto» —murmuró Mason—. Yo sólo quiero ponerlo en claro.
—Bueno, pues, está claro —dijo Carl, con cierto fastidio.
—¿Y ella regresó casi inmediatamente después que usted?
—Yo no dije tal cosa. Desde luego que no.
—Pero ella le sorprendió en su aposento guardando el bolso, ¿verdad?
—No. No la vi de nuevo hasta que mamá y yo fuimos a su cuarto.
—¿Fue usted a su cuarto llevando el bolso con la intención de devolvérselo?
—Sí.
—¿Por qué lo abrió?
—Para ver cuánto dinero tenía en él. No quería que pudiera decir que le faltaba dinero… que yo se lo había quitado…
—¿Descubrió usted el bolso apenas guardó el coche?
—Sí.
—¿Y lo llevó al cuarto de la chica inmediatamente?

—Sí.

—¿Y halló la joya?

—Exacto.

—Entonces ¿fue en seguida a ver a su madre?

—Sí.

Volvióse Mason a la señora Bartsler:

—¿Cuánto tiempo tardó usted en bajar al cuarto de la chica después de traerle su hijo el arete de diamantes?

—Salí casi en seguida.

—Bueno; pongamos en claro el elemento «tiempo» —dijo Mason —. ¿Diría usted que estaba en el aposento de Diana Regis a los cinco minutos de mostrarle su hijo el arete de…?

—No creo que fuera más —interrumpió, fríamente, la mujer.

Carl frunció un poco el ceño.

—Usted afirmó, creo yo —agregó Mason tornándose hacia él bruscamente—, que fue al cuarto de su madre apenas descubrió el arete en el bolso ¿verdad?

—Bueno, eso no puedo recordarlo con exactitud —gruñó Carl, impacientemente—. En aquel momento no imaginaba que se me sometería a semejante indignidad.

—Pero —prosiguió Mason—, usted declaró que halló el bolso apenas guardó el coche en el garaje; que llevó el bolso al cuarto de Diana apenas lo encontró; que descubrió la joya; y que fue en seguida a ver a su madre. Entonces, ella volvió con usted inmediatamente al aposento y los dos encontraron en él a Diana Regis vestida sólo con una bata de casa. Esto significaría que ella tuvo que marcharse antes que usted del Coral Lagoon a fin de poder volver a casa y hacer todas esas cosas…

—Puede que me haya equivocado ligeramente en la cuestión tiempo —terció la señora Bartsler con fría dignidad—. De hecho, creo que así es. Ahora recuerdo que sentía tal repugnancia al creer que alguna persona de la casa pudiera haberse rebajado a robarme algo, que interrogué durante cierto tiempo a Carl respecto al tipo de mujer que era, y lo que había descubierto esa noche. Lo que él me dijo no era muy halagador para la muchacha.

—¿Así que debió haber pasado algún tiempo?

—Sí. Debió de haber pasado algún tiempo, ahora que lo pienso mejor.

—¿Tanto como quince minutos pongamos por caso?
—Realmente, señor Mason, no podría fijarle un límite definido.
—¿Podría ser tanto como media hora?
—Posiblemente.
Volvióse Mason a Jason Bartsler y le dijo:
—Ahí tiene usted.
—¿Qué es lo que quiere usted, Mason?
—Primero, todas las cosas de la señorita Regis. Luego, quiero que le paguen hasta la fecha y dos semanas de indemnización, y por lo demás, tendré que discutir el asunto con ella y es mejor que usted lo discuta también con su abogado.
—¡Si le pagas un centavo —gritó la señora Bartsler a su esposo —, jamás te lo perdonaré! ¿Cómo le permites a este hombre que dude de la palabra de Carl?
Bartsler comenzó a decir algo y se reprimió.
—Desde luego —agregó el abogado—, si quieren ir a juicio y hacer que los testigos formulen sus declaraciones bajo juramento, yo no tengo el menor inconveniente.
—Maneja el asunto como quieras Jason —dijo la señora Bartsler —. Quizá sería mejor pagar el «chantaje» y librarse de esa mujerzuela. Eso es, indudablemente, lo que andaba buscando desde el momento mismo en que entró en esta casa.
Y salió del saloncito hecha una furia, seguida de Carl.
—Un momento —dijo Jason—. ¿Quieres venir un instante, por favor, Carl?
La vacilación del joven fue perceptible. Luego, con un ligero y resignado encogimiento de hombros, volvióse y retornó, caminando con gracia al lado del sillón de su padrastro.
—Escúchame ahora —dijo Bartsler, en tono bajo, casi confidencial—; esa «técnica» del arete de diamantes ya la empleaste con la sirvienta que tenía tu madre hace unos tres años. Creo que resultó bien aquella vez, porque tu madre estuvo hablando toda la tarde del desaparecido arete de diamantes, tú saliste por la noche con la sirvienta, y a la mañana siguiente el arete de diamantes había vuelto a su lugar de costumbre. No hay necesidad de contárselo a tu madre pero yo quiero que tú sepas que consta que eres un sinvergüenza. ¡Y ahora, fuera de aquí!
Carl Fretch hizo una reverencia, lo suficientemente pronunciada

como para dar la impresión de una digna aquiescencia a una autoridad superior, de una innata repugnancia a enredarse en estériles discusiones de la buena voluntad de un caballero que prefiere verse colocado en una posición embarazosa y humillante antes que olvidarse de sí mismo ni por un solo instante.

La puerta se cerró.

—¿Cuánto? —dijo Bartsler a Mason.

—Realmente, no puedo fijar una cifra, señor Bartsler. Vine a por los efectos de la chica y deslindar responsabilidades…

Bartsler se incorporó, se dirigió a la caja fuerte maniobró con el disco.

—Yo le abrí cuando volvió a casa, Jason —dijo Frank Glenmore — y me pidió que reembolsara el importe del taxi a la mujer que se lo había adelantado.

—¿Estaba ebria? —preguntó Bartsler sin volver la cabeza.

—No.

—¿Algún ojo amoratado?

—Tampoco.

Bartsler hizo girar la puertecilla sobre sus goznes, abrió con una llave otra puerta, corrió un cajoncito y extrajo de él un mazo de flamantes y crujientes billetes de cien dólares. Contó diez de ellos, vaciló y dijo:

—Diana es una buena chica —y contó cinco más. Hizo una pausa, reflexionó, y agregó volviéndose al abogado—: A usted también habrá que pagársele. —Y contó otros cinco billetes más, que separó en un segundo montón—. Aquí tiene usted —dijo—. Son dos mil dólares. Mil quinientos para ella y quinientos para usted, y quiero una denuncia que incluya rapto, intento de violación, difamación, calumnia y cuanto pueda uno pensar.

—En este momento —dijo Mason— no estoy en posición de aceptar ningún arreglo.

—Ahí hay un teléfono —respondió Bartsler—. Póngase en contacto con su cliente. ¡Liquidemos de una vez este desagradable asunto!

Vaciló Mason un momento y luego alzó el auricular, marcando el número del departamento de Della Street.

Instantes después la voz de la muchacha vibraba en el aparato.

—¡Hola, Della! ¿Cómo está la paciente?

—Se encuentra mucho mejor.

—¿Cómo le van las ropas? ¿Bien?

—Muy bien. Soy más alta que ella, pero aparte de eso, nos entendemos perfectamente.

—Della, estoy en casa de Jason Bartsler. Hizo un ofrecimiento de dos mil dólares a cambio de un arreglo. Mis honorarios tendrán que salir de ahí. Pregúntele a la señorita Regis qué le parece esa suma.

—Un momento —respondió Della, y Mason pudo percibir el cuchicheo de su voz hablando con Diana. Luego, Della Street volvió a ponerse en comunicación.

—¿Nadie escucha, jefe? —preguntó.

—No.

—Dice que es maravilloso.

—¡Muy bien! Le daré un recibo a Bartsler —indicó Mason— y haré que ordene a la criada hacer las maletas de nuestra cliente para llevarlas conmigo. ¡Adiós!

Mason colgó.

—Frank —dijo Bartsler a Glenmore—, extiende un recibo para que Mason lo firme por cuenta de Diana. Ya sabes: los modales de Carl son suaves pero sus métodos son brutales. Haz que el recibo cubra cuantos artículos figuren en el Código Penal.

Sonrió Glenmore y no formuló comentario alguno al marcharse al otro cuarto.

—Bueno; creo que eso lo arregla todo —murmuró Bartsler.

Mason se limitó a sonreír.

—¿No? —preguntó aquél alarmado.

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabe usted, señor Mason?

—Una serie de cosas: por qué empleó usted a Diana Regis y por qué quiere que vuelva, a pesar de lo ocurrido. Le prevengo, Bartsler, que cuando tropiezo con algún misterio en la práctica de mi profesión, no descanso hasta llegar al fondo del asunto. Si usted prefiere darme informes de primera mano, estaré en mi bufete mañana a las diez.

Bartsler se rascó la barbilla y dijo, bruscamente:

—Estaré allí a las diez y cuarto. Creo preferible contarle la historia entera. ¡Si a usted le interesa escucharla!

3

Un cálido viento del sur arrastraba pesadas nubes bajas. Debajo de ellas la tierra agrietada por seis meses de sequía, durante los cuales no había caído una sola gota de agua, esperaba la lluvia con callada avidez.

Perry Mason se detuvo para comprar un diario. Eran las diez en punto. Echó una ojeada a las espesas nubes, y dijo al vendedor de cigarrillos del vestíbulo:

—Parece que va a llover.

—Bastante lo necesitamos.

Mason, con el periódico doblado bajo el brazo, asintió.

—No puedo acostumbrarme a esta región, donde hay seis meses de sequía y seis de lluvia —continuó el cigarrero—. Soy del Este, donde hay hierba verde todo el año. Aquí se calcina tanto, que parece una tostada.

—¿Qué tienen allá en el invierno? —preguntó Mason, aludiendo a la nieve.

Sonrió el hombre.

—Por eso estoy yo aquí, señor Mason —respondió.

El abogado se dirigió al ascensor y dos minutos después abría la puerta de su bufete:

—¡Hola Della! ¿Qué hay de nuevo?

—Jason Bartsler.

—Llega temprano.

—Parece preocupado.

Mason arrojó el diario sobre el escritorio, colgó el sombrero en la percha y dijo:

—Hágalo pasar, Della.

Jason Bartsler siguió a la chica al bufete de Mason:

—Llegué un poco temprano —manifestó.

—Ya veo.

—Mason, no pude dormir. ¿Cómo diablos sabía usted que empleé a Diana Regis por una razón oculta?

Mason sonrió:

—Un distinguido hombre de negocios llama a una actriz de radio a la que se supone no ha visto en su vida y la emplea para que vaya a su casa y le lea recortes periodísticos… ¡Vamos, vamos, Bartsler! ¡Y se imagina usted que es un escéptico!…

Bartsler sonrió avergonzado:

—Bueno, ya que lo plantea usted de ese modo…

—¡Adelante! —dijo Mason, viendo que Bartsler se callaba.

Bartsler cambió de posición en la silla.

—Mi actual esposa es la segunda, Mason. La primera falleció. Tuvimos un solo hijo. Murió el 7 de diciembre de 1941, a la edad de veintiséis años en Pearl Harbour. ¡Nunca identificaron su cuerpo!

Los ojos de Mason mostraron simpatía.

Al cabo de unos instantes, su interlocutor prosiguió:

—La vida es mucho más complicada de lo que uno cree. Tanto, que sólo cuando miramos hacia atrás, desde el mirador de la experiencia, tenemos una vaga idea de lo que es… y entonces, es demasiado tarde…

Bartsler guardó silencio unos segundos y luego continuó:

—Se había casado hacía un año con una chica que no me gustaba. El medio en que vivía no merecía mi aprobación. No me agradaban tampoco sus relaciones y compañías.

—¿Y usted no simpatizó con ella personalmente?

—Mirándolo bien, me parece que jamás me di la oportunidad de averiguarlo. Mis prejuicios contra ella eran tan hondos, que creo que nunca la vi tal cual era realmente. Compréndame: cada vez que la miraba, recordaba la imagen mental que me había creado antes de conocerla…

—¿Qué le encontraba de malo? —preguntó Mason.

—Nada, quizá. Había sido actriz de circo, criada entre la lona, una trapecista acróbata.

—¿Edad?

—Veinticuatro años. Es decir, ahora tendría veinticuatro. Tenía veinte cuando se casó con mi hijo.

—¡O cuando él se casó con ella! —corrigió Mason, con ligera sonrisa.

—Bueno, sí.

—¡Adelante! Oigamos lo demás.

—Ya no estaba en el circo cuando la conoció mi hijo. Se había caído de un trapecio, lesionándose la cadera. Era la primera caída seria que había sufrido, pero bastó para impedirle el ejercicio de su profesión. No poseía otros medios de vida que su trabajo en el trapecio y casi de la mañana a la noche encontró cerradas las puertas del circo. Naturalmente Robert debió de parecerle un buen filón que explotar.

»Me opuse al casamiento de mi hijo, y esa posición creó una barrera entre los dos. Después de la muerte de Robert, Helen, su esposa, no hizo ningún esfuerzo para ocultar su encono contra mí; y por mi parte, procuré hacerle ver bien claro que consideraba terminada toda posible relación con ella.

—Supongo —dijo Mason— que esto nos lleva hasta Diana Regis, ¿verdad?

—Directamente, señor Mason.

—Sería mejor que me dijera cuál es esa relación.

—Unos preliminares más, señor Mason, para que usted pueda entender claramente toda la situación. No volví a ver a Helen hasta hace cuatro semanas.

—¿Fue a verle?

—No; fui yo a verla.

Las cejas de Mason se enarcaron un tanto:

—¿Por qué?

Bartsler se movió, inquieto, en su asiento:

—Tenía mis razones para creer que había un hijo póstumo de Robert, nacido en marzo de
1942.
Un hijo cuya existencia —agregó Bartsler, ronca la voz de amargura y rencor— me ocultaba ella deliberadamente. Un nietecito, un hijo de Robert. Yo…

La voz de Bartsler se estranguló de emoción. Pasaron unos instantes antes de que pudiera continuar:

—¡Un hijo! ¿Se da cuenta? ¡Y ella me lo ocultó!

—No me parece que sea esa la manera de proceder de una cazadora de fortunas —dijo Mason.

—Ahora lo comprendo ¡Sólo ahora!

—¿Cómo llegó ese hecho a su conocimiento?

—Hace un mes recibí un anónimo diciéndome que quizá fuera de mi interés examinar las partidas de nacimiento de San Francisco correspondientes a marzo de 1942.

—¿Qué hizo usted?

—Tiré la carta. Pensé que era simplemente el preludio de algún chantaje. Luego me puse a meditar y fui al Registro Civil… Señor Mason, ahí estaba, en blanco y negro, la partida de nacimiento. Tengo copia certificada.

Bartsler puso en manos del abogado la copia de referencia.

Este la leyó con cuidado y luego dijo:

—Parece que no hay duda al respecto. Se trata, aparentemente, del hijo de Robert Bartsler y Helen Bartsler, nacido el decimoquinto día del mes de marzo de mil novecientos cuarenta y dos. Supongo que habló con el médico que la asistió.

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

—¡Que era verdad!

—¿Así, pues, usted fue a ver a la viuda?

—Sí. Vive en un establecimiento avícola del Valle de San Fernando.

—¿Y dónde dio con ella?

—Allí mismo.

—¿Qué dijo ella?

—Se rió de mí, negándose a confirmar o a desmentir tal nacimiento; me dijo que nunca había sido yo un buen padre con Robert; que a ella la había tratado como si fuera una escoria; que durante meses había vivido en la esperanza de devolverme el golpe algún día; que seguramente yo no querría reconocer a un nieto manchado con su sangre…

—Según parece, tenía mal día —murmuró Mason.

—Así fue, en efecto.

—Y bien. ¿Qué hizo usted entonces?

—Contraté detectives.

—¿Sacaron algo en limpio?

—No… al menos, directamente…

—¿E indirectamente…?

—Una jovencita rubia visitaba a Helen. Dicha rubia parecía

saber algo. Uno de los detectives fingió un pequeño accidente automovilístico y consiguió el nombre de su carnet de conductor, el número de su coche y todo lo demás.

—¿El nombre?

—¡Diana Regis!

—¿Y bien?

—¡Pero no era Diana Regis! No lo supe hasta que vino a trabajar en casa. ¿Quién era? Probablemente una chica que compartía un departamento con ella, otra rubia llamada Mildred Danville.

Mason echó hacia atrás la cabeza y frunció el ceño:

—Una situación legal un tanto inusitada —murmuró—. Usualmente, es la madre que trata de conseguir sustento para su hijo. En cambio, aquí tenemos a una madre que sigue calmosamente con sus asuntos y afirma no tener ningún hijo, o por lo menos se niega a admitirlo.

—¡Pero está la partida de nacimiento!

—¿Y ha consultado usted a la Oficina de Estadística de Habitantes para averiguar si no hay también una partida de defunción?

—Desde luego. Lo que me amarga, señor Mason, lo que me está volviendo loco, es la idea de que Helen pueda haber entregado el chico a otras personas para su adopción. Ella ni quiso molestarse con él ni quiso darme la satisfacción de saber que tenía un nieto. ¡Considere! ¡Mi propia sangre! ¡Mi propia carne! ¡El hijo de Robert…! ¡Un niño que debe de tener todo el encanto que tenía Robert, toda su espontaneidad; toda su simpatía personal! ¡Dios mío, señor Mason! ¡No puedo soportarlo!

»Y el abogado que maneja mis asuntos comerciales —continuó Bartsler con amargura tras una breve pausa— me dio a entender que yo no tenía ningún derecho legal; que cuando ha muerto el padre de una criatura, la madre tiene el derecho de cederla en adopción, y no hay más que decir. Todos los documentos relacionados con un hijo abandonado son estrictamente confidenciales. De hecho, entiendo que las autoridades destruyen todos los papeles, excepción hecha de la escritura de cesión suscrita por la madre… asegurándose así que la cadena está rota, que es absolutamente imposible que alguien dé alguna vez con los rastros del hijo cedido.

Mason tamborileó en el borde del escritorio con sus largos y fuertes dedos.

—Ahí tiene usted —expresó— un interesante e insólito problema legal.

—Mis abogados me dijeron que no había forma de arreglarlo; que si la criatura había sido cedida en adopción, no había nada absolutamente que hacer; que Helen estaba perfectamente dentro de sus derechos legales al negarse a responder a cualquier pregunta; que lisa y llanamente, no había medio alguno de determinar el actual paradero del niño.

Mason se humedeció los labios con la punta de la lengua:

—Cuando veo que por un lado no hay solución, doy media vuelta y trato de hallar alguna. Después de todo, hay mucha diferencia según las formas en que se mira un caso. Es lo que los abogados llaman la «teoría legal», en la que todo debe ser intentado.

—¿Qué tiene eso que ver con lo otro?

—A veces, mucho. Un abogado necesita imaginación. Cuando se tropieza con un camino legal bloqueado, se retrocede y se prueba otro.

—Bueno; no hay otro camino en este caso. Mis abogados ya tiraron la esponja.

Mason encendió un cigarrillo y fumó pensativamente.

—Puede que lo haya —murmuró.

—Puede que haya ¿qué?

—Otro camino.

—Me parece que no, señor Mason. Creo que ni siquiera su ingenio hallaría un camino fuera de este *impasse* legal.

—Creo que podré demostrarle lo que yo entiendo por «teoría legal» —dijo Mason con paciencia—. Técnicamente, su hijo figura en la lista de los desaparecidos, ¿verdad?

—Creo que es la clasificación técnica, porque el cuerpo, con sus tarjetas de identificación, nunca fue hallado. Sin embargo, no hay duda acerca de lo ocurrido.

—Exactamente —respondió el abogado—. Y si usted funda el caso en eso, se hunde irremediablemente.

—De todos modos, ya estamos hundidos.

—Pero —continuó Mason supongamos que adoptamos la teoría

de que su hijo esté aún vivo.

—No hay ninguna probabilidad.

—Oficialmente, figura en la lista de los desaparecidos.

—¿Qué diferencia hay en eso?

—Mucha, Bartsler. Una persona tiene que desaparecer durante siete años para que se la dé por muerta.

—Pero si ya está muerto Robert, no veo qué ganamos con esperar siete años.

—¿No ve usted que, según esta teoría, su hijo es meramente una persona desaparecida? Sería necesario aguardar siete años antes de darlo por muerto. Durante esos siete años, es necesario el consentimiento de ambos padres para ceder al hijo en concepto de adopción legal.

La comprensión alboreó en la faz de Bartsler.

—¡Cielos, señor Mason! ¡Lo resolvió! ¡Dio en el blanco!

Se había levantado de su silla, llevado por la excitación.

—Abriremos el caso de par en par, señor Mason. Traeremos al chico ante los tribunales. Nos aseguraremos de que no existen trámites de adopción. ¡Buen Dios! ¿Por qué los otros abogados no pensaron en eso?

—No conozco todos los antecedentes, Bartsler —dijo Mason—. Yo sólo le doy una «teoría legal». Le convendría hablar de ella con sus abogados.

—¡Al diablo con todos! —exclamó Bartsler—. No tengo tiempo que perder con esa pandilla de torpes… ¡Dios mío, Mason! ¡Usted es un genio! Envíeme sus honorarios. ¡No! ¡Que se vayan al infierno los honorarios! ¡Yo le enviaré un cheque!

Bartsler se volvió a la puerta y salió del bufete.

Mason miró a Della y sonrió.

—¿Adónde va con tanta prisa? —preguntó ella.

—Probablemente a un criadero de gallinas del Valle de San Fernando —dijo Mason.

A las tres y media de la tarde recibió Mason una carta por mensajero especial. Contenía un cheque de mil dólares, firmado por Bartsler, y una nota, garabateada en lápiz, que decía: «¡Acertó!»

A las cuatro y cinco telefoneaba Diana Regis, frenética y excitadísima, rogando hablar con Perry Mason por un asunto de gran importancia. Mason se puso al aparato y oyó la agitada voz de

la chica.

—¡Señor Mason! ¡Pasó algo terrible! Alguien robó mi bolso y… bueno, todo lo que contenía… ¡TODO!

—¿Qué quiere usted decir con «todo»? —inquirió Mason.

—¡El dinero!

—¿El que recibió de Bartsler?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí.

—Veamos —dijo Mason, pacientemente—: dígame usted exactamente lo ocurrido. ¿Dónde fue eso?

—En mi piso. Estaba terriblemente fatigada; por la noche no había podido descansar lo bastante. Me levanté y tomé el desayuno, salí a comprar unas cosas, volví y escuché la radio; me sentí entonces soñolienta, me desvestí, me metí en la cama y me quedé dormida como un pajarito. Desperté hace media hora… ¡y el bolso ha desaparecido!

—¿Dónde lo dejó?

—Creo que sobre la mesa del vestíbulo —respondió ella con tono de disculpa.

—Bastante descuidada fue usted con un bolso que contenía mil quinientos dólares en él.

—Ahora me doy cuenta de eso. Pero ocurrió de una manera rara; iba cargada con algunas compras y quise guardarlas en la alacenita que tenemos, así que dejé caer el bolso sobre la mesita, guardé los paquetes, hice algunos menesteres caseros y comencé a sentir tanto sueño, que no pensé en el dinero ni un solo instante.

—¿Hay algún indicio de que alguien haya forzado la cerradura de la puerta?

—No, señor Mason. Yo… yo sospecharía que fue mi compañera de habitación, Mildred Danville, la chica que comparte el departamento conmigo. Sólo… sólo que hay una colilla de cigarro en el cenicero, aquí, sobre la mesita, junto al sitio donde dejé la cartera…

—¿Dónde está ahora su amiga?

—No sé. Es algo raro señor Mason. No tengo noticias de ella. Trabaja también en la radio, aunque a esta hora no está en activo; pero siempre se comunica conmigo desde el estudio, y no ha estado

en él en estos últimos dos o tres días. Traté de localizarla, pero…

—¿Y su auto?

—Mi auto, ¿qué?

—¿Dónde lo guarda?

—En un garaje particular.

—¿Alguien más tiene acceso a su coche?

—Bueno; sí… ¡La propia Mildred!

—Vaya abajo —indicó Mason—. Eche un vistazo al garaje vea si el coche está allí. No toque nada de lo que está sobre la mesa en caso de que quiera acudir a la policía.

—¿Llamar a… a la policía? ¡Oh, señor Mason! ¡No podría!

—¿Por qué?

—… Pues… por ciertas cosas. ¡No podría llamar a la policía!

—Entonces, ¿por qué me llamó a mí?

—No sé, señor Mason… ¡Es que usted parece un hombre tan lleno de recursos!

—Vaya a echar una ojeada al garaje en que guarda el coche —dijo Mason—. Vea si está todavía, y luego venga aquí. Salgo del bufete, pero la señorita Street estará aquí y ella la llevará a la Agencia de Detectives Drake. Pediré a Paul Drake, director de la empresa que ordene a algún buen agente que vaya a su casa y practique alguna investigación.

—¡Ah! ¡Qué bien señor Mason!… Yo… ¡Oh…!

—¿Qué pasa?

—Todas mis llaves están en mi bolso. No tengo llave del garaje… y tendré que dejar abierto el piso para poder entrar cuando vuelva… No hay llave duplicada… ¡Un momento! Sí, la hay. ¡Ahora recuerdo que hay una tercera llave! Debe de estar en el cajón del escritorio.

—¿Podría decirme si el coche está en el garaje aunque la puerta esté cerrada con llave? —inquirió el abogado—. ¿No habría forma de mirar por alguna ventanilla o mirilla…?

—Sí, hay una ventanita atrás señor Mason. No había pensado en eso. ¡Qué estúpida soy! Muy bien señor Mason, estaré ahí apenas me ponga algo encima.

—Della Street estará aquí hasta las cinco y media —respondió Mason—. La esperará.

Colgó Mason el auricular y dijo:

—Della, vas a tener que esperar aquí hasta las cinco y media. Ve al despacho de Paul Drake y dile que una clienta mía perdió un bolso. Dile también que le agradeceré que elija a un buen detective para ese trabajito. Que vea si puede hallar algo que sirva de pista. Si puede, convendría que interrogara a esa Mildred Danville. Si Diana esta sin fondos, que le preste algún dinero para gastos indispensables.

—¿Cuánto?

—Eso depende de las necesidades de ella: cincuenta o cien. Bien, Della me voy. ¡Hasta luego!

Tomó Mason el ascensor, advirtiendo al salir a la calle que los pesados nubarrones parecían más amenazadores que nunca. Pasó por su club para tomar una copa, fue a su piso, se bañó y cambió de traje, y estaba a punto de salir a cenar cuando sonó el teléfono.

Mason descolgó el receptor y oyó la voz de Della que decía:

—¡Hola, jefe! Siento molestarle, pues no sé si esto es algo que le interesará. Le dije que no a Diana, pero después lo pensé mejor y resolví llamarle.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason—. ¿Algo acerca de su bolso?

—No. Ya lo encontró.

—¿Quién lo tenía?

—Mildred Danville. Parece que todo fue una tempestad en un vaso de agua.

—¿Y cuál es ese otro asunto de que me hablabas, Della?

—Mildred quiere ir con Diana a casa de la mujer de Robert Bartsler. Es el 6750 del Bulevar San Felipe. Está en el Valle de San Fernando, y Mildred quiere que Diana trate de llevarlo consigo, jefe. Parece que va a entablarse una batalla legal.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asunto que el señor Bartsler le bosquejó.

—¿Qué tiene que ver Mildred Danville con eso?

—No sé.

—¡Yo no quiero verme mezclado en ese caso! —dijo Mason.

—Ya me lo imaginaba, jefe.

—Dime algo respecto al bolso.

—¡Ah! Diana vino a verme. La llevé al despacho de Paul, que ya tenía un detective allí. Fue al departamento de Diana con ella y creo que el teléfono se puso a sonar apenas pisaron el umbral. La

llamada era de Mildred Danville y me figuro que el detective de Paul tuvo para rato. Se sentó y aguardó, mientras ellas charlaban diez o quince minutos. Diana habló a borbotones enumerando sus desgracias, y hubo mucha risa por el asunto del bolso, y Diana le contó todo lo relativo a Bartsler. Finalmente, el hombre de Paul se cansó de esperar y cortó la conversación diciéndole a Diana que, toda vez que había encontrado la cartera, nada tenía él que hacer allí. Diana le dijo a Mildred que volviera a llamarla unos diez o quince minutos después y colgó para agradecer con efusión su ayuda al detective, prometiéndole pagarle apenas recibiera el dinero.

»Bueno; parece ser que cuando Mildred volvió a llamar a Diana, algo había pasado. Sea como fuere, Diana apareció aquí excitada. Aparentemente, el ojo amoratado de Diana tiene algo que ver con ello: pero si usted me lo preguntara, francamente, no sabría decirle de qué se trata. En fin, jefe, el caso es que Mildred Danville quiere que Diana vaya con ella hasta la casa de Helen Bartsler, en San Fernando.

—¿A qué hora? —preguntó Mason.

—A las diez de la noche.

—¿Dónde está Diana ahora?

—Acaba de salir. Volverá aquí a las nueve y media para saber si usted va jefe. Supongo que habrá notado que comienza a llover.

—Ahora iba a salir a cenar —dijo Mason—. ¿Quieres probar un bocado, Della?

—Gracias, jefe. Ya he comido.

—¡Muy bien! Me alegro de que Diana haya encontrado su bolso.

—Yo le preste veinticinco dólares para los gastos indispensables. Me prometió venir mañana a la oficina y devolvérmelos. Lamento haberle molestado, jefe: pero comenzaba a preocuparme, pensando que quizá a usted le gustaría estar al corriente de lo ocurrido.

—¡Bravo, Della! —dijo Mason—. ¿Seguro que no quieres acompañarme a beber un poco de café o coñac…?

—No, gracias. Tengo que ver a Diana de nuevo a las nueve y media, y…

—¡Oh! ¡Ven, Della! ¡Ven! —apremió el abogado—. A las nueve y media estarás de vuelta en la oficina.

Della vacilaba.

—¡Ven! No te molestes en cambiarte de ropa. Ven como estés, e iremos a ese restaurante en que preparan tan rico el estofado húngaro y beberemos buen vino, y…

—¡Acepto! —dijo Della, riendo.

—¡Está bien! Te espero dentro de diez minutos —dijo Mason, y colgó.

Al colocar el receptor en su lugar, oyó el pesado tamborileo de las gotas de lluvia en los cristales, tamborileo que pronto se fundió en un sordo y profundo tronar de cascada.

4

La lluvia seguía batiendo el parabrisas cuando Mason frenaba el coche frente a la casa de departamentos donde vivía Della Street. Había estado diluviando todo el tiempo empleado por la pareja en comer y charlar en el restaurante.

—¿Qué hora es, Della?

—Las nueve y veintiséis en punto.

—Faltan cuatro minutos —murmuró el abogado—. Dile a la chica que no estoy en condiciones de andar correteando por el campo en pos de ninguna cita profesional. Además, no creo que esté en condiciones de representar a nadie con intereses contrarios a los de Jason Bartsler. Deduzco, por la nota que me envió Bartsler, que él debe de haber concertado algo con su nuera. ¡Vaya diluvio! Me recuerda algo; pero ¿qué diablos será?

Della Street, empuñando la manecilla de la portezuela, preguntó con cierta ansiedad:

—¿Algo relacionado con el asunto?

—No… algo desagradable, algo que… ¡Ah! ¡Ya sé…! Es el efecto de la lluvia cayendo a torrentes sobre el techo de ese café que decoraron como un restaurante tropical… Cada diez minutos o cosa así, cae una espantosa catarata. Démonos una vuelta por allá para bailar un poco, Della.

—Está bien; pero ¿qué hacemos con Diana?

—Bueno, esperémosla dentro del coche. Tendrá que aparecer dentro de cuatro o cinco minutos… o si no…

Mason sacó su pitillera, ofreció un cigarrillo a Della, tomó otro para él y encendió ambos con un fósforo. Se recostaron luego, fumando en silencio, escuchando el batir de la lluvia sobre la capota del coche, abandonándose ambos a un silencio lleno de perfecta comprensión.

Mason rodeó los hombros de Della con el brazo. La joven se

deslizó hasta posar la cabeza en su hombro.

—¡Un caso extraño! —murmuró él—. Usualmente, una mujer siente que un hijo es como un lazo que la une indisolublemente a la familia del marido. La convierte en un miembro más de la familia en uno de los más importantes. Aquí tenemos, en cambio, una situación que es el extremo opuesto.

—Helen debe de odiar a muerte a Bartsler —dijo Della.

El cigarrillo de Mason brilló al ser aspirado profundamente.

—No cabe otra explicación. ¡Quién sabe lo que habrá hecho después de separarse de mí! ¡Quién sabe por qué causa me envió aquel cheque!

—Quizá vio a Diana y empleó la teoría que usted le proporcionó para hacerle decir dónde estaba la criatura.

—Probablemente.

Una vez más reinó el silencio. Bruscamente, Della consultó su reloj de pulsera.

—¡Cielos, jefe! ¡Las diez menos cuarto!

Mason tendió la mano hacia la llave de contacto.

—No podemos esperar más, Della —dijo.

—¡Pobre chica! ¡Ojalá no haya salido antes de llegar nosotros aquí!

—Me pregunto qué habría de importante en casa de Helen Bartsler —dijo pensativamente el abogado—. Voy a decirte lo que vamos a hacer, Della: ¡Dejarnos caer por allá! Llegaremos unos minutos antes de las diez, veremos lo que haya que ver, y luego nos iremos a bailar.

—Lo apruebo, jefe —respondió la muchacha—. Hay algo en Diana que no puedo quitarme de la cabeza. Se me figura que el mundo le dio algunos golpes crueles y que sólo ahora comienza a recobrarse.

Mason puso en marcha el motor.

—Bueno, Della, vamos allá —dijo uniendo la acción a la palabra.

El coche rodó rápido bajo la lluvia torrencial que comenzó a menguar un tanto cuando se internaban en el Valle de San Fernando.

—Si dura esta catarata —dijo Mason—, tendremos agua todo el camino. Creo que el Bulevar San Felipe dobla aquí, a la derecha…

Sí, ahí está… ¿Qué número es?

—Sesenta y siete cincuenta, jefe.

—Dista alrededor de medio kilómetro —murmuró Mason—. Parece extraño que haya números en una avenida con fincas de uno a cinco acres, pero son cosas de California meridional y…

—¡Ahí está! —prorrumpió Della señalando— ¡A la derecha!

Mason paró el coche.

—Ni una luz —indicó Della.

—¿Diana le dijo que Mildred estaría aquí a las diez?

—Sí.

—Desde luego —dijo Mason con acento de duda—, pueden haber aplazado el asunto… Eso explicaría por qué no se presentó Diana… Evidentemente, Helen Bartsler tiene aquí una residencia bastante grande.

—¿Qué es ese tanque tan enorme instalado al costado de la casa?

—Es para recoger el agua de lluvia —respondió el abogado—. Antes se los veía con frecuencia; pero cuando mejoró el servicio de aguas corrientes de la ciudad, se hicieron anticuados. Ese tanque se construyó probablemente con la casa.

—Bueno —dijo Della, riendo—, no hay como el agua de lluvia para lavar el cabello…

—Voy a llamar para ver si hay alguien en casa —expresó Mason —. Pásame la linterna que hay en el cajoncito que tienes a la derecha, ¿me haces el favor?

Della le entregó la linterna y dijo:

—Voy con usted.

Subieron por un estrecho camino de cemento, traspusieron unos peldaños de madera que llevaban al porche y el haz de luz de la linterna enfocó el botón de una campanilla.

Mason oprimió el timbre. En el interior de la casa pudo oírse el débil sonido de un zumbador.

Después de la breve llamada, Mason se puso a escuchar el profundo silencio de la casa; luego apretó de nuevo el pulgar sobre el timbre y esta vez resonaron largos y persistentes zumbidos, puntualizados al final por tres cortos timbrazos.

El silencio que reinaba en el interior de la casa era sepulcral. Mason trató de abrir la puerta de la calle.

—¡Cuidado! —previno Della.

La puerta estaba cerrada con llave.

—Sentí algo así como si fuésemos a caer en una «trampa para bobos» —dijo con brusco acento la muchacha.

—Igual yo —contestó Mason—. Pero es lo mismo: vamos a echar un vistazo alrededor de la casa.

Siguieron un caminito que rodeaba la finca hasta la puerta trasera; subieron las escaleras, llamaron a la puerta y luego probaron el picaporte. ¡Cerrada también!

Detrás de la casa el terreno caía en declive, formando una pequeña charca. El haz de la linterna mostró gallineros levantados sobre una franja de terreno más elevada que se extendía al otro lado de la charca. Luego, el haz bajó la depresión en rápida exploración, saltó atrás, detúvose, luego enfocó una vez más el terreno bajo, desplazándose hacia abajo, y hacia arriba…

Una forma oscura yacía encogida, muda e inmóvil. Las frías gotas de la lluvia resbalaban sobre una cabeza rubia.

Mason notó que la respiración de Della se detenía.

—¡Calma, Della! ¡Ahí la tenemos!

—¡Jefe, no vaya!

—Sólo me acercaré un poquito, Della. Tengo que ver si vive aún.

—¡Tenga cuidado! —jadeó la chica— ¡Oh! ¡Tenga cuidado, jefe!

—¡Calma! —murmuró el abogado de nuevo, y tomándola del brazo rompió a andar por el inclinado camino de madera en el que unas piezas clavadas en cruz a intervalos permitían introducir los pies.

Los enguantados dedos de Della se hundieron en el brazo de Mason.

La linterna del abogado escrutó los contornos, y su voz comentó lo que había percibido mientras alzaba el foco de luz.

—Un disparo en la parte posterior de la cabeza —declaró—. Probablemente mientras corría… Sucedió después de que empezase a llover. Vea esa mano izquierda, Della, cómo está engarfiada en el lodo. Y también los largos surcos allí donde los dedos se deslizaron a lo largo del camino… Deben de medir un buen par de palmos. Seguro que hay huellas de pisadas por aquí, entre el lodo. Echemos un vistazo. Si, sí, aparentemente sólo sus huellas y otro par… de mujer. Allí cayó… Se arrastró hasta aquí, y… ¿Qué sucede?

Mason apagó la luz.

—¡Escucha!

Desde la distancia, sofocada por el creciente viento, y bajo la lluvia, sonaba una sirena como un débil gemido.

Della Street dejó escapar una exclamación de alarma.

La mano de Mason la aferró por el codo.

—Vámonos.

Treparon por el enlodado sendero, cuya mojada madera, resbaladiza y traicionera, dificultaba la rapidez del avance.

Por fin llegaron a la calzada de cemento. La linterna de Mason iluminó el camino.

—Muy bien, Della, tú primero. ¡Adelante!

La sirena se oyó de nuevo. Tan cerca esta vez, que al extinguirse lentamente el estridente sonido, pudieron oír sin dificultad el bajo y ronco gemido con que cayó en el silencio.

Della Street alcanzó el borde de la acera y estaba extendiendo su mano hacia la portezuela del coche cuando dos faros danzaron en el camino, procedentes de una calle que hacía ángulo. Un automóvil surgió de una intersección, describiendo un peligroso viraje.

Mason aferró la muñeca de Della Street, apartándola violentamente de la portezuela.

—Demasiado tarde —dijo en voz baja—. Simulemos que acabamos de llegar.

Brilló un foco que despedía una luz sanguinolenta, hundiendo su haz en la palidez de los rostros de Mason y Della Street.

El coche policiaco dirigióse como una flecha hacia el borde de la acera, para detenerse inmediatamente detrás del auto de Mason.

Saltaron los hombres; sus rostros parecían borrosos a la cegadora luz del foco.

—¿Qué bochinche es este? —voceó Mason.

Una voz de hombre dijo:

—¡Diablo, es Mason, el abogado!

El foco fue apagado, aunque las luces delanteras del coche suministraban una iluminación que, como sólo se proyectaba de lado, esparcía menos brillo.

La voz del teniente Tragg dijo:

—Bien, bien, con las manos en la masa, ¿eh?

—¿Me estaba siguiendo el rastro? —replicó Mason.

La pregunta del abogado despertó una inevitable serie de pensamientos en la mente del policía.

—¿Cuánto hace que llegaron aquí? —inquirió.

—Usted debe de saberlo.

—¿Qué está buscando?

—Un cliente.

—¿Alguien de la casa?

—Averigüémoslo.

Tragg preguntó:

—¿Cómo llegaron?

—Siguiendo el Bulevar San Felipe… Dígame, ¿qué idea se trae entre ceja y ceja… y qué está usted haciendo aquí?

Tragg respondió:

—Recibimos una llamada telefónica. ¿Dice usted que tenía que reunirse aquí con alguien?

—Con un cliente —respondió Mason—, y si usted me lo permite, teniente, todavía tengo ganas de ver a ese cliente.

Mason subió por el camino de cemento delante de Tragg, y luego los escalones de madera del porche.

Tragg y dos agentes de paisano se colocaron a cada lado de Mason.

El abogado oprimió con su pulgar el botón del timbre, que, una vez más, dejó oír una lúgubre, solitaria llamada en el interior de la silenciosa casa.

Tragg empujó bruscamente a Mason a un lado, golpeó la puerta con los nudillos, luego descargó sobre ella unos puntapiés y golpeó el picaporte, casi simultáneamente. Se volvió y dijo a uno de los agentes:

—Vigila la parte trasera de la casa. ¿Quieres Bill?

—Bien respondió el policía.

Oyeron el chapoteo de sus pasos en el camino, y, momentos más tarde, ruido de unos nudillos que golpeaban la puerta trasera; luego, el chirriar de un picaporte.

—Aparentemente no hay nadie en la casa —comentó Mason, y añadió—: Cosa rara…

—¿Con quién esperaba usted encontrarse?

Mason dijo:

—El nombre está en el buzón de ahí fuera.

—Eso no es responder a mi pregunta.

—Pues yo creo que sí.

—¿Por qué se muestra usted tan endiabladamente reservado? —inquirió Tragg.

—¿Y por qué se muestra usted tan condenadamente inquisitivo?

—¡Maldición! —exclamó Tragg impaciente.

—¿Quiere usted decirme amablemente —preguntó Mason— qué le trajo aquí? Pertenece usted a la Brigada de Homicidios. ¿Tiene algún informe de que…?

Tragg aporreó de nuevo la puerta, probó el pestillo y, a continuación, con su linterna exploró la fachada de la casa.

—Las ventanas cerradas, las cortinas bajas —dijo—. Yo…

Oyeron pasos que corrían por el camino, y, a renglón seguido, la voz del agente enviado a inspeccionar la parte trasera de la vivienda, dijo:

—Venga por aquí, teniente. Hay algo digno de verse.

Tragg volvió su linterna hacia los escalones del porche, y marchó presuroso a la cabeza de la pequeña procesión que se movía en la parte posterior de la casa.

La potente linterna del oficial perforó la lluviosa oscuridad para mostrar la inmóvil figura caída boca abajo en el fango, frente a una depresión del terreno.

Tragg voceó imperiosamente en dirección a Mason y Della Street.

—¡Ustedes dos se quedan aquí! ¡Se quedan! ¿Comprendido?

Seguido de los dos agentes, descendió, al resbaladizo caminillo de tablas, cuidado de asentar con firmeza sus pies en las piezas clavadas en cruz. Reuniéronse después en el punto más cercano para conferenciar en voz baja.

Mason deslizó su brazo en torno a la cintura de Della Street y la sostuvo apretada contra su cuerpo.

—Della, estás temblando. Domínate.

—No puedo evitarlo. ¡Qué frío hace, jefe!

Mason la estrechó aún más contra él.

—Calma.

Ambos permanecían aguardando bajo la lluvia. Detrás de ellos un particular gorgoteo atrajo la atención de Mason. Volvió la cabeza.

—¿Qué es? —preguntó con aprensión Della Street.

—La espita del tanque está abierta —respondió Mason—. El agua de la lluvia se está escapando.

El haz de la linterna de Tragg hirió súbitamente los ojos de Mason.

—Me parece mejor que ustedes dos vuelvan a su coche.

—¿De quién es el cadáver? —preguntó Mason.

Su pregunta quedó sin respuesta.

Tragg dijo a uno de los hombres:

—Consiga una cámara. Tomemos algunas fotografías antes de tocar el cuerpo. Hay huellas aquí, en el fango.

La corpulenta forma de un agente cubierto con un impermeable trepó por el puentecillo, mientras el haz de la linterna de Tragg arrancaba destellos a la tela mojada.

Luego volvió a alzarse la voz de Tragg.

—Quédate aquí, Bill. Subo para ayudar a sacar esa cámara. No te acerques al cuerpo hasta que obtengamos las fotografías.

Tragg subía el trecho enlodado. Rugió una orden dirigida a Mason y Della Street.

—¡Vengan conmigo!

Tragg corrió hasta el coche de Mason por la senda que rodeaba la casa y abrió de un tirón la portezuela.

—¿Dónde está la llave del contacto? —preguntó.

—En su sitio.

La linterna del policía exploró el interior del coche. Encontró las llaves, las hizo girar y miró el indicador de la temperatura.

—¡Hum! —rezongó al ver que señalaba todavía temperatura de marcha.

—¿A quién quería usted ver? —preguntó al cabo de un momento.

—El nombre está en el buzón de la correspondencia… Señora de Robert Bartsler.

—¿Cliente suya?

—No.

—¿Para qué deseaba verla?

—Creo que es una testigo.

—Un tiempo un poquito feo para andar buscando testigos, ¿eh?

—Tenía entendido que estaba en casa.

—¿Esperándole?
—No.
—¿No intentó telefonearla?
—No.
—¿Nunca se encontró con ella?
—No.
—¿En modo alguno se comunicó telefónicamente?
—No.
—¿Cómo sabía que era una testigo?
—Un pajarito me lo dijo.
—¿Es testigo, de qué? ¿Qué sabe?
—Tendré que preguntárselo. Por eso me llegué hasta aquí.
Tragg indicó el interior del coche.
—Usted y la señorita Street se quedan aquí sentados, quietecitos. Nada de… ¡Espere un minuto!
El mojado impermeable de Tragg empujó a Mason al extender el brazo junto al cuerpo del abogado. Sus dedos asieron la llave del contacto, y se la llevaron.
—Tengo que asegurarme —dijo.
Mason y Della Street se apretaron en el asiento delantero del coche. Tragg cerró la portezuela de un golpe.
—Della, creo que hay una botella de *whisky* en esta cartera de la puerta.
—Sí —respondió Della—, me parece que me va a salvar la vida.
Exploró el lugar indicado y extrajo una botellita de *whisky*.
—Sírvete —invitó Mason.
La joven se llevó el frasco a los labios y luego lo pasó a Mason.
—¿Te sientes mejor? —preguntó Mason.
—Es una gran ayuda —reconoció la joven.
Al cabo de unos instantes preguntó:
—¿No hay calefacción en este coche?
—Claro que sí —respondió Mason—. Pero no puede funcionar sin el encendido. Espera un momento. —Sacó su cartera, extrajo una llave de reserva, la colocó en el contacto, hízola girar y puso en marcha el radiador.
Momentos más tarde, un agradable calor envolvió sus tobillos en una corriente de aire seco.
Reconfortada por el *whisky* y el calor, Della Street se apoyó

muellemente en el hombro de Mason.

—¡Pobre Diana! —dijo, y al cabo de un instante preguntó—: ¿Cómo vino a parar aquí?

—Ese —respondió Mason—, es el problema que embargará dentro de unos momentos la mente del teniente Tragg.

—El asesino debió de obligarla a salir.

—Es una posibilidad, por supuesto. Pero ¿qué me dices de la señora Bartsler?

—Claro que sí ¡Cielos, jefe! ¿Qué es eso?

Mason le palmeó el hombro.

—Tranquilízate, Della. No fue más que el brillo de un fogonazo. Tragg está sacando fotografías con «*flash*».

Permanecieron silenciosos unos segundos mientras nuevos fogonazos provocaban una fantástica iluminación artificial.

Bruscamente, Della Street se irguió:

—Mire, jefe.

—¿Qué?

—Allí sobre la acera. Espere a uno de esos fogonazos de Tragg. Allí en la acera, un poco más allá de la casa… ¡Allí!… ¿Ve?

—Una cosa oscura —dijo Mason.

—Parece algo así como un bolso de mujer —anunció Della—, tendiendo la mano en dirección al picaporte de la portezuela.

Mason le sujetó el brazo.

—No vayas.

—¿Por qué?

Respondió Mason:

—Si no es una evidencia, no tiene importancia. Y si lo es, no nos arriesguemos a tocarlo. El teniente Tragg posee la mala costumbre de asomar la nariz en los momentos más inesperados, y…

Como para confirmar las palabras del abogado, la linterna de Tragg asomó por una esquina de la casa enviando a través de la oscuridad un vívido haz de intensa luz que se fijó en la parte delantera del automóvil de Mason, manteniéndola sumida en un blanco fulgor mientras Tragg avanzaba hacia el coche. Después bajó la linterna y abrieron la puerta.

—¡Hum! —dijo Tragg—. Noto calor aquí.

—La calefacción está funcionando —respondió Mason.

—¿Cómo lo consiguió sin la llave? —la linterna de Tragg se

movió hacia la cerradura del encendido.

—¡Cáscaras! —exclamó, y dejó caer en las manos de Mason la llave que había tomado.

—Entre —invitó el abogado.

—Córrase un poco, señorita Street, que voy a entrar.

La joven se estrechó aún más contra Mason. Tragg se introdujo en el coche y tiró de la portezuela para cerrarla.

—¿Qué sabe usted del cadáver, Mason?

—Nada.

—¿La reconoce?

—No le he visto la cara.

—Pero ¿cree usted saber quién es?

—No pienso hacer ninguna identificación hasta que haya visto el cuerpo.

—No le pido que haga identificaciones. Le estoy preguntando quién supone usted que es.

—No me aventuro a pensar mientras no dispongo de alguna base para mis conclusiones —replicó Mason.

Otro fogonazo iluminó la noche.

—¿Qué es eso? —preguntó Tragg, señalando.

—¿Qué? —inquirió Mason.

Tragg alzó su linterna, tratando de proyectar el haz a través del parabrisas, pero las gotas de lluvia al reflejar la luz, le restaron eficacia.

El oficial aclaró:

—Hay algo en la vereda. Lo vi cuando tomaron esa última fotografía.

Abrió la portezuela y salió del coche. El haz de su linterna se deslizó por la vereda hasta detenerse en el bolso.

—¡Hum! —dijo Tragg, y se alejó chapoteando por el pavimento.

—¿Se da cuenta? —observó Mason—. No habríamos tenido tiempo de recoger el bolso y emprender el regreso al coche. Tragg hubiera asomado la cara y nos hubiera sorprendido en plena acción.

Vieron a Tragg encaminarse hacia el bolso e inclinarse sobre él. El haz de la linterna osciló. Luego Tragg regresó al coche, pero desvió su primitiva dirección trasladándose al porche. Bajo la protección del techo examinó el contenido del bolso y después se dirigió al automóvil. Una vez más abrió la portezuela y una vez más

Della Street se estrechó y Tragg se deslizó junto a ella. Empezó a decir algo y luego resolló.

Della Street rió.

—¿Está usted oliendo a *whisky*?

—¿Qué pasa? —inquirió Mason.

—Estoy cumpliendo con mi deber —dijo Tragg de mala gana—, y no puedo confiar en cualquiera.

—No cabe duda —repuso Mason.

—Sí. Mala suerte. ¿Quién es Diana Regis?

—Una cliente mía.

—Descríbala.

—Alrededor de veintidós o veintitrés años, rubia, alrededor de metro sesenta de estatura y otros tantos kilos.

—Bien; ella es la muerta. ¿Era cliente de usted?

—Sí.

—¿Trabajó para ella hace poco tiempo?

—Sí.

—¿En qué?

—En un caso.

—¿Un caso contra la señora de Robert Bartsler?

—No.

Tragg manifestó con impaciencia:

—Para mostrarle que ha metido la cabeza en mal agujero, voy a mostrarle algo.

Abrió el bolso y extrajo un recibo firmado «Della Street, por Perry Mason», y en el que constaba la recepción de honorarios destinados a saldar todas las diligencias cumplidas en el asunto Bartsler.

—¿Es esta su firma? —preguntó Tragg a Della Street.

—Sí.

—De modo —dijo Tragg— que la joven sostuvo un juicio contra la señora Bartsler, ¿no?

—No.

Tragg repuso con impaciencia:

—Pues aquí está bien clarito… ¡Ah, ah! Contra el esposo, ¿eh?

—No, el esposo ha fallecido.

—¿Contra algún otro de la familia?

—Pudo haber sido.

—¡Diantre, qué valiosa ayuda es usted!

—No me agrada el modo cómo maneja usted esto.

—¿A cuánto ascendió el importe de su trabajo?

—No recuerdo.

—Hay mil quinientos dólares en el bolso —dijo Tragg.

Mason se abstuvo de hacer comentarios.

—Ahora, la joven está muerta —declaró Tragg ásperamente—. ¿Desea descubrir quién la mató?

—¿Fue un asesinato?

—Claro que lo fue. La bala le perforó la nuca.

—Por supuesto, nuestro deseo es hacer todo lo que podamos.

Tragg suspiró y dijo con exasperada impaciencia:

—¡Ustedes dos! Muy bien, dese el gusto. Quizá lo llame más tarde. Entretanto, no se quede dando vueltas por aquí. ¡Váyase!

5

Mason hizo describir al coche un amplio viraje y partió por el bulevar San Felipe. Iba silencioso y pensativo, y Della, respetando su actitud, se abstuvo de hacer preguntas o comentarios. La lluvia caía ahora con más fuerza, y el casi desierto bulevar parecía una reluciente cinta de húmedo cemento a la luz de los faros delanteros.

Mason no habló hasta llegar a la manzana donde estaba el domicilio de Della Street. Entonces dijo:

—¡Pobre chica! Quizá, si hubiésemos ido con ella… Un abogado no puede considerar cosa alguna demasiado molesta, Della. Su deber es recordar que forma parte de la maquinaria destinada a hacer justicia. Cuando interviene en un caso de justicia o injusticia, no hay cuestión grande o pequeña. La injusticia es un mal social. ¡Dios mío, cuánto desearía haberle dicho a la chica que la acompañaría!

—Entonces quizá estaría usted donde está ella, jefe… Cara al suelo, bajo la lluvia.

—Cierto. Es una probabilidad. Pero cuando se teme acudir a un sitio porque en él se arriesga el pellejo. Eso constituye miedo de vivir.

—Ceguera, jefe.

—¿Ceguera? Ya…

Desde el otro lado de la calle llegó un frenético bocinazo, luego se abrió la portezuela de un coche y una figura saltó a la calle y echó a correr impetuosamente a través de la lluvia.

—Mejor será que siga su camino, jefe —advirtió Della Street—. A lo mejor se trata de algún cliente que ha estado espiándome y…

—Buena idea —respondió Mason—. Adiós.

—Adiós, jefe.

Mason cerró de un golpe la portezuela.

La mujer que había estado corriendo a través de la calle, agitó

las manos desesperadamente, volviéndose, y los faros delanteros iluminaron su rostro cuyo ojo derecho estaba amoratado. Mason hizo girar el volante, llevó el coche hacia el bordillo, apagó los faros delanteros y detuvo el motor. Acababa apenas de abrir la portezuela cuando Diana Regis llegó a la carrera.

—¡Ah, qué aliviada me siento! Me alegro tanto de verles. Temía que no llegaran. He estado esperando no sé cuánto tiempo. Pero me dijeron que la señorita Street había salido y había prometido reunirse conmigo aquí. Bueno, ustedes saben… Aunque, desde luego, supongo que es tarde. Ignoro cuánto. Mi reloj se mojó y se paró.

Mason lanzó a Della una mirada de advertencia y dijo:

—¿Qué deseaba usted de mí, señorita Regis?

—Me gustaría que me acompañase, si no tiene inconveniente.

—¿Dónde va usted?

—Al Bulevar San Felipe.

—¿Sola?

—Tengo que reunirme allí con Mildred Danville.

—¿A qué hora?

La joven rió y dijo:

—La cita fue concertada para las diez y media pero Mildred suele retrasarse, y…

—¿No me dijo usted a las diez? —interrogó Della Street.

Diana miró fija e inquisitivamente a su interlocutora.

—¡Ah, Dios mío! ¡Quizá fuera a las diez!

—¿No estuvo usted aquí alrededor de las nueve y media? —preguntó Mason.

—Intenté llegar a tiempo, pero me lo impidió la lluvia. Fui a buscar un coche, y los taxis escaseaban. No llegué aquí hasta… bueno, creo que un cuarto de hora antes de las diez.

—¿Entonces ha estado usted esperando desde las diez menos cuarto?

—Sí. Me parece que sí.

—Subamos al piso de Della —dijo Mason.

Della Street sacó la llave del bolso y abrió la puerta exterior de la casa. Los tres penetraron en el ascensor y pasaron después al departamento de Della. Encendió ésta las luces y, quitando su mojado impermeable, se trasladó a la cocinilla, donde puso a

calentar una tetera.

—Voy a preparar unos ponches calientes anunció.

—Bueno —asintió Mason—. Prepara todo lo que quieras y ven después aquí mientras se calienta el agua, ¿quieres Della?

Diana Regis se instaló en un sillón, y cruzó las piernas, al advertir que Mason observaba sus medias y zapatos empapados, rió diciendo:

—Temo no estar preparada para semejantes diluvios.

—¿Cómo se puso usted en comunicación con Mildred Danville? —preguntó Mason bruscamente.

—Me telefoneó cuando regresaba yo con el detective.

—¿Qué le dijo por teléfono?

—Que había tropezado con algunas dificultades, que se había apropiado de mi coche y que un agente la había detenido por una infracción de tránsito. El agente quería ver su licencia. Mildred no la tiene. Tuvo ya molestias hace poco y no se la considera capaz de conducir un auto; pero tiene mi edad, mi cuerpo y mi complexión; en una palabra, se parece una enormidad a mí y utiliza mi licencia. Condujo al agente arriba, al departamento en cuyo gabinete había perdido mi bolso. Abrió la puerta, pensando que no lograría escapar de aquel enredo ¡y mi bolso estaba sobre la mesa! Se adueñó de él. Es así como la colilla del cigarro fue a parar al cenicero. ¡El agente estuvo fumando!

Mason miró a Della.

—¿Y usted le habló a ella de su aventura?

—Sí, por teléfono. Yo estaba dormida cuándo cogió el bolso.

—¿Y del ojo amoratado?

—Sí. El detective quería marcharse, de modo que le dije a Mildred que me llamara después, y corté. Mildred tardó un buen rato en llamar. Cuando lo hizo, estaba excitadísima. Me pidió que le refiriera de nuevo lo de mi ojo amoratado y después me pidió que me reuniera con ella en el número 6750 del Bulevar San Felipe; y que le llevara a usted conmigo, si era posible.

Della Street gritó:

—Los ponches están listos.

Mason se levantó con presteza y le dijo a Diana Regis:

—Quédese donde está. Yo le traeré el ponche.

Mason entró en la cocinilla, rodeó con un brazo la cintura de

Della Street y la empujó hacia la nevera lejos de la puerta.

—¿Hay alguna puerta trasera para salir de aquí, Della?

—Sí. Da al porche de servicio.

—Muy bien —respondió Mason—; sal y da la vuelta hasta la puerta de delante. Empieza a golpear en ella. Trata de hacer que tus golpes parezcan los de un policía que llama desde fuera. Pero no hagas tanto ruido que atraiga la atención de los ocupantes del departamento vecino.

—¿Cuándo? —preguntó la joven.

—Tan pronto como hayas servido el ponche. Bebe uno o dos tragos, luego excúsate con el pretexto de que tienes que hacer algo en la cocina, y sal.

—Perfectamente, jefe.

Mason regresó con dos de los ponches, alargando uno a Diana Regis. Della Street, con la humeante taza en la mano, permaneció de pie en la puerta de la cocinita.

—¡A la salud de todos! —dijo Mason.

Bebieron los ponches lentamente.

—¡Ah, qué rico! —exclamó Diana Regis—. Es verdaderamente estimulante. No tienen ustedes idea de cuánto lo necesitaba.

—Su mano está temblando —observó Mason.

—Me siento terriblemente nerviosa esta noche.

Della Street dijo al pasar:

—Pues con esto se reanimará. Entretanto voy a ocuparme de un pequeño quehacer en la cocina. Pronto estaré con ustedes.

Cerró la puerta.

Mason dijo a Diana Regis:

—¿Oyó usted alguna vez el nombre de Bartsler antes de empezar a trabajar para él?

—No.

—¿Sabe quién vive en esa dirección del Bulevar San Francisco?

—No. Debe de ser algún amigo de Mildred. ¿No podemos, por favor, ir allá, señor Mason? Es terriblemente tarde. Deseaba verse conmigo a las diez.

—Dentro de un minuto —respondió Mason—. Si esperó todo este tiempo, esperará un poquito más.

—Pero, suponga que no ha esperado tanto tiempo.

—Entonces, no vale la pena de ir.

Diana se mordió el labio inferior, permaneciendo silenciosos unos minutos; luego, repentinamente, unos nudillos golpearon enérgicamente la puerta delantera.

Dijo Mason en voz baja:

—Por la violenta y grosera forma de llamar diría que es un policía. Me pregunto qué diablos querrá a estas horas.

La taza de Diana Regis cayó de sus helados dedos temblorosos, haciéndose añicos en el suelo y esparciendo sobre la alfombra su contenido.

—¿Quiere que salgamos? —inquirió Mason.

La joven, demasiado asustada para hablar, se limitó a asentir con la cabeza.

Mason la tomó por la muñeca.

—Muy bien —dijo— vamos por aquí.

El abogado guió a través de la cocinita a la aterrorizada muchacha, hasta el porche posterior.

—Agáchese —susurró— de modo que no puedan verla contra las ventanas iluminadas. Salgamos agachados.

Se movieron a lo largo de un porche de servicio, tan agachados que se confundían con las tenebrosas sombras y descendieron casi reptando unas escaleras de acero pegajosas y frías bajo la lluvia.

Ganaron el patio, se deslizaron por un pasadizo de salida y buscaron amparo de la lluvia bajo el saledizo de una azotea.

—Ahora —dijo Mason amenazador— dígame la verdad.

Respondió la joven asustada, casi susurrando:

—Abandoné la casa de la señorita Street y me fui a la parte alta de la ciudad. Luego vi que era tarde y pensé que no podía volver al lugar y salir de allí para llegar al Bulevar San Felipe a tiempo, y no tenía la menor idea de que usted fuera a presentarse. Ello me descorazonó.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Encontré un taxi que me llevó allí. Tuve que pagar tarifa doble para conseguir que el conductor accediera.

—¿Y después, qué?

Prosiguió la joven:

—Vi mi coche estacionado frente a la casa, de modo que pensé que todo se estaba arreglando allí dentro; que Mildred debía de estar perfectamente. De modo que le pagué al conductor y lo

despedí, diciéndole que regresara a la ciudad. Al principio se negó… quería esperar. Pero insistí en que se marchara, puesto que no le iba a necesitar.

—¿Entonces?

—Subí los escalones del porche y llamé sin que nadie respondiera; aquel silencio me azoró un poco y caminé en derredor de la casa hasta la puerta posterior, que golpeé; la puerta estaba cerrada con llave. No acababa de comprender por qué Mildred había dejado el coche allí si no estaba en la casa.

—¿Y qué hizo usted?

—Estaba calada. Diluviaba. Me fui a mi coche y me senté un rato, esperando. Por último sentí frío y me dije que algo andaba mal. Tenía una linterna en el coche. La saqué y caminé de nuevo en derredor de la casa, y entonces… entonces…

—¿Vio el cuerpo?

—Sí.

—¿Se acercó a él? —preguntó Mason.

La joven asintió con la cabeza.

—¿Tocó el cadáver?

—Sí.

—¿Era Mildred?

—Sí.

—¿Qué hizo entonces?

—Corrí al coche. La llave estaba puesta y hui. No supe qué hacer durante un rato, pero después se me ocurrió la idea de regresar para ver a la señorita Street. Me encontré con que se había ido, de modo que pensé… Bueno, usted se imagina… El caso es que forjé una historia, descompuse mi reloj y traté de engañarle a usted.

—¿Y, ahora, me está diciendo la verdad? —preguntó Mason.

—Confíe en mí —repuso la joven—, créame, es la pura verdad.

Se oyó ruido de pasos cerca. Una sombra oscura se deslizó, se detuvo y emitió un silbido.

—Aquí, Della —dijo Mason bajito.

—¡Ah! —la voz de la joven denotaba alivio.

—¿Qué hay? —preguntó Mason.

—Quiero hablar un minuto con usted, jefe.

—Discúlpeme —dijo Mason a Diana y, tomando el brazo de Della Street, dieron unos pasos hasta un sitio donde pudieran

sostener una conversación fuera del alcance del oído de la muchacha.

—Ocurrió algo imprevisto —manifestó Della.

—¿Qué?

—Llamé a la puerta tal como me dijo usted, jefe.

—Y la treta dio resultado —respondió Mason—. La chica se asustó realmente, hasta el punto de que me dijo la verdad.

—Bien —prosiguió Della—, ya suponía que ocurriría eso. Esperé para darle a usted el tiempo suficiente para escapar, luego abrí la puerta del departamento, entré y me senté a esperarles.

—Adelante —instó Mason con impaciencia—. ¿Qué ocurrió?

—No hacía mucho que estaba cómodamente instalada, cuando oí un fuerte e imperativo golpe en la puerta.

—¿Qué hiciste tú? —preguntó Mason.

—Seguí sentada muy tiesa. No sabía quién era y no abrigaba el propósito de averiguarlo en persona.

—¿Qué pasó entonces?

—Repitieron dos o tres veces el golpe. Y luego oí la voz del teniente Tragg que decía: «Abran la puerta o la echaré abajo».

—¿Y qué hiciste?

—Continué sentada, tan tiesa como antes y sin responder.

—¿Qué actitud adoptó el teniente?

—Se retiró.

Mason meditó unos segundos.

—¿Es algo importante? —preguntó Della.

—Pues, mira —respondió Mason—. Gracias al teniente Tragg, el pequeño «tercer grado[2]», llamémosle así, a que recurrí para arrancarle la verdad a Diana Regis, se ha convertido en un *boomerang*.

—¿Cree usted que ella se figura que la ayudó usted a escapar y…?

—Exactamente —dijo Mason—. Si la muchacha refiere la historia de lo ocurrido, me arrestarán por encubridor. Nadie creerá nuestra historia… ahora.

—¿Pueden achacarle a ella ese asesinato?

—No veo por qué no. Ha debido de dejar huellas por todos los lados, y se ha puesto a sí misma en evidencia.

—Pero, jefe, ¿no podría subir yo al banquillo y explicar que fue

una especie de «tercer grado» de mentirijillas al que nosotros recurrimos, y…?

—No hay probabilidad —repuso Mason— ya hemos echado mano a demasiadas tretas, Della. Creerán simplemente que es otra más a que recurrimos para salir del atolladero. ¿Dónde está Tragg ahora?

—No lo sé.

—Es indudable que vio mi coche frente a la casa y está esperando sorprenderme en cuanto salga. Y el coche de Diana también está ahí.

Della Street dijo algo, como dudando:

—Mi cochecito está aquí, en el garaje y…

—Ve en su busca —ordenó Mason

—¿Ahora?

—Sí. ¿Tienes las llaves?

—Sí.

—Muy bien, sácalo.

Mason se reunió con Diana Regis y le dijo:

—La señorita Street va a sacar su coche y la llevará a usted a su casa.

—¿A mi casa? —preguntó Diana.

—Bueno, a algún sitio donde usted esté en seguridad por el momento —replicó Mason.

Oyeron detrás de ellos el clic de una cerradura, luego una puerta que se abría, deslizándose. Un motor empezó a funcionar y apareció la luz del coche de Della Street cuando salía del garaje.

Mason ayudó a Diana Regis a subir.

—¿Qué camino? —preguntó Della Street.

Mason miró hacia el callejón.

—Deben de estar vigilando esa entrada —dijo, indicando en la dirección del bulevar principal—. No hay más remedio que escapar por el otro lado.

—¿Cree usted que no lo están vigilando?

—Estarán haciéndolo dentro de unos minutos —respondió Mason—, pero podemos intentar una probabilidad ahora mismo.

—¿Qué pasará si consiguen capturarnos? —preguntó Della Street.

—Tendremos dificultades —dijo Mason—. Voy por la puerta

trasera a tu departamento. Mantén a Diana dando vueltas por los alrededores. No le permitas asomarse. Llámame dentro de unos veinte minutos, si consigues escapar sana y salva. Aquí hay algo más. —Mason extrajo una libreta y una estilográfica de su bolsillo, y se las tendió a Della Street—. Escribe lo siguiente, Della: «Jefe, quizá llegue un poco tarde. La llave está en el cajón de la correspondencia. Entre y hágase cuenta de que está en su casa. Della.»

Della Street escribió el mensaje y devolvió la libreta y el lapicero a Mason. Mason arrancó la hoja de la libreta. Della le alargó la llave del departamento.

—Perfectamente, Della. En marcha.

La luz del coche se alejó. Mason aguardó unos diez segundos y luego volvió a subir al departamento de Della Street. Apenas se había instalado con un cigarro y un libro, cuando pesados golpes aporrearon la puerta.

Mason introdujo el índice entre las páginas del libro, en el lugar que estaba leyendo, se levantó y abrió la puerta.

—¡Hola, teniente! —dijo—. No esperaba verle de nuevo tan pronto.

Tragg miró más allá de Mason, y dijo concisamente:

—¡Hola! Estoy buscando a su eficientísima secretaria Della Street.

—No está —dijo Mason.

—¿Vive usted aquí ahora? —preguntó Tragg.

Mason rió.

—Tenemos una cita para una cena a medianoche con algunos amigos. No sé qué le ocurrió a Della. Encontré esta nota esperándome cuando llegué. De modo que cogí la llave y entré.

Tragg examinó la nota de Mason, se la devolvió y luego se detuvo como si algo atrajera su atención. Estudió la nota un momento, luego meneó la cabeza, y se la devolvió a Mason, diciendo:

—Bueno, podría esperarla yo también, si usted no se opone. En realidad, quizá sea usted capaz de suministrarme la información que deseo.

—¿De qué se trata?

—Del caso en que trabajó usted para Diana Regis —prosiguió

Tragg—. Usted se mostró, naturalmente, un tanto reticente, pero me agradaría saber más del asunto.

—Siéntese, teniente. No me diga que ha descendido usted al extremo de querer sonsacar a Della Street para obtener la información que yo no le di.

—En absoluto, Mason. No se preocupe por eso. Tenía entendido que Diana Regis estuvo por la tarde con Della Street. Deseaba investigar el elemento «tiempo». Ya que lo encontré a usted aquí, no veo por qué no habría de formularle unas preguntas.

—Muy amable de su parte. Póngase cómodo. Creo que Della tiene un poco de *whisky* en la cocina. ¿Qué le parece si tomamos un trago?

—Estoy de servicio —respondió Tragg.

—¿Son tan estrictos sus superiores?

—No se trata precisamente de eso. Sino de que en caso que algo ocurra, y tenga que llamar a la señorita Street como testigo, no me gustaría que trascendiese que he consumido su *whisky*.

—Comprendo lo justificado de su actitud. ¿Y por qué Della Street sería requerida como testigo?

—Por varias razones. Vine aquí hace unos minutos, Mason.

—Ah, ¿conque fue usted? Yo estaba telefoneando y grité que esperaran. Parece que usted no me oyó.

—Parece que no.

—Después, cuando fui a la puerta, no había nadie.

—¡Interesante! Debo de haber estado vigilando los coches, abajo, en la calle, durante ese tiempo. ¿Cree usted que el cuerpo era el de Diana Regis?

—¿No lo era?

—No.

—¿De quién, entonces?

—De una tal Mildred Danville, que comparte un departamento con Diana y que se le parece mucho.

—¡Ah, ah!

—Voy a decirle una porción de cosas —agregó Tragg—. Creo que hay algunas que usted sabe, Mason.

—¿Qué, por ejemplo?

—En la medida que es posible afirmarlo, el crimen fue cometido una hora y media después de que empezó a llover. La lluvia cayó

con bastante fuerza al principio.

El abogado asintió con la cabeza.

—La mujer corrió, huyendo de su asaltante, cayó al recibir la bala, que fue disparada a corta distancia, digamos unos diez metros. Llovía desde hacía bastante tiempo, de modo que el polvo del camino se había transformado en lodo. Se le adhirió a los dedos mientras caía aferrándose a la tierra. Todavía se pueden ver las huellas y hay lodo debajo de las uñas.

—Linda lluvia —dijo Mason.

—Supongo que los granjeros estarán satisfechos. ¿Cuánto tiempo falta para que regrese Della Street?

—Usted sabe tanto como yo. Ya ha visto la nota.

—Sí… Hay algo interesante en esa nota. Mason.

—¿Qué?

—Parece como si hubiera sido garrapateada con apresuramiento.

—Supongo que lo fue —respondió Mason—. Probablemente salía y se detuvo un momento, al ir hacia la puerta, para escribir la nota.

—Entonces la escribió con la estilográfica y la libreta de usted —dijo Tragg—. La página de papel y sus perforaciones se parecen a las hojas de la libreta que usted emplea. Y —prosiguió Tragg secamente—, habrá usted notado que hay una mancha de tinta junto a la firma, al final de la nota, mancha que se hizo mientras la tinta todavía estaba fresca.

—Sí, noté eso —admitió Mason.

—¿Y advirtió, por casualidad, que tiene usted una mancha de tinta en su pulgar derecho?

—No, no lo había advertido.

—Así lo creo —repuso Tragg.

Los dos hombres fumaron un rato en silencio.

Tragg declaró por último:

—Parece que vamos a tener algo que ver con Diana Regis.

—¿Relacionado con este caso? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Sólo porque encontró usted su bolso en la calzada?

—No sea tonto —respondió Tragg—. Mildred Danville trató de huir con el coche de Diana y algún dinero que pertenecía a ésta. Diana fue a recuperar el coche y el dinero.

Sonó el teléfono.

El teniente Tragg dijo:

—Si no tiene inconveniente, Mason, contestaré yo. Creo que es para mí. Dejé dicho que se me llamara aquí en caso de que ocurrieran ciertos acontecimientos.

Con un rápido movimiento, Mason se movió en derredor de la mesa, interponiéndose entre Tragg y el teléfono.

—No habría ningún inconveniente, teniente —repuso—, pero ocurre que yo también espero una llamada, y dejé dicho que podían encontrarme aquí.

Mason alzó el auricular.

Tragg permaneció de pie detrás de Mason, con expresión agresiva.

—Diga —habló Mason y añadió inmediatamente—: Tenga cuidado con lo que hable.

Una áspera voz masculina respondió:

—Deseo hablar con el teniente Tragg. ¿Acerca de qué diablos he de tener cuidado?

Mason cedió el teléfono sonriendo.

—Acertó, teniente.

Tragg empuñó el receptor y dijo:

—Hola, habla con Tragg —escuchó algunos segundos y prosiguió—. Muy bien, obtenga una declaración. Cuidado con eso. Adiós.

Colgó el aparato y miró ceñudo el extremo de su cigarrillo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mason.

—El conductor del taxi —respondió el teniente Tragg—. Admitió a una rubia con un ojo amoratado que responde a la descripción de Diana Regis, para conducirla al Bulevar San Felipe. Había un coche estacionado enfrente. No parecía haber nadie en la casa, pero la muchacha no mostró inquietud alguna. Le dijo al conductor que regresara a la ciudad. El hombre permaneció en las cercanías, pensando que si no había nadie en la casa, podría tomar a la chica de regreso.

—¿Fijó el tiempo? —preguntó Mason.

—Alrededor de una hora después de empezar a llover.

Mason bostezó.

—Lo que me interesa —continuó Tragg— es que el conductor

está seguro de que había un coche estacionado junto al bordillo cuando él llegó. Cuando nosotros llegamos allí, no vimos ningún auto, exceptuando el suyo. ¿No habría la menor probabilidad de que usted hubiese estado allí más temprano por la tarde y luego se hubiese retirado…? No; usted no hubiese estado rondando tanto tiempo. No; parece como si Diana hubiese apretado el gatillo y luego huido en su automóvil… que ahora está estacionado frente a esta casa.

—Se muestra usted bastante franco conmigo, ¿no? —preguntó Mason.

Tragg le miró a los ojos.

—Lo que estoy tratando de hacer, Mason —dijo— es mostrarle exactamente la magnitud de los cargos que tenemos contra su cliente, de modo que si Della Street, cumpliendo sus instrucciones, se halla empeñada en mantenerla fuera de circulación, no estará usted en situación de presentar alegato alguno, puesto que no conoce todos los verdaderos hechos de esta tragedia. Si me la ha birlado usted de veras, cargará con toda la responsabilidad. Necesito a Diana Regis. La necesito como testigo material. La necesito como posible sospechosa de asesinato. Y he puesto mucho cuidado en hacerle saber exactamente lo que tengo contra esa muchacha y por qué la necesito, señor Perry Mason.

—Pura amabilidad suya, teniente Tragg, estoy seguro.

El teléfono quebró el silencio un tanto intenso que siguió al tenso diálogo.

Tragg hizo un movimiento hacia el aparato, y tropezó con el hombro de Mason.

—Usted ya tuvo su llamada teniente —observó Mason, y añadió—: ¿Recuerda?

A Tragg no se le ocurrió ninguna réplica.

Mason alzó el teléfono y dijo:

—Hola. Hable en voz baja.

—Perfectamente —respondió Della Street—. ¿Qué hay?

—Música —repuso Mason.

—¿Música? —preguntó la secretaria pasmada.

—Aquí.

Della Street meditó unos segundos y dijo luego:

—¿Música que no le gusta, jefe?

—Sí.

—¿No puede entonarla fuera?

—No.

—Música —repitió Della Street pensativa—. ¿Quiere usted decir que hay que hacerle frente?

—Es lo que estoy tratando de dar a entender.

—¿Por Diana?

—Por los tres.

—¿Tengo que hacerla subir ahí?

—Sí.

—¿Desea que hable cuando se encuentre ahí?

—No.

—¿Quiere que se mantenga absolutamente callada?

—Sí.

—¿Suponga que haya algo que ella pueda explicar? ¿Podría intentarlo?

—No.

—Muy bien —dijo Della Street—, subiremos.

—Hasta luego —contestó el abogado, y colgó.

El teniente Tragg suspiró, tendió el brazo y descolgó el aparato tan pronto como el abogado lo hubo soltado. Marcó un número.

—Hola —dijo—. Comuníqueme con el Departamento de Transmisión. Hola. ¿La radio? El teniente Tragg. Creo que pueden detener ahora ese coche. Sí, el coche en que Diana Regis y Della Street andan dando vueltas. Eso es. Muy bien, transmitan el mensaje al coche que las sigue y deténganlas.

Tragg colgó el teléfono, suspiró y recogió su sombrero.

—Bueno, Mason —dijo—, le deseo mejor suerte la próxima vez.

—¡Oh, no; ya estoy contento! —comentó Mason.

Tragg sacudió la cabeza.

—Pensé que esta vez se movería usted con su acostumbrada habilidad, pero no ha sido así. Quizá fue intuición. Quizá cargué la mano. Bueno, tomemos las cosas con filosofía. Siga haciendo de las suyas, Mason, y uno de estos días le voy a pescar con las manos en la masa y le pondré fuera de combate.

—¡Cómo! ¿Se va tan pronto, teniente? —inquirió Mason solícitamente.

—Sí. Tengo que estar en el Departamento Central cuando lleven

a Diana y ver si puedo sacarle algo. No creo que lo consiga.

—¿Va a presentar algún cargo contra ella?

—Eso depende. ¿Va a representarla usted?

—No puedo decírselo todavía —respondió Mason.

—Bien: buenas noches, sapientísimo amigo.

—Buenas noches —contestó Mason.

Los dos hombres se sonrieron. Luego, Tragg se volvió y marchó presuroso por el corredor.

Al cabo de unos diez minutos sonó el teléfono. Mason alzó el auricular y escuchó la voz de Della Street, que hablaba atropelladamente por efectos de la excitación.

—La cogieron, jefe. Me parece que han estado siguiéndonos. Un coche de la policía nos cerró el paso y apresaron a Diana, y luego capturaron mi coche y se lo llevaron, dejándome en medio de la acera.

—¿Puedes conseguir un taxi? —preguntó Mason.

—No es fácil dar con uno a estas horas de la noche.

—Perfectamente —respondió Mason—. ¿Dónde estás?

Della Street le dio la dirección.

—Espera ahí —dijo Mason—, pasaré a recogerte. Creo que vamos a ir a la oficina a preparar un escrito solicitando el *habeas corpus* para Diana Regis.

6

Mason se puso el impermeable y el sombrero, apagó las luces de la escalera y luego se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

De pronto retrocedió, volvió a encender las luces, se dirigió al teléfono y marcó el número de la oficina de Paul Drake.

Respondió el encargado nocturno.

—Habla Mason —dijo el abogado—. Consígame comunicación con Paul Drake, si está. Si no está, prepáreme al mejor detective que tenga a mano en estos momentos. Diana Regis y Mildred Danville ocupan un departamento en los Palm Vista Apartments. Ignoro el número del departamento, pero el detective puede encontrarlo en la lista del vestíbulo. No es asunto que deba tratarse a la ligera. Es dinamita. La policía aparecerá por allí probablemente dentro de una hora. Deseo que el departamento sea vigilado inmediatamente, y que la vigilancia se mantenga hasta que llegue la policía.

—¿Y después ya no tiene interés en que la vigilancia se mantenga? —preguntó el encargado.

—Después —respondió Mason—, será inútil. Pero hasta entonces, quiero saber cuánto ocurra, quiénes han entrado o salido de ese departamento o han tocado el timbre. Para hacer las cosas sobre seguro, tendrá usted que poner dos o tres hombres eficientes en el asunto, cada uno con un coche. Pero no espere hasta disponer de los tres. Envíe al primero que esté a su inmediata disposición, y…

—Precisamente tenemos un detective a mano —dijo el encargado—. Partirá inmediatamente y puedo poner otros dos en camino dentro de unos diez minutos.

—Muy bien —dijo Mason—. Voy a mi despacho. Pasaré por ahí dentro de una hora o algo así, y leeré los informes que haya recibido. Asegúrese de la filiación de quienquiera que muestre algún interés por ese departamento. Y algo más. Envíe un par de

hombres a la residencia de Jason Bartsler, al número 2816 de Pacific Heights Drive. Quiero que la vigilen. Vive allí Jason Bartsler, de unos cincuenta y seis años de edad, Frank Glenmore, de unos treinta y ocho, la señora Bartsler, joven, de buena presencia, y Carl Fretch, de veintidós, su hijo. Que anoten cuándo llegan. Y si salen, deseo saber la hora.

Repuso el encargado:

—No puedo disponer de bastantes hombres para vigilar a toda esa gente, señor Mason. Puedo apostar a un hombre para que informe, y enviar algunos detectives a que vigilen a los visitantes que vayan al departamento, pero las cosas están ahora…

—Bien, bien —interrumpió Mason—. Vigile el departamento y obtenga la filiación de los que suban, y consígame un informe acerca de la residencia de los Bartsler. El departamento es lo más importante. Ocúpese de él primero.

Mason colgó, apagó las luces, salió de la casa y cruzó la calle bajo la fría y constante lluvia, hasta su coche. No se había molestado en averiguar si le seguían. Se dirigió a la farmacia donde Della le había dicho que le esperaría.

La secretaria, que oteaba a través del escaparate, vio acercarse el coche de Mason al bordillo de la acera y salió a reunirse con él.

Mason la miró detenidamente mientras la joven abría la portezuela y se deslizaba en el asiento junto a él. El abogado sonrió al ver la expresión de su rostro.

Della Street dijo, colérica:

—Nunca me he sentido tan rabiosa, tan completamente disgustada en mi vida.

—Olvídalo —dijo Mason.

—Debe usted decirse que hasta una maniquí hubiese tenido suficiente sentido para escapar y descubrir si era seguida —murmuró Della con amargura.

—Olvídalo. Fue una trampa.

—No me importa lo que fue. Debí darme cuenta de que me estaban siguiendo. He estado sentada en la farmacia dándome puntapiés de rabia, por tonta.

—No podías hacer nada, Della. Tragg sabía que Diana Regis había estado en el departamento. Su coche estaba fuera, enfrente. De modo que Tragg colocó un auto en algún sitio estratégico de la

manzana para seguiros en caso de que se os ocurriera salir antes de que él entrara. No es posible burlar semejantes precauciones. Estábamos vencidos antes de empezar. No hubieses podido conducir por la ciudad con velocidad suficiente para zafarte de la policía.

—Bueno —respondió Della un tanto apaciguada—, pero al menos pude haber notado que me estaban siguiendo. Supongo, claro está, que durante mucho rato fueron sin luces. El primer síntoma que me hizo sospechar lo que ocurría fue la visión de un coche que llegaba zumbando, como si intentara pasarme, y luego me acorraló contra el bordillo. Luego vi que era un coche policíaco, con dos enormes policías dentro, que sonreían con aire de triunfo.

—¿Le dijiste a Diana que no hablara?

—Sí.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé, jefe. Le transmití sus instrucciones y recalqué la importancia de seguirlas al pie de la letra.

—¿Qué dijeron los policías?

—Le preguntaron si era Diana Regis.

—¿Qué contestó?

—Que lo era.

—¿Y luego?

—Inquirieron si aquel era su coche.

—¿Y entonces?

—Les respondió que estaban en libertad de examinar la patente.

—¿Qué hicieron, entonces?

—Me dijeron que me conducirían de nuevo a la farmacia desde la que telefoneé por primera vez, siguiendo sus instrucciones. Y así lo hicieron, llevándose a Diana y mi coche. Por supuesto, tan pronto como me dijeron que podía volver a la farmacia desde donde le llamé a usted por teléfono, comprendí que habían estado siguiéndonos.

—La radio es un gran invento —dijo Mason.

—¿Y cree usted que fue una trampa?

—Claro que sí —respondió el abogado—. Y lo que la hace particularmente irritante es que casi caí en ella.

—¿Cómo?

—Tragg me refirió muy detalladamente los motivos que tenía contra Diana Regis y las razones por las que deseaba entrar en

contacto con ella. Sabiendo entonces que la buscaba en calidad de testigo, y no ignorando que existían ciertos aspectos de evidencia circunstancial que la señalaban como culpable, me había colocado yo mismo en una desagradable situación al intentar sustraerla a la policía. Por supuesto, fue un anzuelo para que yo hiciera precisamente eso.

—¿Y qué deseaba Tragg?

—Arrestarme como un cómplice después del hecho, o por lo menos obtener algo que le permitiera hacer intervenir al Tribunal de Honor de la Asociación de Abogados.

—¿Y fue usted demasiado listo para hacerle el juego?

—No fui listo —repuso Mason meditabundo—. Ni estuve muy brillante, que digamos.

—Procedió con mucho acierto —rebatió Della Street con súbito acaloramiento—. Eludió la trampa que le tendía Tragg. Yo he sido la torpe. ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos al despacho —respondió Mason—, a preparar un recurso de *habeas corpus* en favor de Diana Regis. Los obligaremos a pronunciarse. Tendrán que formular un cargo contra ella o ponerla en libertad. Pero no podemos presentar nuestro escrito al juez hasta mañana por la mañana, y eso les concederá la noche entera para presionarla. Pueden hacer una infinidad de cosas en ese tiempo.

Della Street dijo:

—Conseguí que Diana me diera la llave de su departamento.

Mason volvió rápidamente la cabeza.

—¿Consiguió qué? —preguntó.

—La llave del departamento que ella y Mildred compartían. Pensé que quizá podría encontrar usted alguna evidencia. O que, por lo menos, desearía echar un vistazo.

—¡Querida niña! Ni a mí se me hubiese ocurrido eso.

—¿Piensa ir?

—No, Della. Temo hacerlo. Podría ser peligroso. No conozco lo bastante a Diana Regis. Y si tratan de inculparla del asesinato… No, Della, vayamos al despacho y redactemos el recurso de *habeas corpus*.

Mason se dirigió al edificio donde tenía sus oficinas. La Agencia Drake de Detectives, que trabajaba las veinticuatro horas del día, mantenía iluminado el corredor que conducía a ella.

Mason se detuvo.

—¿Nada todavía? —preguntó al encargado nocturno.

El aludido sonrió y meneó la cabeza.

—Mandé a un hombre competente. Estaba en movimiento seis minutos después de su llamada. También conseguí otros dos, que se pusieron en marcha para allá.

—Muy bien —respondió Mason—. Estaré en mi oficina si hay cualquier novedad.

En compañía de Della Street siguió por el corredor. Sus pasos despertaban ecos en los tránsitos flanqueados por puertas cerradas. Mason abrió la de su despacho privado y encendió las luces. Della Street se quitó la chaqueta y el sombrero, se sentó ante su escritorio y metió unas hojas de papel con sus correspondientes pliegos de papel carbón en la máquina de escribir.

Dictando directamente, Mason formuló una petición en favor de Diana Regis, alegando que había sido ilegalmente privada de su libertad por la policía, quien no había presentado cargo alguno contra ella, manteniéndola, empero, arrestada, en violación de sus derechos, por lo que solicitaba la expedición de un mandamiento de *habeas corpus*, y que en el ínterin se admitiera la liberación de Diana Regis bajo una fianza de doscientos cincuenta dólares.

Estaba Mason concluyendo de dictar, y los rápidos dedos de Della Street volaban sobre el teclado en un *crescendo* de velocidad, dando término al último párrafo de solicitud, cuando sonó el teléfono.

Mason alzó el auricular.

El encargado nocturno de Drake dijo:

—Creo que estamos sobre la pista de algo relacionado con esa casa de departamentos. Dos de los hombres están allí, pero, cuando llegaron, el primero se había ido. Debe de estar siguiendo alguna pista.

La voz de Mason reveló excitación.

—¡Perfectamente! Tan pronto como llame ese hombre póngase en contacto conmigo.

Mason colgó, tomó un cigarrillo de su pitillera, lo encendió y dijo a Della Street:

—Parece que vamos a conseguir algo Della.

—¿Qué?

—Uno de los hombres desapareció del Palm Vista Apartments. El primero que entró en juego. Se había ido cuando los otros dos llegaron.

—¿Otra vez la policía?

—Todavía no. Probablemente están atareados en interrogar a Diana.

Della Street separó el original de las copias y cubrió su máquina.

—¿Qué podrá ser? —preguntó.

Mason respondió:

—Podría no ser nada. Podría tratarse de algún amiguito que intentó ponerse en contacto con ella. Podría ser alguien que fuera en busca de Mildred Danville, y podría ser algo realmente grande.

—¿Tanto como qué?

Dijo Mason:

—Tanto como Helen Bartsler.

Los ojos de Della Street brillaron.

—¿Cree que hay una probabilidad?

—No estoy seguro —replicó Mason—. No hemos tenido mucha suerte hasta ahora. Pero las cosas quizá se vuelvan en nuestro favor.

—Bueno, no hay motivo para no esperarlo así.

—Es cierto.

—Supóngase que acusen a Diana Regis del asesinato, jefe. ¿Va usted a defenderla?

Dijo Mason:

—Ordinariamente espero echar un vistazo a los acontecimientos, pero ahora ella cree que yo la hice huir de su departamento cuando Tragg llegó por primera vez a la puerta. Eso significa mi elección. No me gustaría que la muchacha refiriera esa historia, ya sea a la policía o a algún otro abogado.

—Me pregunto en qué parte del cuadro encaja Mildred Danville —dijo Della.

Mason respondió pensativo:

—Poco después de hablarle Diana a Mildred acerca del ojo amoratado, Mildred se puso excitadísima. Ahora bien, no fue probablemente el hecho de que Carl golpeara a Diana en un ojo, lo que produjo la excitación de Mildred. Pudo ser el hecho de haber estado Carl en la habitación de Diana.

—Su observación parece lógica —aprobó Della.

Mason prosiguió:

—Sigamos un poco por este camino. ¿Qué tenía que ver el hecho de que Carl fuera a aquella habitación, con el de que Mildred se pusiera tan fuera de sí?

—No veo ningún motivo —dijo Della—. ¿Dónde obtuvo Carl la llave? —observó Mason.

—La sacaría del bolso de Diana.

—¿Y que más había en el bolso de Diana?

—Pues… no sé.

—Algo —completó Mason— que sumió a Mildred en el pánico en cuanto supo que Carl Fretch había abierto el bolso.

Los ojos de Della Street se dilataron.

—¡Claro! —exclamó— ¡Eso es!

—Bueno —preguntó Mason— ¿qué fue?

—¡El sitio donde el niño estaba escondido! —exclamó—. Debe de haber sido eso. Había algo en el bolso… en el bolso de…

—Un momento —interrumpió Mason—. Si había algo en el bolso de Diana que indicaba el sitio donde guardaba el niño, ¿cómo llegó allí el indicio?

Della Street dijo excitada:

—Porque Mildred Danville se había apropiado del bolso. ¿Recuerda? Lo tomó cuando…

—No, señora —replicó Mason—. No lo tomó. Únicamente se apoderó del permiso de conducir. Del permiso y de las llaves del coche. Se apoderó del bolso de Diana después de que ésta hubo regresado de casa de Bartsler… Eso, por lo menos, es lo que sabemos. Desde luego pudo haberlo cogido antes, y nosotros ignorarlo.

Sonó el teléfono.

Mason asió calmosamente el receptor.

—Sí, sí. Hola —dijo—. Hola. ¿Qué pasa?

La voz del encargado nocturno de Drake llegó desde el otro extremo de la línea con acento triunfal.

—Hemos recibido noticias del primer detective, señor Mason. Estuvo siguiendo un coche. El conductor fue hasta la puerta de ese departamento y trató de entrar, y parece que estuvo mirando en el cajón de la correspondencia.

—¿Sabe a quién pertenece ese coche? —preguntó Mason.

—Lo sabemos. Pudimos ver la patente. Está a nombre de Helen C. Bartsler, número 6750 del Bulevar San Felipe.

—¿Quién conducía?

—Una rubia bastante acicalada.

—¿Quién es? ¿La perdió de vista? ¿No la…?

—No, no; la siguió hasta el 2312 de Olive Crest Drive. La mujer estacionó el coche delante de un chalet y entró. Allí están. No había ningún teléfono cercano para que el detective pudiera transmitir el informe, de modo que sacó una pieza del motor a fin de que la mujer no pudiera poner el coche en marcha y corrió a telefonear. Quiere que le indiquen lo que debe hacer.

Mason dijo:

—Dígale que ha hecho un buen trabajo; que se vaya a casa y se olvide de todo.

—¿Y la pieza que sacó del motor?

—Que la arroje al río —dijo Mason, y colgó. Indicó a Della Street—: Coge el sombrero. Nos vamos.

Apagaron las luces, se deslizaron presurosos por el pasillo, aguardaron con impaciencia el ascensor, descendieron en silencio y se acomodaron en el coche de Mason.

La lluvia era un firme, monótono y frío aguacero que hacía doblemente agradable el seco calor que proporcionaba el radiador del coche.

Mason hizo dar un viraje a las ruedas, siguiendo la curva que conducía a Olive Crest Drive, y cambió al instante la dirección mientras el camino doblaba en una empinada pendiente, hasta coronar la ladera de una colina, para luego nivelarse en una pintoresca calzada. Hubo un relámpago de las luces de la ciudad que se erguía abajo. Luego, una serie de casas desaparecieron de la vista de Mason, mientras éste se dirigía rápidamente hacia la manzana del «dos mil».

Un coche estaba estacionado delante del 2312, con una mujer dentro. Mientras Mason se detenía al lado, pudo ver su silueta cuando la mujer se inclinaba sobre el iluminado tablero del coche.

Mason, sin avanzar, observó los vanos esfuerzos de la mujer por poner en marcha el coche.

—¿Avería? —preguntó.

La interrogada alzó los ojos hacia él con cierto aire de sospecha,

pero al ver a Della al lado de Mason, asintió con la cabeza y sonrió.

El abogado situó su coche junto al otro, echó pie a tierra y caminó en derredor hasta detenerse cerca de la portezuela.

—¿En qué consiste el desperfecto?

—No lo sé. Se niega a arrancar.

—¿No tiene usted linterna?

—No, no tengo.

Dijo Mason:

—Voy a buscar la mía.

Mason se volvió a su coche, cogió la linterna y dijo:

—Permítame levantar la tapa del motor y echar un vistazo… Ahora desconectaré uno de estos cables y lo mantendré en contacto con las bujías. Si intenta usted arrancar, veré si se produce chispa.

Al cabo de un momento anunció Mason:

—La avería es eléctrica. No consigue usted producir chispa. Probablemente cayó un poco de agua en la parte delantera del distribuidor.

Mason quitó la parte delantera del distribuidor, volvió a colocarla y retrocedió hasta encontrar los inquisitivos ojos de la mujer.

—¿Conque dificultades domésticas? —preguntó el abogado con jovialidad.

La mujer se puso en guardia.

—¿Qué quiere usted decir?

Mason respondió:

—Alguien puso este coche fuera de uso deliberadamente. Sustrajeron la pieza que comunica con el distribuidor. Hasta que consiga usted una pieza nueva su coche permanecerá estacionado… a menos que lo remolquen.

Un gesto de fastidio alteró las facciones de la mujer.

—¿Hay aquí —preguntó Mason— algo que pueda yo hacer?

—¿Tiene usted alguna cuerda de remolque?

—Sí, pero es un tanto dificultoso descender por estas resbaladizas pendientes al extremo de un cable. ¿La han remolcado alguna vez?

—No.

Mason sugirió amablemente:

—Podría llevarla a cualquier parte en cuanto haga una visita a

una casa. ¿Qué número es, Della?

Della contestó en alta voz:

—El dos mil trescientos doce.

Mason dijo:

—Tomaré la linterna y buscaré entre esos números. Debe de ser una de estas casas.

—Es la que está a la derecha —declaró la mujer.

—Ah, ¿es esa?

—¿Puedo enterarme de por qué desea usted visitar esa casa?

El rostro de Mason denotó sorpresa interrogante.

—Ocurre que precisamente salgo de ella —dijo la mujer.

—¡Ah! —anunció Mason—. Permítame que me presente. Me llamo Mason, soy abogado y…

—¿Perry Mason?

—El mismo —respondió Mason.

—¡Oh!

—Estoy investigando un asunto para un cliente —prosiguió Mason—, y creo que existe un indicio, un indicio bastante importante…

La joven se mostró visiblemente agitada.

—¿Tendría usted inconveniente en decirme…? Bueno, algo referente a…

—En absoluto —respondió Mason—. Estoy investigando la desaparición de un niño. Un…

—Señor Mason, ¿cómo encontró usted esta dirección?

—Es algo que no tengo libertad para divulgar.

—¿Está usted contratado por… por un hombre cuyo primer nombre es Jason?

Mason sonrió.

—Parece saber usted algo del asunto.

—¿Lo está? —insistió la mujer.

Y Mason dijo:

—Bueno, para ser del todo franco, quizá esté contratado por el señor Jason Bartsler en lo referente a determinar ciertos asuntos en relación con la situación de su hijo y un posible nieto, pero eso está en segundo término actualmente. Al presente estoy investigando un caso de asesinato.

—¡Un asesinato!

—Sí.

—Pero, señor Mason, yo… ¿Quién fue asesinado?

—Una joven llamada Mildred Danville.

Se produjo un momento de silencio, al cabo del cual la mujer que estaba en el coche dijo:

—Soy Helen Chister Bartsler, casada con Robert Bartsler. ¿Vino usted para interrogar a Ella Brockton?

Empleó un tono que no era exactamente una interrogación, sino una invitación a la confidencia.

Mason permaneció en silencio.

—No creo que saque usted provecho interrogando a Ella en estos momentos, señor Mason. Está alterada y… Bueno, de cualquier modo no sabe nada… Señor Mason, ¿está usted seguro de que Mildred Danville fue asesinada?

—La policía parece creerlo así.

—¿Dónde?

—En las afueras, en el Bulevar San Felipe. Creo que el número de la finca es el 6750.

—¡Dios mío, señor Mason, ahí es donde vivo yo!

—La verdad —murmuró Mason, y añadió después de una discreta pausa—. Quizá le agrade a usted estar presente cuando interrogue a Ella Brockton.

Helen Bartsler salió del coche y cerró de un golpe la portezuela.

—Si insiste usted en celebrar un interrogatorio, desde luego deseo estar presente.

—Vamos, Della —dijo Mason.

Los tres subieron al chalecito. Helen Bartsler hizo sonar una campanilla y en el término de unos segundos abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años, de hombros caídos, con profundos ojos negros y una boca grande de finos labios.

—Ella —dijo Helen Bartsler—, este es el señor Mason, el abogado, y… creo que no me ha dado el nombre de la persona que le acompaña, señor Mason.

—Della Street, mi secretaria.

Helen Bartsler dijo:

—Desean formularte algunas preguntas, Ella.

—¿Formularme preguntas? —inquirió la mujer con una cansada monotonía que no revelaba sus emociones.

—Sí. En relación con el…

—Un momento —interrumpió Mason—. Supóngase que usted me permite dirigir las preguntas, señora Bartsler, y que yo prefiera no decir en qué estoy interesado hasta después de formular las interrogaciones.

Helen Bartsler vaciló, y luego respondió un poco de mala gana:

—Muy bien…, si lo prefiere de ese modo.

—Pasen —invitó Ella Brockton con la misma cansada voz inexpresiva.

Entraron en una habitación donde una llama de gas ardía sobre una imitación de leños, produciendo un alegre resplandor. La señora Brockton invitó:

—Quítense los abrigos. Los colgaré en el armario del vestíbulo. Tomen asiento.

—Yo la ayudaré a colgarlos —anunció Helen Bartsler, despojando a Della Street de su impermeable.

Dijo Mason:

—Nosotros ayudaremos. Y sírvase recordar, señora Bartsler, que prefiero interrogar a la señora Brockton antes de que usted le haya dado alguna información.

Helen Bartsler dijo con indignación:

—Bueno, usted, al fin y al cabo, no es la policía. Me parece que tengo el derecho de decirle a la señora Brockton lo que me parezca. Si ha sido un asesinato, ella está autorizada para…

—¡Un asesinato! —exclamó la mujer, deteniéndose con la mano en la puerta del armario.

—Mildred Danville —dijo Helen Bartsler en tono desafiante.

—Bueno, eso favorece tus derechos —anunció la mujer.

Mason observó:

—Parece que usted ha considerado necesario decírselo a la señora Brockton. Y supongo que usted sabe el por qué.

—No veo razón para que dirija usted mis acciones, señor Mason.

—Bien —repuso Mason—, así se aclaran las cosas. Ahora estamos en el terreno justo. Usted se encuentra en un lado y yo en el otro.

—Exactamente —soltó Helen Bartsler—, y quiero prevenirte, Ella, de que este hombre no tiene derecho a dirigirte ninguna pregunta, y que tú no tienes obligación de darle ninguna

contestación.

—Así es, en efecto —dijo Mason—, y además, deseo prevenir a ambas que quizá represente intereses contrarios a los de la señora Bartsler, y que ésta interviene en el presente interrogatorio por su propia solicitud; y sugiero se busque a algún abogado que la defienda en el caso de que se decida a luchar.

—¿Por qué tengo que luchar? —preguntó Helen.

—Usted mantiene oculto a un niño, ¿no es así?

—Yo no he dicho palabra de su nieto a Jason Bartsler —repuso la interpelada—. E ignoro cómo descubrió el hecho.

—¿Y por qué no le habló de su nieto a Jason Bartsler?

—Porque fue muy cruel, maligno, reservado… No quiero que mi hijo esté expuesto a esa influencia. La señora Bartsler y su hijo Carl son seres humanos. Pero Jason me consideraba como una cualquiera, como algo inferior al polvo que pisaban sus pies. Sin embargo, todo ha quedado ya arreglado. Bueno creo que lo mejor hubiera sido no hablar tanto.

—No me parece que lo haya hecho —dijo Mason—. Me ocuparé de mis preguntas a la señora Brockton.

—Y usted no tiene que decirme cosa alguna —dijo Helen Bartsler.

Entraron en el *living*, donde se acomodaron. Mason, con mucha parsimonia, abrió su pitillera, ofreció cigarrillos, se echó atrás en su sillón, y dijo a la señora Brockton:

—No creo que tenga inconveniente en que fumemos. Veo un cenicero allí.

—Adelante.

Mason preguntó a la señora Brockton:

—¿Qué sabe usted exactamente de Robert Bartsler?

Ella Brockton echó una mirada a Helen Bartsler.

—Ella cuida de él por mí —dijo Helen Bartsler—. Es decir, lo cuidaba hasta que Mildred me lo arrebató.

Preguntó Mason:

—Realmente, señora Bartsler, creo que sería mejor que no contestara usted a las preguntas. Estoy tratando de interrogar a la señora Brockton.

—No tiene usted ningún derecho para decirme lo que debo o no debo hacer.

—¿Cómo fue muerta Mildred Danville? —preguntó Ella Brockton.

—Alguien le disparó un tiro en la nuca.

Los negros ojos relucieron.

—Bueno, se lo estaba buscando.

—¡Ella! —exclamó Helen Bartsler con tono de reproche.

—Sí, se lo estaba buscando —insistió la mujer con la misma terca monotonía.

Helen Bartsler repuso súbitamente, como si hubiera variado de opinión:

—Creo que ninguno de nosotros hubiera dicho nada mejor, Ella.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto al niño? —preguntó Mason a Ella Brockton.

—No lo he visto desde que Mildred Danville se lo llevó consigo —contestó la mujer, y esta vez se notaba mayor amargura en su voz—. Previne a la señora Bartsler de lo que ocurría. Lo supe en cuanto vi su cara el día en que iba a llevarle al niño, y…

—Creo que ya es bastante, Ella —dijo Helen Bartsler con firmeza.

Mason se acomodó en el asiento y fumó en silencio.

Helen Bartsler lo estudió con fríos y astutos ojos, que, bajo cejas tan rubias que llegaban a ser invisibles parecían extrañamente inquietos por su escrutinio.

—Sus palabras me convencen —anunció Mason—. Puedo obtener mi información en otra parte. Vamos, Della.

Estaban a mitad del camino de la puerta cuando Helen Bartsler dijo:

—¿Cómo descubrió lo de Robert?

Mason hizo una mueca.

—Ese punto parece inquietarla ¿eh?

—Francamente, sí.

Mason dijo:

—Creo que sería mucho mejor para usted ver a un abogado.

—Ya lo tengo —repuso su interlocutora con un destello de triunfo en sus ojos—. Conozco mis derechos.

—¿Como viuda sobreviviente de Robert Bartsler?

—Sí, y también como esposa de una persona que desapareció en acción de guerra en acto de servicio. Por si acaso le interesa, señor

Mason, ya he solucionado mis diferencias con Jason Bartsler; y he hecho un buen convenio.

—¿Dinero contante y sonante?

—No dije eso.

—¿Todo firmado?

—Lo estará tan pronto como… ¡Bueno, me parece que le permitiré descubrir ésas cosas por sí mismo ya que es usted tan hábil!

—Gracias; lo haré. Vamos, Della.

Helen Bartsler siguió a Mason y a Della Street hasta la puerta de entrada.

—No ha formulado usted ninguna pregunta acerca de los detalles del asesinato —dijo Mason—. ¿Le pasó por alto?

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero al factor tiempo, al lugar donde el cuerpo fue encontrado y a cosas por el estilo. La gente hace a veces esa clase de preguntas cuando un cuerpo es encontrado en su casa.

—¡Yo no se lo preguntaría a usted!

—Lo noté. Buenas noches.

Entraron en el coche que Mason condujo lentamente hasta detenerse ante un restaurante nocturno donde dijo a Della Street:

—Ahí hay un teléfono, Della. Comunica con el Departamento de Homicidios. Dale al teniente Tragg mis saludos y dile que Helen Bartsler, que ocupa la casa número 6750 del Bulevar San Felipe, será hallada en el 2312 de Olive Crest Drive… si se da prisa.

—¿Algo más? —preguntó Della.

—¡Ah! —repuso Mason con despreocupación—. Puedes transmitirle mi enhorabuena y preguntarle si nos está preparando alguna otra trampa.

7

Mason detuvo el coche frente a la casa de Della Street.

La estrechó contra él y le dijo tiernamente:

—Buenas noches.

La joven cerró los ojos, alzando la boca.

Al cabo de algunos segundos, Mason la soltó, abrió la portezuela del coche y dio la vuelta al vehículo para abrir la portezuela correspondiente al lado de Della.

—¿Cansada? —preguntó.

—Algo.

—Duerme hasta tarde. A propósito —añadió, mostrando una forzada despreocupación—. Dijiste que Diana te dio sus llaves. Será mejor que me las entregues.

Della Street buscó en su bolso, y sacó la llave del departamento y otra más pequeña del buzón de la correspondencia, unidas.

—Demos la vuelta y entremos —dijo—. No se figure que me engaña con este tonillo de despreocupación. Si va usted allá, lo acompaño.

Repuso Mason:

—Tienes frío, llueve y…

—No tengo frío, y una insignificante lluvia no me asusta. Vamos. No se imagine que me va a impedir ir con usted.

Mason vaciló.

—Ya sabe que no ha logrado usted nada substancial en todo el día —le recordó Della Street—, y la policía no suele dormirse en los laureles.

Mason regresó al auto, puso en marcha el motor, encendió las luces e hizo describir al coche una amplia curva.

—¿Qué ocurriría —preguntó Della— si la policía nos sorprendiera en el departamento?

—No van a sorprendernos, porque no vamos a ir. A veces

cometo tonterías, pero no voy a cometer tamaña estupidez.

—Pues, ¿para qué se pone en viaje, entonces?

—Pienso en el buzón de la correspondencia —dijo Mason—. ¿Recuerdas que Helen Bartsler estuvo tanteando por allí? No fue al departamento de Mildred sólo para tocar la campanilla y después retirarse. Por lo menos, no creo que fuera ese su objeto.

—¡Ah! —dijo Della—. Ahora comprendo. Pensé que usted iba a subir al piso.

Mason estacionó el coche frente a los Palm Vista Apartments. Abrió la portezuela y saltó del coche en medio de la fría y tupida lluvia.

Dijo Della Street:

—Fíjese en ese coche estacionado más atrás, en ese callejón, jefe.

—Pertenece al detective de Drake —respondió Mason.

—¡Ah, es verdad! Olvidé que usted les había encargado vigilar.

Mason encendió una cerilla y la mantuvo en el hueco de la mano, de modo que el detective de Drake viese su rostro y supiera quién era.

—No quisiera hacerles perder el tiempo siguiéndome, Della —explicó—. Estate preparada. Pronto regresaré. Me limitaré a echar un vistazo al buzón.

Mason subió los escalones, introdujo la llave, abrió la puertecilla de metal del buzón y extrajo un sobre en el que estaba garabateado en lápiz el nombre y la dirección de Diana. Guardó el sobre en su bolsillo, cerró de un golpe la puertecilla y regresó al coche.

—Aparentemente escrito de prisa —dijo Mason sacando el sobre del bolsillo, dándole vuelta en sus manos e inspeccionándolo a la luz del coche. Introdujo un lápiz bajo la solapa del sobre—. No está bien pegado. Voy a abrirlo.

Mason hizo girar el lápiz, despegando la solapa del sobre.

—No. Mejor será alejarnos unas manzanas. La policía podría presentarse de un momento a otro.

Mason puso en marcha el coche, recorrió un par de manzanas, se estacionó, encendió la luz y sostuvo la carta de modo que él y Della Street pudieran enterarse de su contenido.

Decía la misiva:

Querida Diana:

¡Dios sea loado! No alcanzo a explicarte lo que me ocurrió. Un policía me detuvo y me arrestó por estacionarme fuera de las horas permitidas y carecer de licencia. Le dije que venía de hacer compras y que había dejado mi bolso en casa. Respondió que iría conmigo por el bolso. ¡Horror de los horrores! Pero no tuve más remedio que continuar fingiendo. Subí, abrí la puerta… y allí estabas tú, querida, en el dormitorio, y tu bolso sobre la mesa. Lo cogí antes de que el agente tuviera siquiera una probabilidad de verte, saqué tu permiso de conducir y se lo restregué por las narices. Mientras él caminaba, cerré la puerta del dormitorio. Después, como ya era terriblemente tarde para cierto asuntillo, tuve sencillamente que alejarme del lugar… y, por supuesto, en compañía del agente; lo que me impido devolverte el bolso, obligándome a llevarlo conmigo. Al cabo de una hora o cosa así, lo abrí de nuevo… y, ¡cáscaras!, ¿es que has asaltado un Banco?

Te lo devolveré tan pronto como pueda, querida he tratado de comunicar telefónicamente contigo, pero no estabas en casa. Garabateo estas líneas mientras estoy aguardando… aguardando desesperadamente, querida, la cosa más importante que jamás acometí en mi vida. Te llamaré de nuevo más tarde. Por si algo me ocurre, queridita, deseo que conserves algo de mí. Echa un vistazo en la caja de galletitas que hay en lo alto del estante de la despensa. He escrito mi vida allí, y algo dice de ti la pena que tú no deseas saber. Te traeré esta noche el bolso. Entretanto, seguiré llamando mientras disponga de un teléfono cercano. Cariños y gracias, querida.

Tuya,

Mildred Danville

Mason terminó de leer la carta y frunció el ceño mientras la examinaba por el revés.

—Aquí hay un número garabateado en el lado opuesto es… 3962 YZ.

—¿Qué significa? —preguntó Della.

—No lo sé, y no tenemos tiempo de hacer conjeturas.

—¿Quiere usted decir que va a buscar el diario de Mildred?

—Exactamente.

—La policía estará…

—Toda la policía junta de la ciudad no me impediría efectuar una tentativa. Tú espera aquí.

Della Street abrió la portezuela.

—¡No sea tonto! ¿Cree que podrá subir sin mí?

—Tú no puedes hacer nada, Della, y…

—Pierde el tiempo —advirtió Della Street, abriendo la portezuela del coche y saltando en medio de la lluvia—. Vamos.

Caminaron rápidamente a lo largo de la mojada acera y se detuvieron al llegar a uno de los coches que estaban estacionados en el callejón. Mason se acercó al conductor.

—¡Hola, señor Mason! —dijo en voz baja el empleado de Drake.

—¿No ha venido aún la policía? —preguntó cautelosamente Mason.

—Todavía no.

—No acabo de entenderlo. Estaban en camino. Si asoma alguien, haga sonar la bocina. Dos veces si se trata de un particular, tres si se trata de la policía, y si es ésta, ponga el coche en marcha y aléjese rápidamente. Yo también lo intentaré.

—Perfectamente; así lo haré.

Mason añadió:

—Se trata de una breve incursión. Creo que puedo hacerla perfectamente. No estaremos más de cinco minutos.

—Muy bien. Entretanto, vigilaré.

Mason y Della Street cruzaron la calle en dirección a la casa. La llave de Diana abrió sin dificultades el portal.

—Subamos al segundo piso —dijo Mason—. Y recuerda que si ocurre algo, yo llevaré la voz cantante y tú permanecerás callada.

Dieron con la puerta del departamento. Mason introdujo la llave, la hizo girar en la cerradura, y encendieron las luces.

—No parezcamos furtivos, Della. Muévete con soltura y pisa fuerte cuando vayas de un sitio a otro. Veamos, ¿dónde está la despensa? Parece ser aquello. Apodérate de la caja de galletas. Yo haré una visita al dormitorio. Nada más que un vistazo. No te quites los guantes. Probablemente tomarán las huellas digitales cuando vengan por aquí.

Della Street abrió la puerta que conducía a una pequeña cocina y encendió las luces. Mason fue al dormitorio, hizo girar el

interruptor, y miró pensativo los lechos gemelos. Ambos estaban intactos, pero uno de ellos notábase arrugado, como si alguien hubiera estado durmiendo sobre la colcha. Había dos cómodas con cajones y una mesa de tocador. Los ojos de Mason se dirigieron a la puerta del cuarto de baño. Tenía ya la mano en el pomo, cuando desde la calle llegó el sonido de un seco bocinazo. Un segundo más tarde oyóse otro. Mason esperó un tercero. No se produjo.

Mason corrió a la puerta del dormitorio, de paso alargó la mano hacia el interruptor situado cerca de la puerta del departamento, apagó presuroso las luces y llamó:

—¡Vamos, Della!

Della Street respondió desde la despensa con acento de exasperación:

—No puedo encontrar la maldita caja de galletas.

Mason apagó las luces de la cocina, y corrió junto a la joven.

—Alguien viene. De todos modos, probablemente nos han atrapado. Aquí, lo que ocurre…

Sonaban unos pasos en el corredor.

El abogado abandonó la despensa internándose en la cocina a oscuras. Della Street, por su parte, apagó las luces de la despensita. Los pasos se detuvieron frente a la puerta del departamento.

El ruido del contacto del metal contra el metal fue imperceptible, y el girar de la llave efectuado con tanta lentitud y precauciones, que sólo se oyó un débil clic al retroceder el resorte de la cerradura.

La puerta se abrió lentamente.

Durante dos o tres largos segundos nadie apareció. Quienquiera que hubiese abierto la puerta, permanecía en el umbral, escuchando; las débiles luces procedentes del corredor proyectaban una siniestra sombra sobre la raída alfombra del departamento.

La sombra de la alfombra se movió.

No se produjo ningún ruido mientras la figura del intruso avanzaba por la habitación y volvía a cerrar la puerta, con rapidez tal que las sombras tornaron a reemplazar la poca claridad procedente del pasillo, antes de que Mason o Della Street tuvieran oportunidad de echar un vistazo al desconocido, que no pasó a la sazón de ser una vaga sombra cruzando de puntillas el aposento para inclinarse frente a la puerta del dormitorio, parcialmente

abierta.

Mason empujó hacia atrás a Della Street y atravesó suavemente de puntillas la cocina para situarse en el umbral, desde donde podía vigilar la habitación. No tardó en sentir una presión de Della Street al apoyarse ésta sobre su hombro.

La porción inferior de la cinta de luz que escapaba por la entreabierta puerta del dormitorio, fue obstruida por un cuerpo de hombre.

Lentamente, pulgada a pulgada, la figura abrió la puerta del iluminado dormitorio, hasta recortarse contra la luz.

—¿Es Carl Fretch? —musitó Della Street.

La presión de los dedos de Mason le advirtió que guardara silencio.

—Sí. Es Carl.

—Voy a retroceder a la despensa —murmuró Della, y se deslizó rápida y silenciosamente a través de la cocina.

El joven estuvo algunos segundos en la entrada del dormitorio, antes de llegar a la conclusión de que el ocupante del dormitorio que había dejado las luces encendidas estaba en el cuarto de baño.

Lentamente se dirigió de puntillas hacia el cuarto de baño. Hizo girar el pomo, abrió cautelosamente la puerta y pareció completamente confundido al encontrar el cuarto de baño vacío.

Desde la calle llegó un bocinazo, seguido por un segundo y un tercero, mientras el rumor de un coche se alejaba por el bulevar.

Carl Fretch pareció muy sobresaltado. Se quedó quieto un instante y luego marchó hacia donde permanecía Mason invisible en la oscuridad.

Repentinos pasos sonaron en las escaleras: las confusas pisadas de varias personas que subían ruidosamente.

Carl Fretch se detuvo; la aprensión paralizó su cuerpo. Escuchó un momento y luego retrocedió hasta la puerta del dormitorio.

Los pasos fueron a detenerse ante la misma puerta del departamento. Unos golpes descargáronse en sumario repiqueteo sobre las maderas, y casi inmediatamente una llave hizo girar la cerradura.

Carl Fretch, moviéndose con rapidez, cerró la puerta del dormitorio.

Se abrió la puerta del corredor. Entraron tres hombres. Uno de

ellos encendió las luces.

—Buenas noches, sargento Holcomb —dijo Mason, que se compuso para dar una cierta nota de indiferencia a su voz.

—¡Usted de nuevo!

—En persona.

Holcomb se echó hacia atrás el sombrero.

—¿Qué diablos está usted haciendo aquí?

—Estaba —anunció Mason— ocupado en hacer un inventario —y añadió después, mientras Della Street se apartaba de su lado—: con la ayuda de mi secretaria.

Dijo Holcomb coléricamente:

—Vamos, vamos, sabihondo. Ya me convirtió una vez en el hazmerreír de la Brigada de Homicidios, por escucharle. Ahora no escucho. Actúo.

—Como le plazca —repuso Mason.

Los dos policías en traje de paisano que acompañaban al sargento Holcomb lo miraron, aguardando instrucciones.

—¿Cómo entró? —preguntó Holcomb.

—Mi cliente, Diana Regis, me entregó la llave de su departamento y me pidió que hiciera algo por ella.

—¡Hum! —exclamó Holcomb— ¡Su llave!

—Exactamente —respondió Mason—, del mismo modo que se adueñó usted de la llave de Mildred Danville y vino aquí a echar una ojeada.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No lo sé. Cinco minutos, quizá. Quizá diez. ¿Por qué no echa un vistazo, sargento?

—Lo estoy haciendo —contestó Holcomb—. ¿Ha encontrado usted algo?

—Nada de importancia.

—No me gusta su presencia. ¿Cómo sabemos que su cliente le dio la llave y le pidió que viniera aquí?

—Ya le he dicho que es así.

—Bueno —dijo Holcomb después de vacilar un momento—. Ya le dije que no volvería a escucharle.

—Entonces no me haga preguntas —repuso Mason.

Holcomb volvió la cabeza hacia la habitación.

—Echad un vistazo, muchachos. Yo me ocuparé de esta parte.

Los dos policías giraron en dirección al dormitorio, y abrieron la puerta de un empujón. Un momento más tarde gritó uno de ellos:

—Están abiertas las ventanas que dan a la escalera de incendios, sargento. Parece como si alguien hubiera escapado… ¡Eh, usted! ¡Vuelva aquí! ¡Deténgase o haré fuego!

Holcomb se precipitó hacia el dormitorio.

—Un joven acababa de descender por la escalera de incendios —borbotó uno de los agentes—, y escapa ahora por el callejón.

—¡No os quedéis ahí abriendo la boca! —bramó Holcomb—. ¿Cómo diablos…?

Los dos policías retrocedieron precipitadamente a través del *living*, cruzaron la puerta y descendieron las escaleras.

Holcomb dijo:

—Quédese aquí conmigo y siéntese. Nada de tretas.

—Dígame —repuso Mason—, ¿tiene usted por casualidad el propósito de custodiarme?

—No sé —contestó Holcomb—. Pero si sé que no voy a permitirle hacerme objeto de sus jugarretas. ¿Qué lleva en los bolsillos?

—Pertenencias personales —dijo Mason.

—¿Quién escapó por la escalera de incendios? ¿Su ayudante, Paul Drake?

Mason permaneció silencioso.

Holcomb dijo:

—Estoy seguro de que ha sido pagado, Perry Mason, y en colaboración con su detective se ha ocupado de borrar por anticipado toda evidencia, disponiendo las cosas de tal modo que no podamos formular una acusación. Pero le advierto, sabihondo, que si se ha llevado algo de su sitio, o lo ha hecho Paul Drake, va a tener que responder de robo con escalo. ¿Entiende? Voy a hacer que sus tretas recaigan sobre usted.

Mason encendió un cigarrillo y dijo:

—Siéntate, Della. Me temo que hayas conocido al sargento en uno de sus momentos más belicosos.

Pesados pasos resonaron por las escaleras. Uno de los agentes que había salido en persecución del fugitivo, dijo:

—¡Se escapó sargento!

—Bueno, coja el coche y eche un buen vistazo —bramó colérico

el sargento.

—Jim está dando una vuelta alrededor de la manzana.

—Pensé que quizá deseara usted ayuda.

Dijo Holcomb:

—Bueno, no pierda de vista a esta pareja. Voy a echar una ojeada.

El sargento Holcomb empezó a recorrer el departamento, mirando en los estantes y los armarios.

Mason fumaba en silencio.

Holcomb regresó junto a Mason y dijo:

—Hemos sabido que Mildred Danville conservaba una especie de diario íntimo.

—Parece que sí —observó Mason.

—En las presentes circunstancias —continuó el sargento Holcomb—, ese diario podría constituir una evidencia.

—¿Evidencia de qué?

—Una evidencia que nos suministraría una especie de pista acerca de quién pudo ser el asesino.

—Por supuesto —recalcó Mason—, que ninguno de nosotros conoce el contenido de ese diario, suponiendo que exista, sargento.

Holcomb frunció el ceño.

—No sé cuál es su contenido, pero usted quizá sí.

Mason enarcó las cejas.

Holcomb dijo:

—Seré caballero. Sí la señorita Street accede a darnos su palabra de que no sabe nada acerca de ese diario, no la someteremos a un registro. Pero a usted sí lo registraremos, Mason. Si no ha cogido ninguna pieza de convicción de este departamento, le permitiremos retirarse.

—¿Dice usted que piensa registrarme? —preguntó Mason con incredulidad.

—No puedo evitarlo.

—¿Sin autorización?

—Así es.

—Me parece que no —dijo Mason con calma.

—Espere a que Jim esté de vuelta —dijo Holcomb—. Está usted complicado en un asesinato, y sea ahora o en cualquier momento, si se me resiste usted, va a sufrir algunos percances.

—Intente registrarme sin una autorización —replicó Mason— y el percance lo sufrirá usted.

Holcomb se echó hacia atrás el sombrero.

—Hay modos de hacer esas cosillas, maestrillo.

Transcurrió algo más de un minuto, al cabo del cual volvieron a oírse pisadas en la escalera y el tercer policía penetró en la habitación.

—No pude dar con el hombre que huyó por la escalera de incendios, sargento —manifestó—: pero hay un coche estacionado cerca de la esquina Esta registrado a nombre de Jason Bartsler. Otro coche está estacionado en el callejón, con un hombre dentro. Le exigí su licencia de conductor. Se trata de un detective de la Agencia Drake, que manifestó haber sido enviado aquí para vigilar el lugar, pero que no agregará nada más a esa declaración.

—Jason Bartsler, ¿eh? —dijo el sargento Holcomb—. Muy bien, incáutese de ese coche. Alejen al individuo que está vigilando. Si Drake lo envió con este objeto, no cabe duda de que vio al hombre que descendía por la escalera de incendios. Consigan una descripción. Díganle que se trata de un caso de robo con escalo, y que, si se atreve a sustraer evidencias esenciales a la policía, le quitaremos su licencia y haremos que le sea muy difícil volverla a obtener. Frank, llévese a esos dos.

—¿Puedo preguntar qué se propone? —inquirió Mason.

—¡Qué condenadamente listo es usted! —contestó el sargento Holcomb—. De todos modos iba a decírselo. Está usted arrestado bajo la acusación de robo con escalo y de obstruir la marcha de la justicia suprimiendo evidencias. Va usted a ir derechito al calabozo. En compañía de Della Street. Lo van a inscribir en el registro. No podríamos registrarlo sin una autorización… ¡Claro que no! Pero bien sabe que una vez inscrito y encarcelado, tienen que registrarlo. Los despojarán de sus pertenencias y les darán el correspondiente recibo. Hay un modo suave y otro rudo de hacer estas cosas. A usted le gusta lo segundo. Por mí, ¡encantado! ¡Vamos, muchachos, llévenselos!

8

Una enorme lámpara respaldada por un blanco reflector de porcelana, arrojaba torrentes de luz desde el techo. La mesa del comisario ocupaba un ángulo de la pieza; unos barrotes de acero formaban el telón de fondo. Delante había un estrecho pasadizo enrejado, y detrás, una puerta de acero daba a otro corredor más ancho.

Perry Mason, con la cara pálida de cólera, aguardaba en medio del silencio, contraída la boca en una mueca que le cruzaba la cara, llameantes los ojos, pero sin decir palabra.

El sargento Holcomb, con el sombrero echado sobre la nuca, sonreía a los dos robustos agentes que estaban de pie, cerca de la mesa del comisario.

—¿Eso es todo, muchachos?

—Todo —respondió uno de los hombres.

Dijo Holcomb:

—Tomemos en carácter de evidencia esta carta que hace referencia a un diario; a mi parecer, la robaron del departamento. Mason no lo tiene en su poder, de modo que sospecho que quien lo tiene es su secretaria. Telefonee a la oficina de la matrona. Si no lo tiene ella, es porque no tuvieron oportunidad de apoderarse del diario antes de que llegáramos nosotros. Ahora que lo pienso, Mason estaba de pie en el umbral de la cocina cuando entramos. Barrunto que su secretaria se hallaba en la despensa.

Holcomb deslizó un sobre grande de papel manila hacia Perry Mason.

—Está inscrito —dijo—, por obstruir la acción de la justicia: sección uno, capítulo veinticinco del Código Penal; y también por entrada ilegal en un domicilio. Puede quedar usted en libertad en virtud de su propio reconocimiento. Puede recuperar sus pertenencias firmando el recibo en el dorso de este sobre… Todo,

menos la carta. Es una evidencia. Puede reclamarla en la oficina del fiscal cuando el caso esté resuelto.

El esfuerzo por contener la ira enronqueció la voz de Mason.

—¿Sabe usted cuán irregular es todo esto?

—Yo no sé nada —respondió el sargento Holcomb sonriendo—. Yo no soy más que un policía. Usted es el hombre instruido. Si cree que hay algo irregular en todo esto, diríjase a la autoridad competente. Entretanto, Mason, no me parece que en este caso vaya usted a jugar al escondite con las piezas de convicción. Hay modos de conseguir lo que deseamos.

Mason guardó silencio.

—Por supuesto —continuó Holcomb—, si desea usted comparecer ante un magistrado y obtener de él la libertad por su propio reconocimiento, habrá de esperar hasta mañana por la mañana. Mientras, puede usted trasladarse a una celda y echarse en la cama. Pero decídase de una vez. Como le digo, puede usted obtener la libertad bajo su propio reconocimiento. Todo lo que tiene que hacer es firmar e irse. Si va a firmar después de pensarlo un tiempo, más vale que lo haga ahora y se evite pasar una noche entre rejas. Pero si se empeña en que todo sea cumplido con pulcritud y regularidad, y se opone a los trámites irregulares, tendrá que esperar a salir por medio de una orden expedida por un juez. Y no sigo. Ahí tiene la puerta.

Mason alzó la estilográfica, que había sido debidamente catalogada como uno de los objetos de su propiedad, y firmó el recibo en el dorso del sobre. El comisario arrancó la solapa con el recibo y el inventario del contenido, y lo deslizó en una carpeta para expedientes. Estaba completamente hastiado del asunto y no hacía el menor esfuerzo por ocultar su indiferencia.

El sargento Holcomb dijo al hombre que estaba ante la puerta de acero:

—Muy bien, ábrala. Está en libertad.

Mason atravesó la puerta de acero. A sus espaldas, el sargento Holcomb se reía abiertamente.

—Vaya; para un hombre tan empeñado en que las cosas se hagan de acuerdo con la Ley, supuse que aguardaría hasta que un juez le pusiera en libertad. ¡Adiós, querido!

Mason cruzó la sala de espera provista de barrotes, subió un

tramo de escalera que lo condujo a una pieza donde otro policía hizo girar una enorme llave de bronce, descorrió un cerrojo, abrió una puerta provista de barrotes y dejó salir del edificio a Mason, saturado de un dulzón y repugnante olor a desinfectante, para internarse en el puro aire de la noche.

Della Street estaba esperando fuera. Una mirada al rostro de Perry Mason le dijo todo lo que necesitaba saber. Se acercó a él y se colgó de su brazo.

Caminaron silenciosos a través de la lluvia, retrocediendo hacia el lugar donde habían estacionado el coche. El abogado se sentó ante el volante con el rostro blanco de ira y metió en la cerradura la llave del encendido.

Della Street dijo:

—Ahora comprendo las que tiene que pasar la gente cuando comete un asesinato.

—¿Te registraron? —preguntó Mason.

—Una matrona me dejó como a Eva en el Paraíso y me registró la piel pulgada por pulgada.

—¿Qué hicieron con el diario? —preguntó Mason.

—No había ningún diario.

Mason apartó los ojos del parabrisas y los hizo girar para clavarlos en plena cara de Della Street.

—¿No pudiste encontrarlo?

—Claro que pude —respondió la joven—: y a continuación oí la señal de policía. Había una hogaza de pan allí. Saqué la miga, puse dentro el diario, oprimí la miga sobre la abertura practicada y dejé caer la hogaza en el cubo de la basura. Después fui a reunirme con usted en el umbral, donde me vio el sargento Holcomb.

El rostro de Mason se relajó lentamente.

—¡Querida niña! —dijo.

El coche partió a gran velocidad.

—¿Va a intentar apoderarse del diario? —preguntó Della.

—No. Eso es lo que ellos esperarán de nosotros tan pronto como Holcomb se ponga en comunicación con la matrona y descubra que no llevabas encima el diario.

—¿Quiere decir que nos seguirán?

—No —repuso—. Se limitarán a colocar un grupo de agentes en torno del departamento. Nos permitirán entrar y cuando salgamos,

nos arrestarán de nuevo.

—¿Tienen derecho a hacerlo?

—No.

—Jefe… ¡Cómo aborrezco a ese hombre!

Mason no dijo nada.

—¡Ese gran tonto! —prosiguió Della Street amargamente—. Le expulsaron de la Brigada de Homicidios después del papel que le hizo hacer usted, y ahora se dedica a emplear tácticas violentas. ¿No darán con ese diario en el cubo de la basura?

—No se les ocurrirá —dijo Mason—. Recuerda que Carl Fretch escapó por la escalera de incendios. La primera reacción del sargento Holcomb será el asombro; luego, antes de que piense que ocultas el diario en algún lugar del edificio, recordará al hombre que huyó por la escalera de incendios. Y llegará a la conclusión de que se llevó consigo el diario.

—¿Entonces? —preguntó Della Street.

—Es difícil decirlo. Quizá piense que fue uno de los hombres de Paul Drake, e intente ejercer presión sobre Paul. Quizá se le ocurra poner en la picota a Jason Bartsler. O a Carl Fretch.

Hubo otro largo intervalo de silencio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Della Street.

—A casa.

—¿No piensa hacer algo respecto a Carl?

—No.

—¿Supone que Carl sabía que usted estaba allí?

—Quizá se quedase lo bastante para oír algo de la conversación que tuve con el sargento Holcomb.

—¿Cree usted que sabía lo del diario?

—Lo ignoro.

—¿Qué pensará hacer?

—Esa es otra pregunta que tampoco podemos responder.

—Me dio escalofríos verlo ir de puntillas hacia el dormitorio. No me habría gustado estar durmiendo allí. Había algo tan amenazador en su actitud… Jefe, ¿cómo consiguió él la llave?

—Cuando tuvo en su poder el bolso de Diana Regis —respondió Mason—, indudablemente sacó un molde de todas las llaves allí contenidas y se hizo hacer duplicados.

—¿Y por qué lo hizo?

—Quizá con propósitos amorosos. Quizá por algún otro motivo.

Una vez quedaron silenciosos. Mason condujo rápidamente a través de las calles desiertas, e hizo girar el coche para detenerlo frente a la casa de Della Street.

—Buenas noches —dijo.

Della Street alzó solícitamente los ojos hacia él.

—Jefe, por favor, domínela.

—¿Qué?

—Esa terrible cólera.

Mason intentó una risa forzada.

Della hizo ademán de salir del coche y luego se volvió a Mason. Su brazo rodeó el cuello del abogado y le hizo echar atrás la cabeza. Durante largo intervalo mantuvo su boca unida a la de él, y de pronto se desasió de los brazos de Mason.

—Una cosa así —anunció—, alejará de su mente al sargento Holcomb. No se olvide borrar el carmín. Buenas noches, jefe.

9

El sol matinal brillaba con fuerza sobre la ciudad bañada por la lluvia. En el cielo no se veía ni una nube. Los rayos del sol se precipitaban por las ventanas orientales de la oficina de Mason, proyectando un dorado rectángulo sobre su mesa de escritorio. Della Street quitaba cuidadosamente el polvo de la suya y ajustaba las cortinas de modo que evitaran el reflejo exterior.

Terminaba en aquel momento, cuando Mason hizo girar la llave de la cerradura de la puerta de su despacho privado.

—Hola. Della, ¿dormiste?

—Algo. ¿Y usted?

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—Estaba demasiado excitado. Llama a Paul Drake y pregúntale si puede venir en seguida, ¿quieres?

Della Street sonrió, alzó el auricular y marcó el número de Paul Drake, mientras Mason colocaba su sombrero y su abrigo en la percha.

Della Street anunció a Mason que Drake acudiría al punto. El abogado asintió con la cabeza, se encaminó hacia su mesa, empezó a sentarse, cambió de parecer e inició un recorrido por el aposento.

—¿No puede usted —preguntó Della Street— acusarle de arresto injustificado o algo por el estilo?

Mason respondió:

—Podría ejercer algunas acciones y convertirme en el hazmerreír de la ciudad. Serviría, simplemente, para difundir lo que ha ocurrido. He tenido que vérmelas en demasiadas apreturas para pedir auxilio cuando las cosas se ponen feas; pero ya le ajustaré las cuentas a ese tonto. El teniente Tragg tiene cerebro y es peligroso. Holcomb no pasa de ser un policía engreído, arrogante y tonto que se cree hábil. Es…

La acostumbrada llamada de Drake resonó en la puerta de la

oficina de Mason, y Della fue a abrir.

—Hola, Della —dijo Drake, y sonrió a Mason—. ¿Qué diablos habéis estado haciendo?

—¿Por qué?

—No pude dormir ni pizca anoche por tu culpa.

—Ni yo tampoco —repuso Mason.

—Veo que tu amigo, el sargento Holcomb, está dando vueltas por aquí, más belicoso que nunca. Pensé que se te habían llevado.

—El sargento está valiéndose, evidentemente, de la autoridad de que se halla investido —respondió Mason—. ¿Qué pasó, Paul?

—Subió y me hizo salir de la cama para decirme que uno de mis detectives ocultaba un diario que a él le correspondía examinar; luego me acusó de haber estado contigo en el departamento de Diana Regis, y de haberme apoderado del referido diario y huido por la ventana, descendiendo por la escalera de escape.

—¿Qué le contestaste?

—Estaba demasiado soñoliento para encolerizarme siquiera —dijo Drake—. Creo que finalmente le convencí; pero la sorpresa que me produjo su presencia me hizo llamar al detective que había estado vigilando el departamento. Le pregunté qué había ocurrido. Había visto llegar un automóvil perteneciente a Jason Bartsler y estacionarse frente al lugar y a un joven acercarse con la mayor seguridad a la puerta de la casa, introducir una llave y entrar. Mi hombre, naturalmente, supuso que el recién llegado vivía allí, pero como el individuo echó un vistazo al buzón de Diana, tomó el número de matrícula del coche nada más que por razones de rutina. Dice que el otro detective encargado del asunto te avisó con dos toques de bocina.

—¿Vio al individuo de marras descender por la escalera de escape? —preguntó Mason.

—No. La escalera de escape daba sobre el callejón trasero, y mi hombre no podía divisarla desde el sitio donde estaba situado. La policía llegó momentos después, y el detective puso en marcha el coche, avisándote con tres bocinazos y alejándose del sitio, en tanto el pájaro de que hablamos tomaba las de Villadiego. Holcomb intentó impresionar al detective, tratándolo con rudeza. El muchacho se hizo el tonto, y dijo que se trataba de un trabajo rutinario, consistente en recoger a una rubia con un ojo amoratado,

y que no había prestado mucha atención a la gente que pasaba. Es un muchacho muy listo, mucho más que Holcomb, de modo que le dejó en ayunas.

—¿Qué pasó con Holcomb?

—Bueno, después de dejarle despotricar a gusto, afirmando que no cooperábamos con la policía, sacudí lo bastante el sueño para ponerme agresivo y emprendí una contraofensiva. La cosa le desconcertó… y hasta creo que se asustó un poquito…

—¿Entonces, Paul?

—En cuanto me enteré de que el coche pertenecía a Jason Bartsler, subí a la oficina y me enteré del contenido de los informes que habían traído los detectives encargados de vigilar la residencia de Bartsler. Parece que un hombre que aparentemente era Carl Fretch, hijastro de Jason Bartsler, subió en un coche y regresó en un taxi a primeras horas de la mañana.

—¿Le diste ese informe al sargento Holcomb?

—No —contestó Drake—. Holcomb ni siquiera sabe que estuvimos vigilando la residencia de Bartsler. Tropezó con mi detective frente a la casa de departamentos de Diana Regis, de modo que la discusión giró únicamente en torno a ese punto. De lo demás guardé silencio.

—¿Ocurrió algo, además de lo de Bartsler?

Drake sonrió.

—Por la mañana, temprano, el sargento Holcomb y un par de agentes pusieron en conmoción a la familia. Las luces se encendieron como por arte de magia, y los policías, al parecer agitados, se alejaron llevándose a Carl Fretch al Departamento Central. Supongo que allí está todavía.

Mason prendió los pulgares en las sisas de su chaleco, y comenzó a recorrer la habitación, meditando sobre los informes que acababa de recibir.

—Por lo que el sargento dejó escapar, deduzco que pasaste una mala noche, Perry.

Los labios de Mason trazaron una línea de firme determinación.

—Un día de éstos voy a ajustarle las cuentas a ese gorila.

—¿Y qué hay del diario desaparecido? —preguntó Drake.

—Pues eso: que ha desaparecido.

—Tengo para mí —repuso Drake— que la policía pondrá todo su

empeño en dar con él.

—Déjalos que se empeñen.

—Se me ocurre que en ese diario hay algo referente al pasado de Diana Regis…, algo que le suministrará un buen punto de partida para una investigación.

Dijo Mason:

—¡Tonterías! Lo que se imaginan es que encontrarán alguna cosa perjudicial para Diana, que pueda servir de alimento a los periódicos. No podrán obtener nada que legalmente les sirviese como evidencia, y lo saben, pero podrán transmitírselo a los reporteros, y dejar que éstos se apresuren a esparcirlo. De este modo, cuando la muchacha comparezca en el juicio, los jurados recordarán todo lo que han devorado en los diarios. Se trata de una vieja treta policíaca destinada a impresionar al jurado con hechos que no podrían presentar como evidencia de acuerdo con las normas judiciales.

—Bien —preguntó Drake—; no conozco mucho de leyes, Perry, pero ¿existe alguna que declare delito ocultar una evidencia?

Mason asintió con la cabeza.

—Como te dije —prosiguió Drake— el sargento Holcomb está realmente empeñado en dar con el diario, presintiendo indudablemente que se le escapó de las manos gracias a alguna artimaña, y se dispone a registrar toda la ciudad hasta encontrarlo. Si tienes el diario o sabes dónde se encuentra, lo mejor es que corras a ocultarlo.

—¡Al diablo con el sargento Holcomb! —repuso Mason—. Si hay algo turbio en el pasado de mi cliente, no tiene ciertamente nada que ver con este caso de asesinato.

—¿Cómo sabes que no?

—No seas tonto —dijo Mason—. Supón que hubiese un diario de Mildred oculto, Mildred y Diana eran antiguas amigas y compartían el domicilio. ¿Por qué se le ocurriría súbitamente a Diana matar a Mildred por algo que ésta sabía?

—¿Y por qué se le ocurriría matarla, sea cual sea el motivo? —preguntó Drake.

—Diana no la mató.

—La policía cree que sí.

—¡Vamos!… De acuerdo con la carta que Mildred escribió a

Diana, y que fue probablemente lo último que escribió en su vida, Mildred había cogido el bolso de Diana porque la interpeló un agente por un delito de menor cuantía y le exigió su permiso de conducir. La chica no lo tenía, de modo que recurrió a la vieja treta de decir que se lo había dejado en su casa, y el agente decidió subir en su compañía. Lo que deseo ahora es encontrar a ese agente.

—¿Tienes alguna idea de la hora en que ocurrió el hecho?

—Probablemente en las primeras horas de la noche.

—¿Ayer?

—Eso es…

—¿No sabes dónde?

—Evidentemente fue en un sitio comprendido dentro de una o dos manzanas del departamento, porque con toda seguridad Mildred le dijo al agente que acababa de abandonar su domicilio para hacer una rápida compra y había olvidado su bolso. El agente volvió al departamento en su compañía y la muchacha tuvo que coger el bolso y llevárselo consigo, porque estaba en él la licencia de conducir, y Mildred estaba haciéndose pasar por Diana.

—Veré lo que puedo descubrir —dijo Drake, en tono de duda.

—Y deseo un informe completo de las entradas y salidas de la residencia de los Bartsler.

Repuso Drake:

—Recuerda, Perry, que mis hombres no empezaron a ocuparse del asunto de Bartsler hasta eso de medianoche. No te queda otro remedio que enterarte de oídas de lo que deseas saber. La señora Bartsler salió a las dos y media de la tarde. Estuvo fuera hasta las siete. El propio Bartsler salió de casa a las cinco y volvió alrededor de las diez. Carl Fretch salió a las seis, volvió a las diez y cuarenta y cinco, estuvo en la casa únicamente quince minutos, luego subió al coche de Bartsler, partió a las once y regresó en un taxi a las dos menos diez de la mañana. Un hombre que evidentemente es socio de Bartsler, un individuo llamado Glenmore, salió alrededor del mediodía, volvió a las nueve y media y se quedó allí.

—Parece que aquello fue un mar de actividad.

—Lo fue.

—¿Sabes cuándo empezó a llover anoche, Paul?

—Oficialmente, la lluvia empezó a las siete cuarenta y siete. Esa lluvia figura en la teoría policíaca del asesinato, como ya sabes,

Perry. La posición del cuerpo y las huellas del terreno demuestran que la muerte tuvo lugar algún tiempo después de comenzar la lluvia.

Mason entornó los ojos, pensativo.

—¿Cuánto tiempo después, Paul?

—Entre una hora y una hora y media. Han fijado la hora del fallecimiento, entiendo, entre las ocho y las nueve.

—¿Qué pruebas tienen exactamente contra Diana? —preguntó Mason.

—Es un poquito prematuro hacer afirmaciones. Obtengo la mayoría de mis informaciones referentes a la actividad policíaca por intermedio de un amigo periodista que extrae su material de la policía. Puedo decirte muchas cosas en cuanto a eso, Perry, pues las pruebas acumuladas contra ella son un tanto considerables. Hay lodo en los zapatos de Diana, y un análisis de ese lodo revela que pertenece exactamente al mismo lugar en que fue hallado el cuerpo. Hay huellas de pisadas cerca del cadáver, lo bastante conservadas cuando llegó la policía, para que sin mucho esfuerzo puedan achacárselas a Diana. No se trata, por supuesto, de elementos que basten por si solos para cimentar una acusación, pero como la policía sigue ocupándose del caso, quizás descubra alguna prueba más. La teoría policíaca es que Mildred intentó alejarse de Diana cuando comprendió que ésta se proponía asesinarla, y que Diana abrió su bolso, extrajo una pistola e hizo fuego: que dejó caer el bolso al hacer fuego: que después de haber dado muerte a Mildred se dirigió al cuerpo, se inclinó sobre éste y cogió algo del cadáver… alguna cosa que le interesaba; y a la policía le agradaría averiguar si fue el diario… De modo que esa carta ha adquirido bastante importancia.

—¿Conoces su contenido? —pregunto Mason.

—Desde luego; en los diarios de esta noche aparecerá el facsímil.

Dijo Mason:

—¡Maldito sea Holcomb!

—Es una prueba —repuso Drake—. La están utilizando como tal.

Mason reanudó su paseo por la habitación.

—Por supuesto —continuó Drake—, si averiguan que la carta es falsificada, eso les suministrará nuevo material contra vosotros… el hecho de que la carta fuera hallada en tu poder y no en el buzón de

la correspondencia; el que estés actuando como su abogado, y qué sé yo qué más…

—Lo sé —respondió Mason—; pero una vez podamos probar que Mildred se llevó el bolso de Diana, es a la policía a quien toca probar que la difunta se lo devolvió. Tú ocúpate de encontrar, si puedes, a ese agente que detuvo a Mildred.

Drake abandonó el amplio sillón en que había estado arrellanado, diciendo:

—Bueno; pondré a mis hombres en campaña y veré si podemos dar con el agente.

—Si lo encuentran —le previno Mason—, obtened de él una declaración. Conviene proveerse de su testimonio antes de que Holcomb intervenga para comprárselo.

—¿Crees a Holcomb capaz de semejante cosa?

—Bien sabes que sí. Holcomb haría cualquier cosa por obtener pruebas convincentes en este caso. Está demasiado comprometido.

Dijo Drake:

—Me voy. ¿Quieres que todavía mantenga a mis hombres vigilando la casa de Bartsler?

—Me parece conveniente.

—Es un poquito difícil, después de las cosas que han ocurrido allí. Pueden sospechar de mis hombres.

—Si lo hacen, creerán que pertenecen a la policía —respondió Mason—. Tú mantén la vigilancia. Y lo mismo en el departamento de Mildred y Diana. Quiero saber qué pasa por allí.

—Te tendré al corriente —dijo Drake; y salió.

Della intervino:

—Me agradaría saber qué dijo Carl a la policía.

—A mí también. Ahora que Holcomb ha intervenido en el caso, removerá cielo y tierra para conseguir este diario. Le agradará enlodar la reputación de Diana, valiéndose de los periódicos. Y buscará el modo de conseguir que éstos destaquen el hecho de que la joven tiene un ojo amoratado.

—¿Por qué?

—¡Bah! ¿Asociarías un ojo amoratado con la idea de una mujer respetable? —repuso Mason—. Y una buena parte del público se figurará que una joven que tiene un ojo amoratado es perfectamente capaz de perpetrar un homicidio. Lo que no puedo

comprender es por qué el hecho de que Diana tuviese un ojo amoratado puso a Mildred tan excitada. Debe de ser porque Fretch había ido expresamente por el bolso de Diana. Ahora, si Mildred se había apropiado del bolso en alguna ocasión anterior, podemos empezar a ver alguna razón para la excitación de Mildred. Pero supongamos que hay alguna otra razón. Supongamos que esta razón no es Carl.

Sonó un teléfono cuyo número sólo conocía una media docena de personas en la ciudad.

Mason mismo alzó el auricular y dijo:

—Sí. Hola. ¿Qué ocurre?

Una voz seca y lacónica llegó desde el otro extremo del hilo.

—Parece que pierdes tú, Perry.

—¿Por qué?

—La policía ha encontrado el arma del crimen.

—¿Dónde?

—En el departamento de Diana Regis. La habían arrojado al fondo del cesto de la ropa sucia.

Dijo Mason coléricamente:

—Entonces fue colocada allí adrede. Eso es lo que Carl Fretch estaba haciendo cuando…

—Calma, Perry, calma —repuso Drake—. Aún no lo has oído todo.

—Entonces dímelo de una vez.

—Las impresiones digitales de Diana están por todas partes. Y son las únicas impresas en la pistola.

—¿Eso es todo? —inquirió Mason.

—¿No te parece bastante?

—Demasiado, por desgracia —respondió Mason—; y volvió a colgar el auricular.

10

Diana Regis estaba sentada en el lado opuesto de la reja que separaba a los presos de la mesa de los visitantes. En el fondo se movía una huesuda matrona, mientras un agente de penetrante mirada vigilaba el lado de los visitantes a fin de prevenir cualquier intento de pasar algún objeto a través de la reja.

Mason mantenía su oído junto a la reja, y Diana, cuyo ojo amoratado se había vuelto ahora de un sombreado tan oscuro que parecía tener un matiz verdoso, se inclinaba hacia adelante de tal modo que podía referir su historia entre murmullos.

—¿Qué hay en su pasado? —preguntó Mason— ¿Hay algo que desea ocultar?

—Nada.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Es usted divorciada?

—Sí.

—¿Pidió usted el divorcio o lo pidió su esposo?

—Yo, fundándome en crueldad mental.

—Dejémoslo —dijo Mason con irritación—. Ha tratado usted de eludirme durante todo el tiempo. ¿No comprende que está poniendo precisamente su cuello en peligro al negarle informaciones a su abogado?

—Sospecho —admitió la joven con cierta tristeza— que tendría que haberle hablado a usted del revólver.

Repuso Mason sarcásticamente:

—Podría haber sido considerado valioso por quien estuviera dispuesto a jugar limpio con su abogado.

—Por favor, Mason no hable así.

Mason repuso:

—He ido tan lejos en este asunto, que no me sería fácil

retroceder. Ahora empieza usted a echar todo este asunto sobre mí. Adelante y hábleme de la pistola, diciéndome la verdad.

—Señor Mason, siempre le he ido a usted con la verdad, únicamente… Bueno, acerca de la pistola no lo hice porque pensé que era de Mildred, y que quizá estuviese intentando algo… algo desesperado.

—¿Cómo sabe usted que era de Mildred?

—La vi con el arma.

—¿Cuándo?

—Las dos o tres últimas semanas… Es… Sé que llevaba una pistola.

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

—¿Cuándo descubrió la pistola?

—Anoche.

—¿En qué momento?

—Inmediatamente después de abandonar por primera vez el departamento de la señorita Street. Resolví dirigirme a mi casa y cerciorarme de que no había allí algo… algún mensaje de Mildred. Tomé un taxi.

—¿A qué hora llegó usted?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo tardó, más o menos, después de dejar el departamento de la señorita Street?

—No más de quince minutos.

—¿Estaba lloviendo?

—Sí, precisamente había empezado a llover, quizá unos veinte minutos antes.

—¿Dónde se hallaba el arma?

—Sobre el aparador.

—¿Qué pensó usted?

—Me pregunté qué estaría haciendo allí. La tomé, la miré y después la puse en el cajón del aparador, y entonces pensé que quizá… Bueno, no sé… Lo cierto es que no me agradó verla en aquel sitio. La guardé en el cesto de la ropa sucia.

—¿Por qué?

—No lo sé. En realidad, estaba inquieta por Mildred. Pensé que podía hallarse en dificultades. Me había dicho que iba a intentar

algo en cierto modo desesperado.

—¿Y luego qué?

—Entonces emprendí el regreso al departamento de Della Street, pero estaba lloviendo y… Bueno, estaba inquieta por Mildred, de modo que tomé un taxi y me trasladé en seguida al Bulevar San Felipe.

—¿Cuánto tiempo le llevó?

—Había un largo trayecto desde mi departamento. Debí tardar unos veinticinco o treinta minutos.

—¿Sabe usted a qué hora llegó?

—Debían de ser alrededor de las ocho y media o las nueve menos cuarto.

—¿Y qué hizo usted?

—Ya se lo dije, señor Mason. Eché una ojeada, me dirigí a mi coche y esperé; luego salté del vehículo y di una vuelta por detrás de la casa. Encontré entonces el cuerpo de Mildred, y volví a mi coche y emprendí el camino de regreso, con el fin de encontrar a Della Street, pero ésta se había ido, y… Bueno, eso es lo que ocurrió.

Mason dijo:

—Ahora escuche. Aclaremos este asunto. Cuando tropezaron con el cadáver de Mildred, éste yacía boca abajo en el lodo. Había señales donde sus dedos se engarfiaron en el lodo. Ahora bien: su relato no puede ser del todo verdadero, porque si esta pistola fue utilizada para el crimen, el asesino debió de haberse apostado después de que empezó a llover.

—No puedo ofrecerle ninguna ayuda. Le estoy refiriendo la verdad, señor Mason.

—¿Cuánto dijo usted a la policía?

La joven esquivó su mirada.

—¡Dios mío! —exclamó Mason colérico— ¿No puede usted ser franca conmigo? ¿Qué dijo a la policía?

A los ojos de Diana acudieron lágrimas.

—Lo conté todo.

—Le recomendé que cerrase la boca.

—Ya sé; pero esos hombres… Todo fue muy bien hasta que encontraron la pistola. Entonces se mostraron tan bruscos, tan burlones y tan triunfantes, y… y mis huellas dactilares estaban en la

pistola y comenzaron a intimidarme. Les dije la verdad.

—Pero —repuso Mason con cólera— no puede ser verdad. Mildred no fue asesinada hasta después de que empezase a llover.

Diana guardó silencio.

—Usted está tratando de proteger a alguien. Encontró usted la pistola algún tiempo después de descubrir el cuerpo, no antes. La ocultó y…

—No, señor Mason, de veras. Se lo juro.

—¿Cómo pudo esa pistola haber sido usada para cometer el crimen, si el crimen fue cometido después de que empezó a llover, y…? ¡Espere un minuto!

Mason frunció el ceño. Su voz reveló súbitamente excitación.

—Tiene que decirme la verdad exacta. No puede desviarse de ella ni siquiera un milímetro.

—¡Le estoy diciendo la verdad, señor Mason!

Mason se separó bruscamente de la silla e indicó a la matrona que la entrevista había terminado.

—Muy bien —dijo—; haré lo que pueda. Pero si usted está mintiendo va a recibir en plena cara un veredicto de culpable de homicidio en primer grado.

Mason abandonó la cárcel, y descendió hasta donde Della Street estaba sentada, esperando, en el automóvil.

—¿Y…? —preguntó la joven.

Mason contestó:

—Dice que encontró la pistola antes de ir al bulevar San Felipe. Eso significa que encontró la pistola muy poco después de empezar a llover.

—Pero entonces el asesino no habría podido cometer el crimen —dijo Della Street—. Las señales de la mano que se arrastró por el lodo demuestran que ya había empezado a llover cuando el asesino disparó.

Mason asintió lentamente con la cabeza.

—De modo que esa muchacha está mintiendo —dijo Della Street con amargura.

—No —replicó Mason—, existe una probabilidad, una débil teoría que puede darnos una posibilidad de luchar. Quizá la muchacha está diciendo la verdad.

—No sé cómo.

Dijo Mason:

—¿Qué harías con el agua de lluvia de un depósito, al término de la estación seca, Della?

—Francamente, no sabría qué hacer. ¿Qué tiene eso que ver?

Mason dijo:

—Vaciar el contenido del depósito. Permitir que la nueva agua de lluvia limpie la suciedad del fondo y entonces cerrar el depósito con el fin de recoger agua de lluvia fresca.

—¿Bien? —preguntó la joven.

—Y ayer, cuando se hizo evidente que iba a empezar a llover, lo natural hubiera sido abrir la espita de desagüe del depósito y dejar que saliera el agua vieja. Y ese agua habría descendido a la parte baja del patio posterior, donde el cuerpo fue descubierto, de modo que el asesinato pudo haber sido cometido antes de que empezase a llover; y fue en el lodo que ya existía donde se imprimieron las huellas de los dedos contraídos.

—¡Jefe! —exclamó Della Street—. Ahora recuerdo. ¡Dijo usted que la espita estaba abierta cuando llegamos allí!

Mason asintió con la cabeza.

—Lo necesario es que podamos probarlo.

—¿Puedo actuar como testigo?

—¿Notaste que salía el agua a través de la espita?

La joven contrajo la frente para pensar y luego dijo:

—No, eso no lo vi. Recuerdo que usted mencionó que la espita estaba abierta, pero no me volví a mirarla.

—Entonces, quedas fuera de la cuestión.

—Pero ¿y usted? ¿No podría servir como testigo?

—No, mientras sea abogado de la acusada… Y aunque fuese un testigo, ¿me creería el jurado? No, Della, tenemos que contar con el auxilio de las fotografías policíacas. Y éstas mostrarían que hay una corriente de agua que desciende desde la espita de la cisterna.

—¿Le dijo usted eso a Diana? —preguntó Della.

Mason sacudió la cabeza.

—¿Para qué? Le daría a la chica alguna esperanza, algo a que asirse… La policía descubriría que la joven tiene esperanzas, machacaría su ánimo hasta descubrir de qué se trata, y nos obstaculizarían antes de empezar. No, Della, la única esperanza que tenemos de sacar provecho de esa teoría es mantenerla como una

aplastante sorpresa para el fiscal, permitiéndole erigir todo el caso sobre la teoría de que el crimen fue cometido una hora o algo así después que empezó a llover, y luego arrojarles nuestra objeción a la cara para demostrar que pudo ser cometido antes. Es el único modo de que podamos aclarar el factor tiempo en el descubrimiento de la pistola.

Della Street le estrujó el brazo.

—¡Dios mío, jefe! ¡Estoy tan excitada! ¡Si tuviéramos algo más que hacer!

Poniendo el coche en marcha, dijo Mason sonriendo:

—No te preocupes, que pronto tendremos otras cosas en que ocuparnos. Había entre Diana y Mildred una especie de vínculo que hacía a Diana intensamente leal a su amiga. Vio la pistola de Mildred y la ocultó… Y no me lo dijo. Encontró el cuerpo de Mildred…, y tampoco me lo dijo; pero trató de conseguir que yo fuera allá con ella. Estuvo practicando un juego extraño.

—¿Descubrió usted qué había de malo en su pasado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque temí forzarla a decírmelo. Una vez que lo dijese, le sería más fácil decirlo por segunda vez y referirlo todo a la policía. Le eché cuatro gritos por ocultármelo y luego la dejé. Ahora se negará a contárselo a la policía, y mantendrá a ésta en la ignorancia hasta el día del Juicio Final… o así lo espero…

11

La audiencia preliminar en el proceso contra Diana Regis encontró al fiscal haciendo un derroche de las sonrisas de complacencia que indican un proceso ganado de antemano. Después de las varias derrotas ignominiosas sufridas a manos de Perry Mason, Claude Drumm, el aporreado fiscal, disponía por fin de un caso tan a prueba de bomba que se resolvería por sí mismo; un caso tan sencillo, que la defensa era imposible, cualquiera que fuese el medio elegido por aquélla.

Con frío verbo triunfante, Drumm inició la presentación del caso, desmenuzando con palabras de efecto cada uno de los puntos en litigio; descargando sus golpes con tan segura precisión, en una palabra, como si fuese el propio carpintero encargado de remachar los clavos del cadalso que pondría fin a la existencia de Diana Regis.

Y porque Drumm deseaba paladear plenamente el triunfo, ahora que lo tenía en sus manos, puso en evidencia durante la audiencia preliminar aspectos que solían reservarse para cuando se hallaban los funcionarios de la justicia frente a un jurado, calculando, por supuesto, que a sus espaldas los afanosos periodistas estaban tomando notas de la declaración de cada testigo, complementando éstas con fotografías obtenidas en los pasillos del Palacio de Justicia y siguiendo las actitudes del tribunal.

Drumm hizo comparecer primero al procurador de la casa de departamentos, quien identificó a Diana Regis, la acusada, como la joven que había compartido un departamento con Mildred Danville; y Mildred Danville, como la acusada testificó, había muerto. El testigo había sido conducido al depósito de cadáveres, donde vio el cuerpo de Mildred Danville y no vaciló en identificarlo como el cuerpo de la joven que compartía departamento con Diana Regis.

Drumm hizo entrar en juego a continuación el estado meteorológico. El meteorólogo testificó que había estado nublado

durante todo el día del asesinato, y que no había comenzado a llover hasta las siete y cuarenta y siete; que a esa hora había lloviznado durante unos tres minutos, y que a la llovizna siguió un chaparrón de fuerza desacostumbrada, que se prolongó unas dos horas, al cabo de las cuales la lluvia se debilitó, aunque de la tormenta había resultado una precipitación total de veinte litros por metro cuadrado, habiendo comenzado oficialmente aquélla a las siete y cuarenta y siete de la tarde, y terminado a las seis y treinta y dos de la mañana siguiente.

El doctor George Z. Perllon, médico forense, testimonió que el cuerpo había sido puesto a su disposición aproximadamente a la una de la madrugada; que la muerte había sido causada por una bala del calibre treinta y ocho que había penetrado por el occipucio, encima de la protuberancia, y atravesado la cabeza hacia adelante y hacia arriba; que, en su opinión, a juzgar por el estado del cuerpo cuando le fue entregado para examinarlo, la muerte había tenido lugar cuatro o cinco horas antes aproximadamente. Basaba su juicio en la temperatura del cadáver, así como en otros factores.

—La defensa puede preguntar al testigo —anunció Claude Drumm.

La voz de Mason fue suave.

—¿Cree usted que la muerte pudo haber ocurrido unas cuatro horas antes de que viera usted el cuerpo, doctor?

—Sí.

—En otras palabras, ¿a las nueve de la tarde del día anterior?

—Sí.

—¿Y cree usted que no pudo haber ocurrido más de cinco horas antes de ver usted el cuerpo?

El forense se agitó.

—Claro que al fijar por cálculo los límites de tiempo en que pudo sobrevenir la muerte, es preciso tomar en consideración ciertos factores variables que…

—¿Puede usted responder a la pregunta doctor?

—Sí. La estoy respondiendo.

—Me parece que no. Le pido a usted una respuesta directa. ¿Pudo la muerte haber acontecido más de cinco horas antes de examinar usted el cadáver?

—¡Oh! Pudo haber sucedido, sí —dijo el médico con cierto

tonillo impertinente—. Lo que le estoy diciendo a usted es *cuándo creo yo* que ocurrió la muerte. Si desea usted explorar las más remotas posibilidades, pudo haber sido ocho o nueve horas antes. Pero eso es tan improbable como fantástico.

—No deseamos oír sus opiniones, doctor, sino el mejor dictamen que pueda usted emitir fundado en hechos de valor médico. ¿Entiendo ahora que dice usted que la muerte pudo haber tenido lugar hasta unas ocho o nueve horas antes de que usted viera el cuerpo?

—Es concebible, sí; pero harto improbable.

—¿Cuáles son los límites extremos dentro de los cuales diría usted que pudo ocurrir la muerte?

—Bueno; quizá, a más tardar, a las diez y media de la noche; y lo más temprano a las seis…, si es que desea usted llegar a lo absurdo dentro de las posibilidades extremas.

—Las seis de la tarde… Eso supondría, entonces, siete horas antes de que examinara usted el cuerpo.

—Sí.

—Cuando habló usted de nueve horas ¿no quiso realmente decir eso, doctor?

—Quise decir que ese sería el límite extremo de una posibilidad remota.

—Pero ¿hay una posibilidad remota de que la muerte sobreviniera unas ocho horas antes de que usted hiciese el examen?

—Si desea usted alcanzar todas las extremas interpretaciones de la prueba, sí.

—¿Se refiere usted a las pruebas médicas, doctor?

—Sí.

—Entonces, como un límite extremo, la muerte pudo haber ocurrido unas ocho o nueve horas antes de la una. ¿No es así?

—Bueno, sí… Si desea descartar probabilidades.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

Claude Drumm sometió al doctor a un segundo interrogatorio.

—Según entiendo —dijo Drumm sonriendo tranquilizadoramente al doctor Perllon—, sus respuestas a las preguntas del doctor Mason se refieren a posibilidades extremas.

—Absolutamente.

—¿A los límites entre los cuales la muerte pudo haber ocurrido

bajo las circunstancias más insólitas más improbables desde el punto de vista médico?

—Exactamente. Circunstancias que son improbables.

—Ahora bien, doctor; ¿cuáles son los límites de tiempo dentro de los cuales la muerte tuvo *probablemente* lugar? Siente sus afirmaciones, doctor, no en sus meras opiniones, sino en una interpretación de los hechos médicos.

—La muerte probablemente ocurrió entre las cuatro y las cinco horas precedentes al examen del cuerpo.

—¿Y en qué basa usted su declaración, doctor?

—En parte, en el peculiar desenvolvimiento del *rigor mortis*.

—¿Qué hay al respecto, doctor, que considere usted distintivo?

El doctor se acomodó más sólidamente en su asiento. Ahora pisaba terreno firme.

—El *rigor mortis* hace su aparición inicial en las mandíbulas, y generalmente se instaura a partir de tres a cinco horas después de la muerte. Lo usual es que ataque después los músculos inferiores del rostro y se extienda al cuello, pecho, brazos, abdomen, piernas y pies. En el cuerpo de la difunta, el *rigor mortis* había hecho su aparición únicamente en los músculos de la mandíbula, pero antes de proceder a la autopsia detallada permití al *rigor mortis* extenderse lo suficiente a otros músculos, de modo que pude estimar en cierta medida la proporción en que se estaba desarrollando; fijé entonces el tiempo de la muerte en unas cuatro o cinco horas antes de que fuera entregado el cuerpo. En otras palabras, como procedente de un período que oscilaba entre las ocho y las nueve de la noche anterior.

—Gracias —dijo Drumm en el tono de un caballero que se dirige a otro y su sonrisa indicaba al juez y al testigo que la tentativa de un picapleitos por enturbiar la situación había sido muy diestramente anulada—. Supongo —agregó— que el señor Mason no tendrá más preguntas que formular.

Dijo Mason, con indiferencia.

—Tengo precisamente una pregunta por hacer y sólo una.

—Muy bien —barbotó Drumm.

Mason dirigió al doctor una helada sonrisa.

—¿La muerte pudo haber ocurrido unas nueve horas antes de que usted viera el cuerpo, doctor?

—Como he declarado —respondió el doctor con aire de dignidad —, el estado de *rigor mortis* es un factor determinante. Ahora bien, el *rigor mortis* tiene una tendencia a desarrollarse dentro de ciertas limitaciones generales de tiempo.

—¿Pudo la muerte haber acontecido unas nueve horas antes de que usted examinara el cuerpo? —preguntó Mason.

—Estoy tratando de explicar, señor Mason…

—No deseo una explicación. Deseo una respuesta. Conteste usted a mi pregunta y entonces puede usted explicarlo *a posteriori*, si así lo quiere; pero deseo una respuesta a mi pregunta. ¿Pudo la muerte haber tenido lugar unas nueve horas antes de examinar usted el cuerpo?

Sobrevino un momento de tenso silencio.

—¿Sí o no? —insistió Mason—. ¿Pudo ocurrir unas nueve horas antes de ver usted el cadáver?

—¡Sí! —respondió casi a gritos el acosado doctor.

La sonrisa de Mason incluyó a Drumm y al doctor.

Respondió en voz baja que contrastaba con la colérica voz del médico:

—Gracias, doctor; eso es todo.

El teniente Tragg ocupó el banquillo de los testigos. Expuso su situación, habló algo de su experiencia policíaca, mencionó el tiempo que llevaba incorporado a la Brigada de Homicidios. En la noche del veintiséis del pasado mes, la noche del asesinato, había acudido a una residencia sita en el número sesenta y siete cincuenta del bulevar San Felipe. Encontró allí el cuerpo de Mildred Danville tendida en la parte trasera de la casa, con el rostro en el lodo. Estaba lloviendo, y la lluvia había comenzado a caer tres horas antes del descubrimiento del cadáver. Había encontrado también un bolso en la acera, frente a la casa: un bolso que fue posteriormente identificado por la acusada como de su propiedad. El bolso contenía unos mil quinientos dólares en dinero, además de los habituales artículos femeninos, incluyendo una licencia de conducir perteneciente a la acusada.

En este punto, Drumm sugirió que el testigo fuera temporalmente excusado a fin de que le permitiera introducir plano y diagramas, y no existiendo objeción alguna por parte de la defensa, el tribunal permitió que ocupara el banquillo un dibujante

que exhibió diversos planos que mostraban la situación de los lugares referidos en la residencia número sesenta y siete cincuenta, del Bulevar San Felipe.

Tragg, volviendo al banquillo de los testigos, identificó el sitio donde fue hallado el cuerpo, y también el lugar en que se tropezaron con el bolso, señalando este último paraje con una «X» en los varios planos exhibidos. Luego declaró el teniente haber iniciado una investigación en el lugar donde la acusada compartía un departamento con la extinta, al que sometió a un prolijo examen. Mirando en el interior de un cesto de ropa sucia halló una pistola calibre treinta y ocho, a la que sometió, a los fines de identificación, a varias raspaduras disimuladas, practicadas en el cañón del arma. Identificó una pistola que le tendió el inexorable fiscal como la misma que había encontrado.

Drumm pidió entonces que el arma fuera recibida en calidad de prueba, asegurando al tribunal que sería identificada por un perito en balística, como aquélla con que se había cometido el asesinato. A continuación Drumm hizo notar al tribunal que era la hora acostumbrada para el descanso del mediodía, y sugirió que sería conveniente para la prosecución de la audiencia acogerse a la tradición.

El juez echo una mirada al reloj, asintió con la cabeza, y suspendió la sesión hasta las dos de la tarde.

Paul Drake, abriéndose camino a través de la aglomeración de la sala, tocó el costado de Perry.

—Conseguimos el agente, Perry.

—¿El que arrestó a Mildred Danville por violación de las ordenanzas de tránsito?

—Sí, por estacionar el coche después del horario establecido.

—¿Dónde está? —preguntó Mason excitado.

—En mi oficina, Perry. Le estoy entreteniendo allí. Por cierto que hubo muchas dificultades en dar con él. Se trata de un agente de relevo que estaba de servicio en aquel distrito únicamente ese día.

—Vamos a hablar con él —dijo Mason—. ¿Cómo se llama?

—Philip C. Rames.

—¿Qué clase de individuo es, Paul?

—No es malo. Ya sabes cómo son esos agentes. Tienen una

memoria muy elástica cuando les conviene, y, por lo general, les molesta prestar testimonio en algo que les complique.

—Bueno; tenemos que hablar con él —dijo Mason—. Obtendremos una declaración, si podemos.

—¿Cómo va el caso, Perry?

—Más o menos, como esperaba —respondió el abogado—. Están construyendo todo un edificio. He conseguido una defensa para el caso, pero no sé si puedo probarla. Y si no consigo establecerla por medio de pruebas, estoy perdido. Pero sé que el grifo de ese depósito de agua de lluvia estaba abierto. Lo recuerdo con absoluta claridad. Hasta ahora no me ha sido posible echar una mirada a las fotografías de la policía, pero temo que… En fin, ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Vamos a ver lo que Rames tiene que decir.

12

Philip C. Rames era un agente de anchas espaldas y estrecha cintura, de unos treinta años de edad, que contemplaba la vida con un cierto fruncimiento de cejas, como tratando de asir algo que parecía más allá de su alcance mental.

Miró con ceño a Mason mientras Drake le hacia la presentación.

Dijo Mason, como no dándole gran importancia al asunto:

—Quería interrogarle acerca de esa rubia que carecía de licencia.

Rames asintió con la cabeza.

—¿Recuerda su nombre?

—No, no lo recuerdo.

—¿La conocería usted si la viese de nuevo?

—Sí. Creo que sí.

—¿Puede usted recordar las circunstancias del incidente, señor Rames? Es de cierta importancia.

—¿Por qué es importante? —se apresuró contestar Rames.

Mason sonrió.

—Una clienta mía está muy relacionada con ciertos aspectos incidentales del caso.

Rames deslizó las manos a lo largo del cuello se restregó el cabello por encima de sus orejas, y dijo:

—Bueno, no le puse multa. No era nada grave. Estaba estacionada después de las horas reglamentarías, y ocurrió precisamente que cuando me disponía a aplicarle la multa, se presentó ella. Las rondas habían sido efectuadas con una rapidez algo mayor que la usual, de modo que la joven pudo haber estado sólo unos cinco minutos más de lo reglamentario en el estacionamiento. De todos modos, es lo que declaró, y quizá era cierto. Resolví echar un vistazo a su licencia de conducir, y el modo como se portó cuando se la solicité me hizo pensar que estaba

conduciendo sin permiso… Usted sabe, la acostumbrada excusa de que se ha salido a hacer unas compritas y que se ha dejado el bolso en casa, no advirtiéndolo hasta el momento de arrancar, y pensando entonces que no valía la pena volver en su busca, porque iba a comprar en tiendas donde tenía cuenta.

Mason cambió una rápida mirada con el detective y dijo después:

—Continúe, Rames. ¿Qué hizo usted?

—Le pregunté dónde vivía. No era muy lejos de allí, cosa de unas cinco o seis manzanas, de modo que decidí descubrir su mentira. Le dije: «Muy bien, dice usted que el coche ha estado aquí únicamente cinco minutos más de la hora. Entonces hagamos lo siguiente: yo la acompañaré para que usted busque su bolso y pueda mostrarme su permiso de conducir».

—¿Qué actitud adoptó la joven?

—No pareció tomarlo muy a gusto —respondió Rames—. Comprendí tan pronto como asumí esta conducta con ella, que había dado en el clavo. Al menos es lo que pensé, y no suelo hacer el tonto.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno; subí al coche con ella. A la chica no le gustó, pero no tenía más alternativa que hacerlo o ser multada. Fuimos hasta su casa, abrió la puerta, y allí había un bolso sobre la mesa. Lo abrió y extrajo su licencia de conducir.

—¿Se fijó usted en la descripción?

—¡Vaya pregunta! Claro que me fijé.

—¿Qué más?

—Bueno, me sentí un poco avergonzado —confesó Rames—. No es frecuente que recibamos semejante chasco, de modo que me limité a acompañarla de vuelta a su coche y charlé un poco con ella, diciéndole que lo mejor después de lo ocurrido era que llevara siempre consigo su licencia; y añadí que, técnicamente tanto se incurría en falta estacionándose cinco minutos más de lo permitido, como un tiempo mayor; y que por una vez la dejaba partir sin inconveniente, pero que no deseaba sorprenderla de nuevo. —Rames se rascó la cabeza una vez más y agregó—: No le dije que era un agente de relevo, y que quizá pasaran dos meses antes de que estuviera de nuevo por aquellos lugares.

—¿Recuerda usted dónde estaba estacionado el coche? —preguntó Mason.

—Sí; puedo decir exactamente dónde estaba estacionado, pues se hallaba próximo a una boca de incendios, y a la joven le faltaba sólo cosa de un metro para estar dentro de los límites. ¿Tiene aquí un mapa de la ciudad? Le mostraré el sitio exacto.

Drake extendió un plano a gran escala de la ciudad.

El agente se inclinó sobre él, extrajo un grueso lápiz, lo humedeció, se movió en derredor de la mesa para orientarse y luego trazó un puntito sobre el mapa.

—Ahí mismo. Hay una boca de incendios, y la muchacha estaba estacionada a este lado de la boca. Estuvo allí por lo menos una hora y cinco minutos. Tal vez pudo haber sido una hora y media.

—¿Y cree usted que reconocería a la joven?

—Creo que sí. Era una muchacha bastante bonita, rubia, de ojos gris verdosos, vestido azul… un bomboncito.

Mason abrió la cartera y sacó un retrato de Mildred Danville.

—¿Es ésta la mujer?

—Su cara me parece familiar… Es difícil hacer una identificación por medio de una fotografía. ¡Oiga, espere un minuto! He visto esta fotografía en alguna parte. ¡Eh! ¿Qué están tratando de sonsacarme, compañeros?

—Estamos tratando de conseguir simplemente que identifique una fotografía —respondió Mason.

—Bueno, espere un momento. La fotografía ha figurado en los diarios. Echemos un vistazo aquí.

Rames se volvió y cogió un periódico que estaba sobre la mesa.

—Diablo, ya me parecía a mí que ese retrato me era familiar. ¡Seguro que lo es! Mildred Danville, la muchacha asesinada por la rubia que compartía su departamento. ¡Oiga! ¡Esto debe de ser importante!

—¿Está usted seguro —inquirió Mason— que ésta es la joven que le llevó a su departamento y le mostró su licencia de conducir?

Rames sonrió.

—Bueno, señor Mason, ahora ha echado usted sus cuentas y yo las mías. Me parece que lo mejor es poner esto en claro antes de que yo diga una palabra más.

Repuso Mason:

—Hemos hecho que una taquígrafa tome su declaración, Rames, y le agradecería que usted permitiera transcribirla y la firmase.

—¿Una taquígrafa? ¿Dónde?

—Está en una habitación contigua —contestó Mason—, tomando lo hablado en taquigrafía, merced a un sistema de micrófonos. Una muchacha puede taquigrafiar con mucha precisión cuando está en su propio escritorio, usted sabe, y…

—Oiga, ¿qué han estado ustedes intentando? ¿Hacerme caer en una trampa?

—En absoluto —contestó Mason—. Nadie le ha pedido a usted que dijera sino la verdad.

—Bueno, mejor es que dé cuenta de esto antes de hablar una palabra más, y no voy a firmar ninguna declaración hasta que obtenga una autorización de la oficina del fiscal. Escriba eso y envíe una copia a la oficina del fiscal y…

—¿Hizo usted —preguntó Mason— alguna afirmación que no fuera cierta?

Rames sonrió.

—Astuto como todos los abogados —dijo—. Muy bien. Siga usted por su lado de la calle y yo por el mío. Adiós, muchachos.

—¿Puede usted decirnos aproximadamente —interrogó Mason— a qué hora ocurrió lo que acaba de referirnos?

Rames se limitó a dirigirle otra sonrisa, abrió la puerta y se alejó.

—Bueno —dijo Mason—, como guste.

—¿Crees que la cosa te servirá de algo? —preguntó Drake.

Mason sonrió.

—Claro que me servirá sobre todo cuando hayamos leído la última parte de la conversación tomada por la taquígrafa. Revela que Rames esquiva el bulto y no hará nada que impida la prosecución del caso, si tiene posibilidad de evitarlo. ¿Y qué hay del departamento, Paul? ¿Todavía lo tiene la policía bajo vigilancia?

—Pregúntaselo al sargento Holcomb —dijo Drake—. Tiene ese departamento cercado como una fortaleza.

—¿Vigila alguien la puerta?

—No solamente la puerta, sino que a estas horas está instalado ahí mismito un hombre con turnos de veinticuatro horas diarias, con sus tres comidas al día. El sargento Holcomb no pierde el

tiempo. Y si no me engaño al juzgarlo, mantendrá la vigilancia hasta el día del Juicio Final, o hasta que Diana Regis sea declarada culpable.

—¿Entonces Carl Fretch consiguió convencerle de que no se adueñó de la cosa que Holcomb deseaba?

—Nadie sabe lo que ocurrió con Carl Fretch. Estuvo en el Departamento Central unas once horas, y después lo soltaron. Barrunto que le pasaron el peine fino, pero tengo idea de que Fretch charló por su cuenta para salir del aprieto. Es un tipo un poco blando.

Mason dijo, pensativo:

—Holcomb no tiene ningún derecho a mantener vigilantes dentro de la casa. Puede poner un guardián a la puerta, si lo desea: pero eso de instalar a un hombre en la vivienda…

—Cuando el sargento Holcomb quiere hacer algo —repuso Drake— no se detiene ante los requisitos legales. Sigue adelante y se da el gusto, y deja a otros el cuidado de detenerlo. ¿No podría usted conseguir una orden del tribunal…?

Repuso Mason:

—Fracasaría. Holcomb se enteraría de que lo que ambos buscamos permanece aún en el piso, y que mi deseo es sacarlo si consigo desembarazarme de su agente.

—Pues entonces la cosa no tiene remedio —dijo Drake.

—Mira, Paul; tú podrías conseguir un detective que ayudara a otro de rápidos movimientos, y tratar de…

—Jamás —interrumpió Drake—, con un agente de guardia.

—Sería una cosa precisamente incidental, algo que…

—No hay ni una probabilidad. Perry. Ningún detective privado correría el riesgo de arrebatar lo que sea bajo las propias narices de la policía. Es demasiado arriesgado. Le echan después al agente y le revocan su licencia, y adiós el negocio.

Mason contempló la alfombra con el ceño fruncido.

—No te preocupes, Paul. He pensado el modo de sacar esa cosa del departamento.

—Es un sitio donde no podemos ayudarte en nada, Perry. Los agentes de policía me identificarían. Te identificarían a ti. Identificarían a Della Street, y no hay otra alma viviente en quien puedas confiar, o que se arriesgue en el asunto. Respecto al agente

que acaba de irse, ¿no te servirá de nada?

—Según todas las probabilidades —dijo Mason—, encontrarán un modo de atacarme por haber obtenido de él algunas vaguedades. Pero puedes aventurar una cosa: el hombre no podrá posiblemente identificar el bolso, de modo que no podrá decir si Mildred recogió su bolso o el de Diana. Y, en tales circunstancias, no podrá admitir siquiera que la licencia de conducir que le fue mostrada, estaba a nombre de Diana Regis. Dirá que no puede recordar el nombre.

—La cosa se presenta negra para la muchacha.

—Negra como la tinta, a menos que yo pueda dar con algunos hechos nuevos. Claro que ésta ha sido nada más una audiencia preliminar. Si la obligan a comparecer ante el juez, dispondré de una probabilidad; pero me gustaría hacer algo para contrarrestar la campaña periodística que están realizando… Una cosa hemos conseguido, Paul: determinar los movimientos de Mildred Danville el día del asesinato. Me refiero al sitio que las declaraciones de Rames nos han señalado, dándonos oportunidad de investigar. Su coche estuvo estacionado allí por lo menos una hora y cinco minutos. Ahora bien: ¿qué estuvo haciendo? ¿Qué hay en las cercanías?

—Así, de sopetón, lo ignoro —respondió Drake—; pero seguramente lo descubriremos. Pondré unos hombres a trabajar en eso, y obtendremos un plano completo de la manzana, con indicación de cada edificio, de quién lo ocupa, y para qué es utilizado.

Mason asintió con la cabeza y dijo:

—Bueno; he conseguido algo para mascar y volver al tribunal. Entre paréntesis, Paul, ¿quién recoge la basura en esa casa de departamentos?

—No lo sé. ¿Por qué? —preguntó Drake sonriendo— ¿Crees que podrías obtener los servicios del basurero para que penetrara en el departamento y recogiera lo que deseas?

—Nunca se puede decir —respondió Mason despreocupadamente—. Quizá me empleara yo mismo como basurero, y…

—No lo intentes —le previno Drake—. No serás tan cándido como para imaginar que Holcomb no tendrá allí un hombre que te identificará en el acto, por mucha habilidad que tengas en

disfrazarte. Y si te sorprenden llevándote ese material…

—¡Oh!, estaría por ver —replicó Mason como no dando importancia al aviso—. Podría hacerse muy bien. Averigua quién recoge la basura y dame la información cuando la audiencia se suspenda esta tarde, ¿quieres?

—Te proporcionaré la información —respondió Drake secamente —, y con ella mi advertencia. No intentes nada contra Holcomb. Ese mozo es tenaz. Sabe que tú deseas algo que hay en el piso. También él lo desea. No está dispuesto a perderlo, y será implacable como el diablo. Y si tú sabes dónde está ese diario, querido, quédate tranquilo y déjalo en su sitio.

Los ojos de Mason se perdieron a través de la ventana.

—Averigua quién recoge la basura —dijo— y una vez lo hayas hecho, ordena a tus hombres que le sigan. Quizá lo necesite pronto.

13

El juez Winters ocupó puntualmente su sitial a las dos, echó una ojeada por encima de sus gafas a la mesa de los abogados, y dijo:

—Los abogados de ambas partes parecen estar presentes, y la acusada está ante el tribunal. Continuemos, señores. Creo que el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, ocupa el banquillo. Teniente, si vuelve usted a ocupar su sitio en el estrado de los testigos, proseguiremos nuestra tarea.

Tragg volvió al estrado de los testigos.

Claude Drumm se aclaró la garganta y exhibió un grueso sobre de papel manila.

—Teniente —dijo— voy a mostrarle algunas fotografías. Tengo entendido que fueron tomadas en su presencia por otras personas. Voy a pedirle que les eche una ojeada, una por una, y diga si presentan con fidelidad la escena del crimen y la posición del cuerpo, tal como lo vio usted cuando fue llamado a la casa del Bulevar San Felipe.

El teniente Tragg separó con atención las fotografías, acompañando los movimientos de miradas dirigidas a cada una.

—Así es —dijo.

Drumm tomó las fotografías.

—Introduciremos estas fotografías en orden como diversas pruebas. La primera fotografía muestra el cuerpo yacente boca abajo, tomada hacia el camino. La segunda…

—Un momento —interrumpió Mason—. Deseo ver cada fotografía en particular, y puede que desee preguntar algo al testigo respecto a cada fotografía, antes que sean incorporadas como pruebas.

Drumm reveló cierta sorpresa.

—¿Pone usted en tela de juicio la precisión de las fotografías?

—No puedo asegurar nada —repuso Mason—. No las he visto.

Dijo el juez Winters:

—Presumo que el señor fiscal posee la debida evidencia de la autenticidad de esas fotografías.

—Ciertamente —respondió Drumm—. Podemos identificarlas por media docena de personas, si es necesario. He de manifestar más adelante que me propongo colocar al fotógrafo en el sitio en que tomó las fotografías; pero no deseo cortar otra vez la palabra al teniente Tragg e interrumpir su testimonio. No obstante, si se ha hecho indispensable…

—No pretendo discutir la autenticidad de las fotografías —dijo Mason—; pero entiendo que me asiste el derecho de formular algunas preguntas respecto a lo que figura en las fotografías, con el propósito de examinar los recuerdos del teniente.

—¡Oh, muy bien! —sentenció el juez Winters—. Tendrá usted amplia oportunidad de hacerlo.

—Técnicamente, creo que tengo el derecho de preguntar en lo que se refiere a los recuerdos del testigo en relación con las fotografías, antes de que éstas sean admitidas como pruebas.

—Perfectamente, si desea hacerlo usted así —aprobó el juez Winters—. No veo razón para oponerse. En realidad —añadió con cierto aire de reprobación—, no se me alcanza que haya una gran diferencia entre un procedimiento o el otro.

Dijo Mason:

—¿Me permite ver esas fotografías, por favor?

Repuso Drumm con dignidad:

—Puede ver usted la primera, que es la que acabo de presentar como prueba.

—Muy bien —asintió Mason, tomando la primera fotografía—. Teniente Tragg, esta fotografía muestra el cuerpo caído boca abajo en la posición en que fue encontrado. ¿El cuerpo no había sido movido cuando se tomó la fotografía?

—Así es.

—¿La fotografía está tomada hacia el camino?

—Sí, señor.

—¿Y muestra una esquina de la casa?

—Sí, señor.

Mason observó la fotografía con atención, sacó una lente de su bolsillo, la estudió de nuevo varios segundos, y luego inquirió:

—Teniente, ¿esta fotografía fue tomada un poco después de haber llegado usted al teatro del crimen?

—Sí, señor.

—¿Podría usted decir más o menos cuánto tiempo?

—Afirmaría que no transcurrieron más de quince minutos.

—¿Había sido tocado algo?

—¿Qué quiere usted decir? El cuerpo no había sido movido.

—¿Alguna otra cosa tocada?

—Nada que pudiera tener alguna relación con el asesinato.

Mason vaciló un momento, y luego devolvió la fotografía a Drumm.

—No tengo ninguna objeción que hacer —manifestó—. La fotografía puede ser aceptada como prueba.

Dijo Drumm:

—La segunda fotografía muestra huellas de pisadas en el lodo, junto al cuerpo de la difunta, y que luego retornan al camino de tablas. La afirmación del fiscal es que esas huellas fueron hechas por la acusada.

—No formulo ninguna objeción contra esta fotografía —declaró Mason—. Déjeme ver esas otras y… Gracias. No, estas fotografías pueden ser admitidas sin objeción como pruebas.

Mason volvió a su asiento.

Diana Regis le miró con ansiosa inquietud. Mason esquivó sus ojos.

Drumm aguardó a que todas las fotografías hubieran sido marcadas por el secretario del tribunal, y cada una señalada con su correspondiente número de prueba antes de volver a interrogar al teniente Tragg.

—Ahora bien, teniente. ¿Tuvo usted alguna conversación con la acusada? ¿Se le hizo alguna promesa o se recurrió a alguna amenaza?

—No, señor.

—¿Quiénes estaban presentes?

—El fotógrafo que obtuvo las fotografías, un representante del juez, uno de mis ayudantes y la acusada.

—¿Y usted estaba presente?

—Sí, Formulaba las preguntas.

—¿Y qué declaración, si es que la hizo, formuló la acusada?

—Bueno; con toda la exactitud que me es posible recordar sus palabras —dijo Tragg sonriendo fríamente—. Declaró, más o menos:

«Tenía una cita con Mildred Danville a las diez. Llegué unos minutos antes. Vi mi coche estacionado frente a la casa, o casi frente a la casa, y así supe que Mildred había llegado. Despedí el taxi que me había conducido, subí los escalones y pulsé el timbre. No recibí respuesta. La casa parecía estar a oscuras. Pensé que era extraño, caminé hacia la parte posterior y llamé a la puerta trasera. Tampoco recibí respuesta. Encontré un camino en el patio posterior, donde había algunos gallineros, y vi que algo yacía allí. En mi coche había un linterna. Regresé al coche, abrí la cartera, saqué la linterna y volví. Entonces vi que lo que había en la pequeña concavidad cercana a los gallineros era un cuerpo. Me acerqué al cuerpo y me arrodillé junto a él. Era Mildred. Estaba muerta. Es todo lo que sé del asunto.»

—¿Ha mantenido usted alguna entrevista con la acusada acerca de la pistola que ha sido recibida como prueba en el juicio con el número cuatro?

—No lo hice personalmente —respondió el teniente Tragg—. La entrevista la llevó a cabo el sargento Holcomb.

—¡Ah, sí! —dijo Drumm—. Llamaré al sargento Holcomb un poco más tarde. Creo que es todo por el momento, teniente Tragg. ¿Desea usted preguntar, abogado?

Mason asintió con la cabeza, se puso en pie y dijo:

—Teniente Tragg: cuando llegó usted al teatro del crimen estaba lloviendo, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Lloviendo muy fuerte?

—Sí, señor.

—¿Y el cuerpo fue encontrado en una depresión más bien superficial, en el patio posterior?

—Sí, señor.

—¿Una depresión que había recogido una cantidad un tanto considerable de agua?

—Cierto volumen de agua. Sí, señor.

—¿Agua que se había vertido en la depresión procedente de los sitios más elevados que rodean el terreno?

—Bueno; no sé cuánta se había acumulado procedente de los

puntos más elevados del terreno. Creo que el terreno estaba absorbiendo una buena parte de la lluvia anterior —dijo Tragg cautelosamente—. Pero era sin duda el sitio donde la lluvia proveniente de la parte más elevada del terreno tendría tendencia a acumularse.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí, señor.

—Llamo su atención sobre la fotografía que lleva el número de prueba siete —dijo Mason—, y le pregunto si no es verdad que el agua de lluvia se acumularía en un gran depósito que había sido construido con el propósito de…

—Creo que tiene usted razón en eso —interrumpió Tragg—. Creo que el agua del tejado caía dentro de un depósito.

—Ahora bien, cuando llegó usted por primera vez al teatro del crimen, ¿estaba el agua acumulándose en el depósito?

—Creo que sí. Sí, señor.

—¿Y hay alguna espita de desagüe al pie del depósito?

—Creo… creo que hay una espita, en efecto.

—Entonces, ¿parte del agua acumulada en esa concavidad debe de haber procedido, en buena porción, de la que se estaba vertiendo del depósito alimentado con agua de lluvia?

—No lo sé —contestó Tragg.

—Le estoy preguntando si eso es o no verdad.

—Creo que no.

—¿Por qué no, teniente?

—No creo que la espita de la base del depósito estuviese abierta. Haga el favor de dejarme esa fotografía.

Mason se la tendió.

—Vi que la miraba usted valiéndose de una magnifica lupa —observó Tragg con una sonrisa.

Mason hizo una reverencia y tendió a Tragg la lupa.

Tragg estudió cuidadosamente la fotografía.

—Tal como aparece en esta fotografía no hay agua que mane de la espita.

—La fotografía —anunció Mason— habla por sí sola. Le estoy interrogando a usted por lo que toca a sus recuerdos, teniente. ¿Estaba esta espita de desagüe abierta o cerrada?

—Creo que estaba cerrada.

Mason dijo:

—Es todo. No haré más preguntas —y se volvió a su asiento en la mesa de los abogados, sin mostrar signos del aplastante golpe que había sufrido su caso.

—Comparecerá Helen Chister Bartsler —dijo Drumm. Helen Bartsler avanzó y, con una mano enguantada en alto, prestó juramento y ocupó el banquillo de los testigos.

—¿Vive usted en la residencia número 6750 del Bulevar San Felipe?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que vive allí?

—Alrededor de un año.

—¿Ha estado usted empleada durante ese tiempo, señora Bartsler?

—He dirigido allí un pequeño criadero de pollos con cierto éxito.

—¿No ha tenido usted ningún otro empleo?

—No.

—¿Conocía usted a la difunta, Mildred Danville?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hacía que la conocía?

—Unos tres o cuatro años.

—¿Estuvo alguna vez en calidad de empleada suya?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En los primeros meses de 1942.

—¿Y cuánto tiempo la tuvo usted empleada?

—Un período de dos o tres meses, durante mi confinamiento e inmediatamente después.

—¿Y volvió usted a verla después de eso?

—Sí. Quedamos amigas.

—¿Y no la vio usted la noche del veintiséis?

—No, señor.

—¿O en la mañana del veintisiete?

—Vi su cuerpo.

—¿Cuándo la había usted visto por última vez antes del veintisiete?

—No recuerdo exactamente. Fue dos o tres días antes.

—¿Había hablado usted con ella por teléfono?

—Sí.

—¿Tuvo lugar algún incidente durante esa conversación?

—Sí.

—¿Qué fue? —preguntó Drumm.

El juez Winters se agitó inquieto, bajando la mirada hacia Mason.

—¿Ninguna objeción en cuanto a competencia o relevancia?

—Ninguna, señoría.

—Muy bien, que la testigo conteste la pregunta.

La señora Bartsler inclinó su barbilla.

—Mildred Danville —declaró con voz profunda y clara— había secuestrado a mi hijo. Yo trataba de conseguir su devolución.

El juez Winters se irguió prestando atención y escrutó a la testigo con el ceño fruncido.

—¿Dice usted que la difunta había secuestrado a su hijo?

—Sí.

El silencio de la sala fue tan tenso, que el rasgueo de los lápices de los reporteros hízose perfectamente audible.

—¿Cuándo —preguntó Drumm— ocurrió ese secuestro?

—Mi hijo —respondió la testigo— estaba confiado a la custodia de Ella Brockton, que residía en el número 2312 de Olive Crest Drive. Mildred Danville había llegado a querer mucho a mi hijo Junior durante el tiempo que trabajó para mí. Fue de visita para verlo en varias ocasiones, y dos días antes de su muerte… el veinticuatro, persuadió a Ella Brockton de que no…

—¿Estaba usted allí en esos momentos? —interrogó Drumm.

—No, señor.

—¿Su conocimiento proviene entonces de lo que le dijo la señora Brockton posteriormente?

—Sí.

—Entonces no seguiremos ahora con este aspecto del caso. Lo estableceremos por otras pruebas.

—Ninguna objeción en cuanto concierne a la defensa —dijo Mason.

—Todo es de oídas —barbotó Drumm.

—Es de oídas, por supuesto —dijo la voz de Winters—. Pero existe un hecho que será establecido por otra prueba, y la falta de

objeción de la defensa se refiere a recibirlo por ese medio… Bien.

—Mi pregunta no pretendía eludir los medios de prueba —soltó Drumm—. Y si la hice, retire de ella ese aspecto. Prefiero establecer el caso por los procedimientos regulares.

—Muy bien —sentenció el juez Winters.

—Señora Bartsler —dijo Drumm—, ¿sostuvo usted alguna otra conversación telefónica con la difunta respecto a su hijo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hubo dos o tres conversaciones posteriores al secuestro.

—¿Y qué dijo ella? ¿Cuál fue la substancia general de esas conversaciones?

—Prefiero tener testimonios más específicos —dijo Mason.

—Muy bien. ¿Qué dijo ella cuando llamó por última vez?

—Dijo que tenía en su poder a mi hijo; que deseaba discutir conmigo acerca de la cuestión.

—¿Acerca de la custodia de su hijo de usted?

—Sí.

El juez Winters se inclinó hacia adelante y estudió a la testigo con las cejas fruncidas.

—¿Quiere usted decir que mantuvo con ella algunas conversaciones respecto a la custodia del niño?

—Sí.

—¿Por qué quería discutir con usted respecto a la custodia de su hijo?

—Quería mucho al chico. Quería obligarme a dejárselo por algún tiempo.

—Y usted no aceptó.

—No.

—¿Qué hizo usted?

—Le dije que si no devolvía el niño a la señora Brockton, la haría detener por secuestro.

—¿Qué hizo ella entonces?

—Colgó el teléfono.

El juez Winters, repantigado en su sillón, meditaba con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Drumm.

—Al día siguiente —respondió la interrogada—, Mildred

Danville me llamó de nuevo y me acusó de haber sustraído al niño de su custodia.

—¿Quiere usted decir que ella ya no tenía a su hijo?

—Así lo afirmó. Claro que era un subterfugio para evitar que la detuvieran por secuestro.

El juez Winters se inclinó una vez más hacia adelante.

—¿Dónde está ahora su hijo? —preguntó con impaciencia.

Helen cruzó la mirada con la del juez.

—No lo sé.

—¿Han sido notificadas las autoridades de su desaparición? —preguntó el magistrado.

—Lo han sido, Señoría —dijo Drumm—. Se han realizado todos los esfuerzos para localizar al niño. Hasta ahora todos los esfuerzos han sido infructuosos. A demanda de las personas interesadas, hemos procurado hasta el presente, mantener este aspecto del asunto alejado de la publicidad.

Uno de los periodistas miró el reloj, luego salió presuroso de la sala de audiencias. Un momento más tarde seguíale otro periodista.

—De lo más notable —comentó por lo bajo el juez Winters.

—Creo, si el tribunal lo tiene a bien, que si se prosigue el caso con el referido aspecto del asunto, se desprende que, en la desaparición de este niño, la acusada estaba implicada en una maquinación con Mildred Danville.

—Eso —anunció Mason— es objetado. Es lesivo y constituye un proceder avieso. No hay tal prueba ante el tribunal…

—Me limitaba a declarar lo que la prueba pondría al descubierto —replicó Drumm—. Tengo derecho a anunciarlo por anticipado.

—Sólo en cuanto al tiempo pasado puede formular usted una declaración —repuso Mason—. Y, además, no tiene usted tal prueba ni puede presentarla. Está usted procurando simplemente obtener el mayor provecho de una infundada deducción, tal como la habría deseado usted de la prueba en discusión.

—Así procederemos —anunció el juez Winters—. Si la continuación del juicio encierra alguna evidencia, ésta surgirá y hablará por sí misma. Entretanto, no habrá intercambio de frases entre los abogados. Prosiga, señor Drumm.

—Señora Bartsler, encaminaré su atención al día 26. ¿Sostuvo usted alguna conversación con Mildred Danville?

—Sí. Por teléfono.

—¿Y qué dijo ella?

—Me dijo que no sabía dónde estaba el niño; que podía recobrarlo si quería cooperar con ella y hacer un razonable convenio respecto a su custodia.

—¿Le dijo a usted dónde estaba su hijo?

—No.

—¿Le hizo alguna propuesta de reunirse con usted fuera de su casa?

—No.

—¿Y qué le dijo usted?

—Lo mismo que le había dicho antes, que si no devolvía el niño la haría detener por secuestro.

—¿Y qué le contestó ella?

—Me dijo que creía poder recuperar a mi hijo y devolvérmelo, y que cuando yo supiera todas las circunstancias tenía la seguridad de que me avendría a razones. Agregó que su único deseo fue siempre hacer lo que creía mejor para mi hijo.

—¿Cuándo, según ella, le devolvería su hijo?

—Aquella misma noche.

—¿A alguna hora determinada?

—Dijo que aproximadamente a las diez.

—¿Y declaró dónde lo devolvería?

—Sí, en casa de Ella Brockton, número 2312 de Olive Crest Drive.

—¿Adoptó usted alguna actitud en vista de ello?

—Abandoné mi casa en seguida y me dirigí a la residencia de la señora Brockton, y allí aguardé. Esperé hora tras hora hasta medianoche. Entonces pensé que quizá la oí mal, así que subí a mi coche y me dirigí a su departamento, donde hice sonar la campanilla. No recibí respuesta. Ya desesperada, volví a casa de Ella Brockton y reanudé mi espera. Permanecí allí hasta que llegó la policía.

—¿Y no tuvo usted noticias de que Mildred Danville había ido a su casa del Bulevar San Felipe?

—No.

Dijo Drumm:

—Ahora, ¿quiere decirme, por favor, el nombre de su hijo?

—Robert Bartsler.

—¿El nombre del padre de la criatura era Robert Bartsler?

—Sí.

—¿Vive o ha muerto?

—Ha muerto. Lo mataron el día 7 de diciembre de 1941.

—¿Conoce a algunos parientes de su esposo?

—A su padre.

—¿Había discusiones entre usted y su suegro acerca de su hijo?

Los labios de Helen Bartsler se pusieron pálidos.

—El señor Jason Bartsler, el abuelo del niño, se ha mostrado particularmente ofendido conmigo desde mi matrimonio. Creía que yo era una aventurera que me había casado con su hijo por dinero. Hizo todo lo posible para romper esta unión.

—¿Todo esto es oportuno? —preguntó el juez Winters, frunciendo el ceño en dirección a Drumm y echando una mirada escrutadora a Mason.

—Intento relacionarlo con el caso —respondió Drumm.

—Pues hágalo de una vez, para que yo pueda formarme una idea del vínculo que lo une al caso.

—Deseo preguntarle, señora Bartsler —dijo Drumm—, si sabe dónde estuvo empleada la acusada durante las tres o cuatro semanas anteriores al día 26, la fecha del asesinato.

Respondió la testigo con voz alta y clara:

—Estuvo empleada a las órdenes del señor Jason Bartsler.

—Gracias —dijo Drumm—. Puede usted preguntar, abogado.

Mason asintió con la cabeza y dijo, muy como al descuido:

—Señora Bartsler, ¿le es a usted familiar el depósito de agua de lluvia colocado en la casa del Bulevar de San Felipe?

—Naturalmente.

—¿Se usa con regularidad?

—Sí. Se usó como depósito de agua dulce para lavar las ropas y para otros menesteres caseros.

—¿Conoce usted la capacidad del depósito?

—No, señor.

—¿Sabe usted o no si estaba vacío la noche del 26?

—Ignoro cuánto líquido había en él.

—¿No hacia usted ningún esfuerzo para medir el agua que había dentro?

—En absoluto. Me limitaba a usar el agua de lluvia cuando tenía necesidad de hacerlo, y todo lo que sabía era si había o no.

—En la noche del 26, cuando vio usted el cielo encapotado, ¿abrió la espita de desagüe para expulsar el agua de lluvia antigua, procedente de la última estación lluviosa?

Drumm intervino.

—La interrogación es objetable por cuanto se trata de una pregunta impropia. Es inadmisible, impertinente y fuera de lugar. Es asunto enteramente impertinente y ajeno al caso.

—No estimo que sea impertinente o fuera de lugar —sentenció el juez Winters.

—No veo, ciertamente, cómo es posible que tenga alguna vinculación con el caso —arguyó Drumm.

—Por supuesto —señaló el juez Winters—. No deseo colocarme en situación de anticipar el curso del juicio, ni fijar los puntos en torno a los cuales ha de girar, pero me parece, por el testimonio que ya ha sido dado y las fotografías recibidas como prueba, que el litigio proseguirá sobre la base de que el asesinato fue cometido después de que la lluvia empezó a caer y ablandó ésta el terreno.

—Exactamente —dijo Drumm.

—Por lo tanto —prosiguió el juez Winters—, si surgiera la posibilidad de que algún tiempo antes de que empezara a llover el depósito había sido vaciado, y el agua procedente del mismo se vertió en la parte baja del patio posterior donde el cuerpo fue hallado, podría este hecho incidir sobre la evidencia circunstancial en lo que respecta a la hora en que fue perpetrado el asesinato.

—Muy bien —dijo Mason sonriendo—, quizá pueda plantear este aspecto de la defensa siguiendo otro camino. Señora Bartsler, ¿creo que declaró usted, fundándose en el interrogatorio directo, que dejó la casa alrededor de las seis?

—Muy poco después de las seis.

—¿Y no regresó hasta bien pasada la medianoche?

—En efecto. A esa hora me llevaron de vuelta los hombres de la policía, merced a alguien que inutilizó mi coche de modo que no pudiera marchar, e informó a la policía de dónde podía encontrarme.

—¿No deseaba usted ver a la policía? —preguntó Mason—. De seguro que no la eludiría.

—Hubiera preferido regresar a casa por mis propios medios.

—¿Pero no fue usted a su casa ni estuvo en ningún sitio próximo a ella entre las seis de la tarde y algún tiempo después de medianoche?

—No.

—¿No estuvo cerca de la fachada de la casa?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo usted cerca de la fachada de la casa?

—Cuando salí, poco después de las seis.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo usted en la parte trasera de la casa?

—No lo sé; en algún momento de la noche.

—¿Estuvo usted cerca del vertedero del depósito, aquella noche?

—La primera objeción —dijo Drumm— no es pertinente.

Repuso Mason:

—Si me permite el tribunal, la testigo ha sido interrogada por medio de un examen directo en lo que se refiere a cuándo dejó la casa, y me asiste ciertamente el derecho de recusar su declaración valiéndome de preguntas aclaratorias que dividan las premisas en sus partes componentes.

El juez Winters sonrió.

—La objeción es desechada.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo usted cerca del vertedero del depósito? —preguntó Mason.

—¿Del vertedero?

—Sí.

—¿Se refiere usted a la espita que hay al pie del depósito, por la que sale el agua?

—Sí.

—No he estado allí hace días. Es decir, no la he tocado, si es a eso a lo que se refiere usted.

—El niño llamado Robert, respecto a quien ha testificado usted, ¿es un hijo nacido en vida de los padres, o un hijo póstumo, nacido algunos meses después del fallecimiento de su esposo, Robert Bartsler?

—Sí.

—¿Le advirtió usted alguna vez a Jason Bartsler que era abuelo?

—Pregunta objetada como inadmisible e inoportuna —intervino Drumm.

—Apoyada la objeción —declaró el juez Winters—. Toda vez que la pregunta se relaciona evidentemente con alguna conversación que necesariamente habría sido sostenida casi tres años atrás.

—No, señoría —replicó Mason—; la cuestión es si alguna vez avisó al padre de su esposo del nacimiento de su hijo.

El rostro del juez Winters mostró sorpresa.

—Seguramente el señor abogado no pretende… ¡Oh; bien, la objeción es rechazada!

Helen Bartsler dijo con voz clara calmosa.

—No, nunca se lo dije. Era un hombre interesado, dominante, sin corazón. No sentía amor por su hijo ni por mí, y nunca me reconoció como un miembro de la familia. Consideré que el nacimiento de mi hijo no era cosa de su incumbencia.

El juez Winters se inclinó hacia adelante preguntando incrédulamente:

—¿Quiere usted decir que nunca le dijo que tenía un nieto?

—Nunca le dije que lo tuviera —respondió Helen fríamente.

El juez Winters sacudió la cabeza.

—Continúe —dijo a Mason, pero sus ojos permanecieron clavados sobre la testigo.

—Y después del rapto de su hijo, ¿se puso en contacto con Jason Bartsler? —preguntó Mason.

—No.

—¿Y no tuvo usted alguna información que la indujera a creer que Mildred Danville iba a estar en la casa del Bulevar San Felipe la noche de autos?

—No. Entendí que se dirigía a la residencia de Ella Brockton, en Olive Crest Drive.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

El juez Winters se inclinó hacia adelante.

—El tribunal desea hacer algunas preguntas. ¿He de entender que porque la ofendió la circunstancia de que el señor Jason Bartsler nunca la había recibido en su familia, se tomó usted la venganza de ocultarle el nacimiento de su hijo?

—No, señoría, no lo oculté. Me limité simplemente a no

comunicárselo. La partida de nacimiento del niño fue correcta y regularmente registrada.

—¿Pero nunca le habló de eso?

—No.

—¿En desquite al trato que había observado él con usted?

—No. Lo hice a fin de proteger lo mejor posible los intereses de mi hijo. Su abuelo es un hombre cruel. Se jacta de ser un cínico. Es tan cínico como burlón. No conoce las emociones más delicadas. Siempre ve en los actos un motivo ulterior. No deseaba que el hijo de Robert juzgara a su padre por semejante patrón. No deseaba que conociese a su abuelo por el propio bien del niño.

—¿Y esta fue su única razón?

—Sí, señoría.

El juez Winters suspiró.

—Muy bien —dijo con voz reveladora de que distaba mucho de sentirse convencido—. Se proseguirá llamando a los testigos siguientes.

Drumm comenzó a llenar el tiempo con un testigo rutinario, un perito en balística, quien expuso la comparación efectuada con las balas disparadas por la pistola que había sido incluida como elemento de prueba, comparación que se hizo microscópicamente con la bala que había sido extraída del cerebro de Mildred Danville. Eran idénticas. La bala fatal había sido, pues, disparada por dicha pistola.

Un perito en huellas dactilares ocupó a continuación el banquillo y atestiguó haber examinado las impresiones del arma, mostrando fotografías ampliadas de impresiones digitales halladas sobre la pistola.

—Impresiones digitales —anunció— que fueron hechas por una sola persona. —Luego exhibió fotografías de las impresiones digitales de la acusada, y con larga y tediosa extensión señaló puntos de similitud—. Había —explicó— no menos de siete claras huellas dactilares sobre el arma, cada una de las cuales guardaba tantos puntos de similitud con las de la acusada, que fue posible establecer sin asomo de duda que tales huellas le pertenecían. En cuanto a ciertas huellas de suciedad que ostentaba el arma, si bien no pudieron ser positivamente identificadas, existían bastantes puntos de similitud de los que se desprendían serias probabilidades

de que también estas últimas fueran de la acusada, ya que no existía ninguna prueba de que hubieran sido dejadas por otra persona. En otros términos, todas las impresiones digitales existentes sobre el arma, que pudieran ser identificadas, habían sido hechas por la acusada, y las que no han podido ser identificadas, no daban señales de haber sido hechas por otra persona.

Era evidente que el juez Winters estaba muy impresionado por este aspecto del testimonio, y siguió cuidadosamente las tediosas explicaciones a través de la larga tarde, tomando las diferentes impresiones y efectuando su propio cotejo en cuanto a los puntos de similitud.

A las cuatro y media, el tribunal suspendió su sesión hasta la mañana siguiente.

Mason, de regreso a su oficina acompañado de Della Street, dijo:

—Bueno, las cosas marchan, Della. Sabemos perfectamente que Helen Bartsler está mintiendo. Debió de haber abierto el desagüe del depósito. Pero no hay modo de probar que es una embustera, particularmente por el hecho de que las fotografías de la policía, tomadas con «*flash*», no muestran el fondo de la escena con la suficiente claridad como para demostrar que esa espita está abierta, ni si el agua corre o no. Pude haberla atrapado en la admisión de que abrió esa espita si el juez Winters no se hubiera adelantado a señalar lo que yo pretendía y el propósito de la pregunta. Eso la puso sobre aviso y a partir de ese momento negó terminantemente haber abierto la espita.

—¿Cree usted que es culpable del asesinato? —preguntó Della Street.

—Es difícil decirlo. Sabemos que está mintiendo. Mintiendo acerca de la conversación telefónica con Mildred Danville, mintiendo acerca de que sabía que Mildred iba a salir para aquel lugar en cumplimiento de una cita fijada a las diez, mintiendo probablemente acerca de la hora en que salió de la casa. Y tengo por muy probable que mintió respecto a la espita del depósito, a fin de apuntalar sus otras mentiras.

—¿Por qué la gente miente de ese modo? —preguntó Della Street con indignación.

—Por salvar el pellejo —respondió Mason—. Lo hacen infinidad de veces en casos de asesinato. Tomemos a Helen Bartsler, por

ejemplo. Puede no haber tenido nada que ver con el asesinato de Mildred Danville; pero sabía que Mildred Danville iba a estar allí a las diez. Alrededor de las diez regresó a su casa y encontró a Mildred boca abajo en el lodo, y pensó que lo mejor sería alejarse del paraje y crearse una coartada. Y había algo acerca de esa conversación que ella y Mildred sostuvieron por teléfono, cuando se concertó la cita a las diez, que deseó mantener fuera de los elementos de prueba. Por consiguiente, se dirigió a casa de su amiga, Ella Brockton, y concertaron una coartada. Existe una probabilidad de que podamos destruir esa coartada tendiendo una trampa a Ella Brockton. Pero es una probabilidad entre cien.

»Además, hay otra cosa. ¿Cómo el teniente Tragg se enteró de que allí había un cadáver de mujer? Probablemente fue un anónimo por teléfono…; pero ¿quién lo hizo? ¿Y por qué? ¿Y cuál es la razón de que Mildred Danville tuviese tanto cariño al hijo de Helen?

»Lo que nosotros tenemos que tratar de hacer es descubrir qué ocurrió, y por qué ocurrió; y el único modo de que podamos lograrlo es mediante una labor de investigación y de raciocinio lógico. Por otra parte, nos estamos moviendo en las tinieblas, planteando interrogantes que no tienen ningún propósito definido. Como consecuencia vamos yendo y viniendo en un callejón sin salida.

—Ya veo —dijo Della Street—; pero ¿cómo vamos a descubrir lo ocurrido?

—En primer lugar —respondió Mason—, tenemos que descubrir por qué Mildred Danville estacionó su coche tanto tiempo en aquel sitio. Tenemos también que descubrir por qué el relato de Diana acerca de su ojo amoratado produjo semejante efecto a Mildred. ¿Por qué supones que un ojo amoratado habría originado tanta excitación?

Repuso Della:

—Debe de haber sido porque el hombre estuvo en el cuarto de Diana, buscando. Esa debe de haber sido la parte significativa. Algo originó en ella una intensa excitación.

—Pero ¿qué?

—¡Ah, no sé!

—Déjalo de mi cuenta.

—¿Qué va usted a hacer?

—Esta noche trataremos de entrar en posesión de ese diario.

—¡Eso es peligrosísimo, jefe!

—Ya lo sé, Della; pero tenemos que hacerlo. Ahora comprendo lo que debe de sentir un médico cuando está sentado junto al lecho de un paciente, sin recursos para salvarlo. Después de todo, Della, un abogado es una especie de médico de la justicia. ¡Qué diablo! Si pudiese tan sólo reconstruir algunas cosas de las que ocurrieron en la noche del 26, sería capaz de encontrar algún resquicio… o bien convencerme de la culpabilidad de mi cliente.

—Jefe, ¿no podría usted intentar algo con la coartada de Helen Bartsler? Si Helen Bartsler sabía que Mildred estaba muerta… Bueno, ¿por qué fue al departamento?

Repuso Mason:

—Debió de ser para tantear el terreno y ver a Diana, pero pudo haber sido por… ¡Espera un minuto! —añadió el abogado, frunciendo el ceño—. Hay una cosa que pudo haber hecho.

—¿Cuál?

—Deslizar la carta dirigida a Diana en el cajón de la correspondencia.

—¡Por supuesto! —exclamó Della—. Quizá sea en todo caso la razón de que fuera allí. Pero ¿por qué? Deseaba que Diana recibiera la carta. Pero ¿dónde y cómo la obtuvo Helen Bartsler? ¿Mildred se la había entregado a ella…? Espere un minuto. Esa carta debe de haber sido escrita durante la tarde, antes de que Mildred hubiera hablado con Diana por teléfono… Y sin embargo Helen debió de poner la misiva en el buzón de Diana. Ahora, ¿por qué razón era tan importante que esa carta fuera encontrada en el buzón de Diana?

—¡No te rompas la cabeza! Es el inconveniente de andar a tientas. Tenemos que conseguir que el caso se resuelva entre hoy y mañana por la mañana. Tenemos que saber qué hay detrás de todos esos acontecimientos. Reconstruir lo ocurrido. Vamos, Della, pongamos a Paul Drake a trabajar.

14

Paul Drake alzó sus ojos de las notas en que estaba trabajando, al entrar Mason y Della Street en la oficina.

—¡Hola, Perry! ¿Cómo se está poniendo el caso?

—No se está «poniendo». Se está «yendo».

—Bien; he obtenido variada información para ti.

—Dispara.

—La señora Jerry Krason es una vecina de Ella Brockton; vive en el Olive Crest, en el número 2309. Viene a ser precisamente enfrente del terreno en que se alza la casa de Ella Brockton. Es una vieja cotilla, con una lengua que se mueve sin cesar en su boca, y una charla parecida a esas viejas matracas de la policía; pero es hábil y observadora, y difícil de impresionar.

—¿Qué sabe? —preguntó Mason.

—Aparentemente, algunas cosas, Perry. Se ha mantenido interesada en lo que estuvo ocurriendo al otro lado de la calle desde que se fue el niño. Dice que en la noche del 26, la casa estaba a oscuras, y sabe que no hubo nadie en ella hasta alrededor de las nueve. A eso de las nueve, cuando caía un chaparrón, Ella Brockton llegó en un taxi. Permaneció sola hasta las once y cincuenta y cinco, aproximadamente. Llegó entonces Helen Bartsler, estacionó su coche y entró. Y casi inmediatamente otro coche se estacionó un poco más lejos y un hombre se acercó y levantó el capot del auto de la señora Bartsler.

—Fue un detective tuyo —dijo Mason.

—Claro…, quitó la parte delantera del distribuidor de modo que pudiera ir a telefonear solicitando instrucciones.

Mason sonrió.

—Buena treta…

—Pero será difícil utilizarla en lo sucesivo.

—¿Por qué?

—Existe una rencilla entre la señora Krason y Ella Brockton. La señora Brockton tuvo a la Krason bajo la acusación de injuria y se dirigió a las autoridades a fin de emprender un juicio fundándose en que la había llamado gata rabiosa.

»Creo que existen algunas pruebas circunstanciales que señalan a la señora Krason. Es uno de esos casos comunes de gresca entre vecinos. Otra cosa, Perry. Aborrezco tener que vérmelas con los tribunales, de modo que despaché a uno de mis hombres en automóvil con el encargo de que se las compusiera para telefonearme un informe. Por supuesto, dadas las circunstancias, eso era lo único que estaba a su alcance… la sola manera de permitirnos estar al tanto. Su intención era apoderarse de la parte superior del distribuidor, ir a telefonearnos, y luego, en caso de que la mujer estuviera todavía allí dentro cuando regresara, podría volver a colocar la pieza sustraída y con eso terminaría su misión. Si la encontraba forcejeando para poner el coche en marcha, podía pasar por allí como un buen vecino cuyo automóvil estuviese estacionado en las proximidades, ayudarla a manipular en el coche y deslizar el distribuidor en su sitio mientras ella intentaba inspeccionar el motor.

Mason dijo:

—De cualquier modo, me proporcionó una buena treta. Hasta ahora todas las tretas se han estado produciendo en el campo adversario. Esa pistola está plagada de huellas digitales de Diana. Significa ello que no puedo sacar a relucir el arma en el juicio. No puedo decir qué ocurrió. ¿Por qué le produciría tan terrible emoción el hecho de que Carl Fretch penetrara en la habitación de Diana y le diese un golpe en un ojo?

—Creo que no obtendrás nada por ese lado —advirtió Drake.

—No puede ser, Paul. Cuando Diana le refirió sus aventuras a Mildred, no pasó de ser una corta charla insustancial. Pero en su transcurso Mildred tuvo una probabilidad de reflexionar durante unos cuatro o cinco minutos… y evidentemente cayó presa de una gran excitación, concertó esa cita para las diez e hizo volver a Diana. Carl Fretch y el ojo amoratado de Diana deben de tener algún sentido oculto. ¿Qué otras novedades tienes, Paul? ¿Conseguiste el nombre del basurero?

—La persona con la que se ha concertado el trabajo de recoger

la basura es una mujer —respondió Drake—, y una mujer hábil como el propio Satanás. Esa…

—No quiero nada con ella —interrumpió Mason—. Nada en absoluto si es tan lista. ¿Quién es el basurero de la zona?

—El que actualmente hace la recogida en el distrito es un individuo llamado Dick Modena. Tiene ojos codiciosos.

—Ese es mi hombre —dijo Mason—. ¿Dónde lo localizaste?

—Irá en seguida a su casa; te lo localizaré dentro de una media hora. Anda por ahí desempeñando su tarea.

—Muy bien. ¿Qué otra novedad?

—He conseguido a una linda rubita, que ha entrado en contacto con Carl Fretch.

—¿Alguna cita?

—Todavía no. Dale tiempo al muchacho.

—No necesita mucho tiempo…

—Te prevengo que la empleada es de las buenas —dijo Drake.

—¿Es capaz de cuidar de sí misma?

Drake sonrió.

—En cualquier compañía, en cualquier momento y en cualquier lugar.

—¿Fuerte?

—Pesa alrededor de sesenta kilos —respondió Drake—, y es capaz de mostrarse tan ingenua como si acabase de salir de un colegio de religiosas; pero conoce todas las respuestas y la mayoría de las tretas.

—¿Supongamos que el juego se vuelve peligroso?

Dijo Drake:

—En un tiempo, fue campeona femenina de boxeo… o por tal se hacía pasar. Acostumbraba sostener asaltos de exhibición con un *sparring* masculino. Y te repito que es eficiente. Desea saber cuánto tiene que sonsacar en caso de producirse una cita.

—Bien —dijo Mason en tono severo—; no está contratada precisamente para sonsacar ni hacer caricias. Por otra parte, no deseo colocarla en situación de sonsacar demasiado. Su objeto será obtener información. Dile que vea qué información puede sacar, pero… ¡avísale que utilice el cerebro!

—Pierde cuidado —respondió Drake—. Ya la he empleado en otros casos. Obtendrá una porción de informaciones.

—Muy bien. Deseo saber algo de Carl Fretch. Deseo saber qué dijo a la policía y qué le dijo la policía a él, y qué le dijeron después a Jason. Todo está fresco en la memoria del muchacho y debe charlar.

—¡Seguro! —dijo Drake—. Es un individuo locuaz.

—¿Algo más? —preguntó Mason.

—Helen Bartsler parece haber entrado en trato con Jason. Se reunieron poco después de suspenderse la sesión del tribunal. Todavía están conversando.

—¡Ah, ah! —exclamó Mason—. Eso podría significar algo. ¿Sabe usted quién abrió el fuego?

—Jason rompió el hielo. La muchacha se mostró esquiva al principio, luego Jason dijo alguna cosa y la otra se mostró un poquito accesible.

—Bien —dijo Mason—, todo esto servirá de ayuda, Paul. Por supuesto, no explica las huellas dactilares impresas en la pistola o alguna de las otras cosas, pero quizá empecemos a descubrir la clave de todo. No pierdas al basurero.

—Le están siguiendo. Mi hombre telefonea cada vez que las tareas le detienen lo bastante como para permitirle procurarse un teléfono.

—Muy bien. Tan pronto telefonee de nuevo, pregúntale dónde está. Voy a salir y hablar con el tal Modena.

—Ya te avisaré. Seguramente…

Sonó el teléfono.

Drake dijo:

—Espera un minuto, Perry.

Drake se puso al aparato, oyó algo, hizo señas afirmativas a Perry Mason y luego habló:

—¿Dónde estás, Jim?

Drake escuchó, escribió una nota en un trozo de papel y dijo:

—Perfectamente. Mason desea entrar en contacto con él. ¿Crees que en la calle Washington? Ah, ah… Se dirige al departamento donde… Ya veo. Muy bien. Bueno, Perry estará ahí en seguida. —Drake aplicó la palma de la mano al micrófono—. Es Jim Melrose, el hombre que le sigue. ¿Deseas que siga a alguien más después de perder de vista a Modena?

—No.

—Bueno, Jim; tan pronto como Mason dé con el individuo, puedes largarte. Mason irá a la calle Washington. Tú estarás situado detrás del camión, ¿eh? Perfectamente. Adiós.

Drake colgó y dijo a Mason:

—Lo encontrarás en la calle Washington, en algún sitio entre Cornise y Millford, Jim estará marcando el paso detrás del camión.

Mason inclinó la cabeza hizo un violento movimiento con la mano y dijo:

—Bonito trabajo, Paul. Estaba sobre su pista. ¿Quieres venir, Della?

—¿Y me lo preguntas?

—Apresúrate, entonces.

Corrieron por el pasillo hasta el ascensor, descendieron, corrieron hacia el grupo de coches estacionados y se precipitaron en el automóvil de Mason.

—¿No encierra mucho riesgo? —preguntó Della Street.

—¿El qué?

—Lo que va a hacer.

—¡Bah, bah!… —respondió Mason, conduciendo hábilmente el coche a través del tránsito—. Siempre se corre algún riesgo cuando se acomete una empresa.

—Supongamos que el sargento Holcomb consiga el diario…

—Sería un grave percance —admitió Mason.

—¿Supongamos que da usted con el diario y que el sargento Holcomb descubre que usted se ha apoderado de él?

Mason sonrió.

—Eso, sí que sería de desear.

—No lo comprendo.

—Tampoco el sargento.

Della Street dejó escapar un suspiro, renunciando a continuar la conversación.

—Perfectamente —admitió sonriendo—, usted gana. Como de costumbre. Sigamos.

Deslizándose a toda prisa por la calle Washington, estaban a menos de tres manzanas de Cornise, cuando vieron el camión de la basura que se introducía precisamente en una callejuela. El detective de Drake, marchando detrás, advirtió la presencia de Mason y Della Street, alzó dos dedos extendidos, recibió en

respuesta una inclinación de cabeza de Mason, y se alejó.

Mason viró en la callejuela, estacionó su coche detrás del camión, y estaba ya en tierra, cuando un individuo bajo y atezado, de ardientes ojos castaños, espesas cejas negras y oscura pelusa en la barbilla, se dejó caer de un salto desde el pescante del vehículo.

El hombre vestía un uniforme que una vez había sido blanco y que ofrecía ahora un indescriptible matiz grisáceo salpicado de manchas.

—¿Es usted Nick Modena? —preguntó Mason.

Los encendidos ojos castaños fulguraron al alzarse, iluminados por una súbita sospecha.

—¿Qué quiere usted de Nick Modena?

—Proponerle un pequeño negocio.

—¿Qué clase de negocio…? ¿Algo sucio?

—Una probabilidad de ganarse un poco de dinero.

—Ante todo, ¿quién es usted?

Mason sonrió.

—Me llamo Sarg.

—Muy bien, Sarg. ¿Qué desea?

Repuso Mason:

—Deseo que se gane usted cincuenta dólares.

—¿Que me gane yo cincuenta dólares? —la voz de Modena se alzó casi hasta el grito.

—Sí, usted.

—¿De qué se trata? ¿De un negocio feo?

—Nada feo.

—¿Qué desea que haga?

—Recoger basura.

—¿Cuánto tiempo?

—Una vez.

—¿Dónde?

—Calle abajo.

—¿Dentro de cuánto?

—En seguida.

Modena paseó su mirada de Mason a Della Street.

—¿Cincuenta dólares, Sarg?

—Exactamente.

—¿Qué debo hacer?

Dijo Mason:

—¿Conoce usted los Palm Vista Apartments?

—Claro que los conozco. Recojo la basura de ellos.

—¿Cómo la recoge?

—La recojo en un recipiente, cargo con ella, la vuelco, coloco otra vez el recipiente en su sitio…

—No; quiero decir si va usted a cada departamento.

—¡Qué diablo! ¿Cree usted que estoy loco? ¿Ir a cada departamento? Claro que no.

—¿Cómo depositan la basura los vecinos?

—¡Qué sé yo! Quizá lo haga un conserje; la ponen en una gran lata. Yo me limito a cargar con la lata.

Repuso Mason:

—Esta vez va a ser diferente. Usted se dirige a un departamento del segundo piso. Golpea la puerta. Cuando un hombre la abra, dígale que está usted allí para recoger la basura. Se la entregará, y en eso consiste todo el trabajo.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Y recibo en pago cincuenta dólares?

—Si consigue la basura, sí.

—Supongamos que no la consigo…

—Entonces no tendrá el dinero.

—¿Quién está ahora en el piso?

—Un hombre que trabaja para mí —respondió Mason como no dándole importancia—. Es decir, yo pago una parte de sus salarios. Cree él que está trabajando para mí como para cualquier otro.

—¿Por qué no se lo dice usted mismo?

—No; deseo hacerle ganar a usted cincuenta dólares.

Modena meneó la cabeza, pasó la mirada pestañeando de Mason a Della Street; después la volvió a Mason.

—Aquí hay algo raro.

—Cincuenta dólares —insistió Mason, extrayendo su billetero y mostrando cinco billetes de diez dólares—. Tan pronto como llegue usted con la basura.

Modena se encogió de hombros y extendió las manos en un típico gesto de rendición.

—¿Existe algún riesgo?

—Ninguno —dijo Mason, volviendo a su coche.

Modena trepó a su asiento del camión de la basura. Ambos vehículos retrocedieron fuera de la callejuela. Mason siguió detrás del estruendoso camión hasta que éste se detuvo frente a los Palm Vista Apartments.

—¿Cuántas probabilidades cree que hay? —preguntó Della.

—Muchas más que en una simple jugada de azar —respondió Mason—. Después de todo, los desperdicios deben de estar bastante descompuestos a estas horas, y, además ciertamente, no hay nada raro respecto a Modena. Y en caso de que al agente se le ocurra echar un vistazo fuera, verá el camión de la basura estacionado aquí. A menos que esté familiarizado con la rutina de los departamentos, o la recogida de las basuras, no pensará que exista algo particularmente insólito en ir al piso por escombros.

—Si la cosa no marcha —dijo Della Street—, sabrán dónde está el diario.

—Quizá…, o quizá no.

—Bueno —dijo Della riendo—, por lo menos Nick Modena no parece un individuo excitable.

El basurero se dejó caer del camión, caminó por el pasadizo hasta la puerta de servicio, la abrió de un empujón y desapareció dentro de la casa. Su andar no era ni demasiado presuroso ni demasiado lento; sólo el rítmico paso regular de un hombre que tiene un trabajo que cumplir y se siente deseoso, pero no demasiado, de cumplirlo.

Della Street mantuvo los ojos en su reloj de pulsera, contando los segundos. Por su parte, Mason no separaba la vista del camión de la basura.

—¡Dios mío, jefe! Han pasado tres minutos y diez segundos —dijo Della—. Algo debe de andar mal.

Mason, sin mover los ojos del camión, se limitó a sacudir la cabeza.

—¡Cuatro minutos! —anunció Della.

Mason no despegó los labios.

—¡Cinco minutos! —había casi un matiz de pánico en la voz de Della.

—Le llevará un rato recoger toda la basura y regresar —dijo Mason.

—Cinco minutos y treinta segundos…

Nick Modena salió de la casa con paso tranquilo, balanceando por el asa un gran balde de basura.

Mason puso el motor en marcha e hizo avanzar el coche.

—¿Qué desea? —preguntó Modena sin revelar mayor interés.

Mason extrajo cincuenta dólares.

—Deseo… deseo esa hogaza de pan.

—Perfectamente —dijo Modena mientras aceptaba los cincuenta dólares y observaba cómo Mason sacaba la hogaza del balde de los desperdicios.

—¿Ha habido alguna dificultad? —preguntó Mason.

—¿Dificultad? No. El hombre abrió la puerta. Le dije que estaba recogiendo la basura. Me preguntó quién me enviaba. Le contesté que Sarg. Respondió: «Muy bien»… ¡Así se lo lleve el diablo!

Della Street jadeó con desmayo:

—Mire a la ventana, jefe.

—¿Nos están observando? —preguntó Mason.

—Sí.

Una ventana del segundo piso se había abierto repentinamente. Un agente asomó la cabeza.

—¡Eh! —voceó—. ¿Qué están haciendo ahí?

Mason respondió con un alegre saludo de la mano.

—¡Eh, usted! ¿Qué demonio está haciendo? —preguntó el agente.

—¡Recogiendo la basura! —respondió Mason con placidez, arrojando el pan viejo en la parte trasera de su automóvil y abriendo la portezuela izquierda—. Sube, Della.

Della Street, con un relampagueo de piernas y un revuelo de faldas, se deslizó en el asiento. El agente destacado en el departamento de Diana Regis se inclinó exageradamente fuera de la ventana. Su rostro estaba oscurecido por la cólera.

—¡Eh, usted! —bramó—. Vuelva con eso o…

Mason puso el coche en marcha y oprimió el acelerador. Aumentando la velocidad con suave ímpetu, el automóvil se alejó por la calle.

Mason sonrió a Della Street y dijo:

—Así irá muchísimo mejor.

—Querrá usted decir que muchísimo peor.

—¿Por qué?

—Ese agente le ha reconocido. También ha tomado el número de la matrícula. Hará subir a Modena, y Modena le contará de cabo a rabo que usted le pagó para…

—Recoger la basura —interrumpió Mason.

—Pero usted se hizo pasar por un agente o algo así. El agente del departamento debió de pensar en su sargento al oír su nombre.

—No. El nombre fue Sarg.

—Es un nombre supuesto.

—¿Y qué? Una persona puede usar un nombre supuesto cuantas veces le venga en gana, siempre que no pretenda hacerse pasar por otra.

—Pero usted consiguió la prueba.

—Yo recibí una hogaza de pan que habían tirado en la basura.

Della Street suspiró resignada.

—Bueno, no me queda más que dejarlo salir a usted de este enredo como Dios le dé a entender. Usted suele salirse de lo trillado en sus procedimientos, pero éste parece particularmente atrevido.

—Esa circunstancia es lo que lo hace tan atrayente. A plena luz del día y a la vista de todos. Coja ese pan, Della, y vea si el diario está todavía en él.

Della giró en redondo sobre el respaldo de su asiento, recobró la hogaza de pan, tiró el tapón de miga que había insertado y recogió un cuaderno de flexibles tapas de cuero enrollado.

Mason le dirigió una sonrisa a su secretaria.

—La suerte está dando la vuelta, Della.

—Hasta ahora —respondió ésta.

—Ya es bastante. Un hombre no puede pedirle a la fortuna más que un poco de ayuda. Lo restante corre de su cuenta.

—¿No intentará el sargento Holcomb algo como la otra vez, algo violento y enérgico?

—Quizá. Pero no le servirá de mucho.

—¿Por qué?

Repuso Mason:

—Porque no nos dirigimos a ningún sitio cercano a la oficina. Vamos a marchar hasta ponernos a cubierto. Vamos a revisar ese diario página por página. Luego lo pondremos en un sobre y lo enviaremos por correo a su nombre y departamento. Y cuando

Holcomb descubra dónde está el diario, el velo estará descorrido.

Dijo Della Street:

—Será una tremenda bofetada en pleno rostro del sargento Holcomb.

Mason sonrió.

—¡Por favor, no me hagas llorar, Della!

15

En el pasillo de uno de los pequeños hoteles que orlaban el distrito metropolitano, Mason y Della Street permanecían repantigados en dos sillones contiguos. Según habían explicado al encargado del *comptoir*, estaban esperando a un amigo.

Mason tomó de un bolsillo el diario, lo abrió y lo apoyó sobre el brazo derecho de su sillón. Della Street se inclinó sobre las páginas, y juntos leyeron los acontecimientos relatados por una muchacha que ahora estaba muerta.

El diario principiaba unos cinco años atrás, dando comienzo con una romántica unión que había teñido con un rosado brillo de optimismo la visión de la autora. Sucedíanse las confesiones casi cada día, confesiones que eran la expansión de una niña enamorada.

Mason pasó apresuradamente a través de aquellas páginas, aunque Della, cautivada aquí y allá por algún pasaje, sometíase a veces a regañadientes a la vuelta de las páginas.

Luego sobrevinieron días de duda, más tarde la desilusión, épocas en que la historia de una semana o de diez días se reducía a una sola confesión de dos o tres líneas; días de aprensión, de sufrimiento, de inquietud.

Entonces Mildred Danville tropezó con Helen Bartsler. Y el diario relataba fielmente el extraño vínculo que había surgido entre ambas mujeres, un vínculo tan extraño que parecía increíble.

Helen Bartsler era una viuda que lloraba al esposo a quien amó, desprovista de todo vínculo con su suegro, hombre amargado, cínico, y que consideraba a su nuera como una vampiresa en cuyas redes había caído su hijo. Mildred Danville era una mujer desilusionada, con la maternidad a cuestas.

Helen había discurrido sobre los extraños dictados de la sociedad. De haberle pertenecido el niño, la sociedad habría sido

capaz de coronar su cabeza como el vástago de un héroe. Como hijo de Mildred Danville, el infante habría sido marcado con un estigma.

Parecía no bastar más que un paso para que aquellas mujeres trocaran sus identidades. Eran de la misma edad, estatura, peso y aspecto. Faltaba únicamente que Mildred consultara con un médico respetable dando el nombre de señora de Robert Bartsler, y le mostrase, como sin darle importancia, el certificado de matrimonio. Tras lo cual, el médico firmase un certificado de nacimiento. No tendría ningún inconveniente en cumplir con las formalidades que harían aparecer al niño como hijo de Robert Bartsler, fallecido, y Helen Chister Bartsler.

Por entonces, Mildred había pensado que el niño fuera entregado en adopción, pero a causa del punto neurálgico de las identidades, no se apresuraron… y las manecitas concluyeron aferrando el corazón de las dos mujeres desilusionadas. Postergaron la idea de la adopción hasta que comprendieron que nunca podrían dar semejante paso.

Más tarde, sobrevinieron entre ambas ciertos roces, y el compañerismo surgido en la miseria tocó a su término. Cada mujer principió a vivir separadamente su vida, y Mildred Danville llegó a ser Helen Bartsler bajo una luz diferente.

Gradualmente las anotaciones del diario cambiaban hasta que, finalmente, una desilusionada Mildred Danville había escrito las líneas que la revelaban de cuerpo entero, trazando el preciso retrato de Helen Bartsler, una fría, calculadora, egoísta y vengativa mujer cuya inicial generosidad se había trocado ahora, en parte, en una siniestra campaña encaminada a desquitarse del hombre a quien había llegado a odiar: Jason Bartsler.

Mason y Della Street prosiguieron leyendo con creciente interés.

Mildred Danville, al parecer, había adquirido cierta filosofía de la vida. La había adquirido a través de un áspero sendero, porque esa misma vida no le había permitido alternativas; pero dueña de la filosofía de la dificultad vencida, le sirvió de ayuda cuando Helen Bartsler ocultó el niño de Mildred y se negó a decir a ésta dónde estaba aquél o qué relación guardaban con él sus planes.

Mildred había recurrido a un abogado, y éste le advirtió que carecía de recursos legales para oponerse a la voluntad de Helen.

Mason, leyendo este párrafo, le dijo en voz baja a Della Street:

—Es de todo punto evidente que el abogado no la creyó, imaginándose que todo era pura invención.

—Bueno, no puede usted reprochárselo —repuso Della—. Mildred le había entregado deliberadamente los títulos de propiedad a Helen Bartsler, si se puede hablar de este modo tratándose de un niño —añadió con una risita—. Pero ¿no es trágico, jefe? Piense en una madre que ha sufrido tanto, y se encuentra en que le es negada la compañía de su hijo.

Mason asintió con la cabeza.

—Echemos un vistazo a las últimas líneas. Son las que quizá arrojen alguna luz sobre lo ocurrido.

—Oh, jefe, no pasemos por alto las intermedias. Leámoslas con atención.

Mason volvió las páginas rápidamente meneando la cabeza.

—No podemos decir cuándo el sargento Holcomb comenzará su contraataque. Descubramos lo que nos sea posible acerca de los acontecimientos que condujeron al asesinato.

—Jefe, no descubriríamos dónde se encontró con Diana y… Bueno, ¿no ayudaría a precisar las dificultades de la muchacha?

—Buena idea —respondió Mason—. Veamos. Eso fue hace unos dos años, ¿no?

El abogado fue dejando deslizar las páginas, deteniéndose de vez en cuando para leer, y por último dijo:

—Aquí está.

El diario hablaba del encuentro con Diana, y esbozaba un somero retrato de la que por ese tiempo era una muchacha fatigada y ansiosa, empeñada en escapar de algo que no podía ser dejado atrás. Mencionaba el verdadero nombre de Diana y algo referente al asesinato de un marido.

—¡Dios mío! —exclamó Mason— ¡Recuerdo ese caso! La esposa estuvo bajo sospechas durante cierto tiempo. Nunca la arrestaron, pero la policía la sometió a interrogatorio una docena de veces. Ocurrió en San Francisco… y hasta la fecha no se ha solucionado. ¡De modo que eso es lo que ha estado pendiente sobre la cabeza de Diana! Holcomb la habría crucificado literalmente con semejante antecedente.

Mason volvió a sumirse en el diario, y leyó cómo Diana había acudido a Mildred Danville, una antigua amiga, buscando algún

refugio que le procurara olvido y, a su vez, ser olvidada. Partió de Mildred la sugestión de que Diana tomara un nombre enteramente nuevo y frecuentara otros lugares. Por esa época, Mildred Danville era una actriz de radio. Pensó que la voz de Diana era lo bastante aceptable como para permitirle hacer de la radio un medio de vida, y la introdujo en el estudio y la ayudó a conseguir pequeños papeles.

—Bueno —dijo Mason—, aquí hay un desastre en ciernes. Tan pronto como el sargento Holcomb se entere de esto, lo arrojará como carnaza a los periódicos. Diana no tendrá una sola probabilidad de salvarse.

—¿Pueden introducir este otro caso como prueba? —preguntó Della.

—No tienen necesidad de hacerlo. La publicidad periodística crucificará a la muchacha antes de que se haya aproximado siquiera a un jurado.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Della Street.

Mason respondió:

—Procuraré descubrir por qué el ojo amoratado de Diana condujo al asesinato de Mildred.

—¿Cree usted que es así?

—Parece habar alguna relación definida.

Mason tornó a volver las páginas, hasta fruncir el ceño con decepción.

En la vigesimocuarta había un breve párrafo esotérico: «Dicen que la posesión constituye nueve puntos de la ley, y yo seré el décimo».

El diario no contenía anotaciones posteriores.

Della Street miró a Mason. Había un grueso sobre de papel manila en el maletín del abogado. Este lo sacó, puso en el sobre el nombre de Diana Regis y la dirección de su casa, se dirigió al buzón que se alzaba frente al hotel, dejó caer dentro el sobre y dijo:

—Bueno, ya está.

—¿Y ahora? —preguntó Della Street.

Mason sonrió.

—Volveremos directamente a la oficina, precisamente por si el sargento Holcomb desea entregarse a alguna búsqueda en ella. Es mucho mejor tenerlo encima de nosotros ahora, que esperar a que

después, en plena noche, nos veamos obligados a abandonar el lecho, porque el maldito tonto se ha provisto de un mandato.

—¿Hacer frente a la música? —preguntó la secretaria.

Mason rió.

—La música la estamos tocando ahora nosotros; la danza puede correr a cargo del sargento Holcomb.

Entraron en el coche de Mason. El abogado se encaminó lentamente hacia su oficina.

—Convéncete, Della; tiene que haber alguna razón, algún… ¡eh, por amor de Dios!

—¡Cuidado! —gritó Della.

Mason hizo girar con violencia el volante, eludió el choque, se deslizó en dirección al bordillo de la acera y detuvo el motor.

Della Street le miró alarmada.

—¿Le da por cosas raras?

Mason repuso:

—¡Dios mío, Della! ¡Conozco la solución!

—¿La solución de qué?

—La solución de todo el maldito asunto —contestó Mason—, y la habría conocido mucho antes. Ha estado ante nuestros ojos todo el rato.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Della.

Respondió Mason:

—Mira, Della, se trata del relato que hizo Diana acerca de su ojo amoratado. Se lo hizo a Mildred por teléfono, y debió decirle, por supuesto, exactamente lo mismo…

La profunda nota palpitante de una sirena policíaca, no lo bastante intensa todavía como para emitir un grito emocionante, sino limitada a producir un gruñido que forzara la atención, hizo que Mason alzara los ojos.

Dos coches de la policía se acercaban a ellos, uno detrás, otro zigzagueando hacia la puerta delantera.

—¡Aquí están! —exclamó Della en voz baja.

El coche de atrás parecía ser uno de los destinados al servicio de calle, pero el que se había colocado delante era un coche de policía especial, del que se apeó agresivamente el sargento Holcomb. Siguiéndole desde el interior del vehículo, apareció el teniente Tragg.

Mason extrajo del bolsillo su pitillera.

—¿Quiere uno? —le preguntó a Della.

Mason estaba encendiendo el cigarrillo de Della Street cuando el colérico rostro del sargento Holcomb se dibujó en la portezuela.

—¿Qué diablos cree usted que está haciendo? —preguntó belicosamente.

—Enciendo un cigarrillo —respondió Mason.

—Bueno, se viene usted al Departamento Central.

—¿Consiguió un mandamiento?

—No lo preciso.

—¿Por qué no?

—Cometió usted una falta.

—¿Una falta? —inquirió Mason enarcando las ceja.

—Cometió usted un robo con escalo.

—Vamos, vamos, sargento —repuso Mason—. Sea usted más cuidadoso.

—Un robo con escalo —prosiguió el sargento Holcomb—. Y no se figure que no puedo endosárselo. Le hemos echado el guante a ese recogedor de basuras. Cantó de plano cómo le sedujo usted por cincuenta dólares para que subiera al departamento y engañara al hombre que estaba dentro, a fin de que le entregara la basura. Supongo que lo que usted deseaba era la hogaza de pan.

—¿Y eso es robo con escalo? —preguntó Mason.

—Robo con escalo por medio de una estratagema.

—Pero ¿no dice usted que el hombre que se hallaba dentro del departamento le dio al basurero esa hogaza de pan?

—Bueno, entonces es abuso de confianza.

—No —replicó Mason—, al contrario. Existe la regla de la propiedad abandonada que es enteramente diferente de la de confianza. La hogaza de pan fue abandonada y transferida gratuitamente. Pero usted olvida, sargento que yo represento a Diana Regis, y que Diana Regis está considerada como heredera de Mildred Danville, según la carta existente como prueba de su última voluntad. Asimismo aguarda que se la designe albacea. En tales circunstancias, y en vista del hecho de que Diana es la única beneficiaria, de acuerdo con el testamento de Mildred Danville, no sólo estoy autorizado para tomar posesión de cualquier propiedad personal que la pertenezca, sino que es mi deber hacerlo.

—Bueno; no vamos ahora a discutir una serie de legalismos —dijo Holcomb—. El caso es que usted expuso su cuello y…

—Por supuesto —intervino conciliadoramente el teniente Tragg—, si Mason desea mantener la posición que ha adoptado como custodio de una parte de los bienes, nosotros echaremos un vistazo al diario en su calidad de prueba, sargento, y en caso de que aparezca que la prueba ha sido suprimida, entonces nosotros…

—¿Prueba de qué? —preguntó Mason.

—No lo sabemos.

—Pues mejor es que lo descubra, teniente.

Dijo Tragg:

—No complique demasiado las cosas, Mason.

—No pretendo hacerlo. Se está usted refiriendo a un diario, teniente; y no sé cómo puede considerar que eso es una prueba. Ignoro al mismo tiempo cómo puede usted siquiera intuirlo en calidad de evidencia, sin saber qué es. Sin embargo, parece usted saber qué está haciendo. Y, entre paréntesis, ¿me es permitido preguntarle cómo me localizó usted tan rápidamente?

Respondió Tragg, sonriendo:

—Difundimos una alarma general por la radio. Tan pronto como un coche provisto de radio localizó su matrícula, lo radió y luego lo siguió a usted dos caminos utilizando la radio.

—Realmente, una gran cosa —dijo Mason—. Una maravilla del Departamento de Policía.

—Basta de lisonjas —interrumpió el sargento Holcomb—. ¿Dónde está el libro?

Repuso Mason:

—No le mentiría, sargento, porque ello sería ocultarle el libro, y no deseo hacerlo, precisamente por si se convierte en una prueba.

—Muy bien, sabihondo; ¿dónde está?

—El libro —respondió Mason— está con el Tío.

—¿Tío?

—Tío Sam —aclaro Mason—. Está depositado en un buzón con su correspondiente sello, y si cree usted que constituye una prueba, sargento, diríjase a las autoridades postales. Quizá pueda usted descubrir algún modo de descubrir de las autoridades postales de los Estados Unidos que devuelvan el sobre con su dirección y franqueo al Departamento de Policía.

El rostro de Holcomb se ensombreció.

Sobrevinieron varios segundos de silencio.

—Está perdiendo el tiempo si pretende que me trague esa bola —refunfuñó Holcomb al fin—. Se trata simplemente de una pantalla…

Tragg se interpuso:

—Está diciendo la verdad, sargento.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Holcomb.

—Porque es una cosa muy simple de ejecutar, muy hábil y endiabladamente eficaz —respondió amargamente el teniente Tragg.

Mason conoció la derrota en el tono del teniente. Puso en marcha el motor.

—Bien, señores —dijo—, eso es todo cuanto sé acerca del asunto.

—¿Conoce usted el contenido del diario? —inquirió Holcomb.

—Ciertamente —repuso Mason.

—¿Qué dice?

Intervino Tragg:

—No puede usted conseguir nada por ese camino sargento. Vayamos a la oficina del fiscal y veamos si es posible hallar algún medio de sacar el libro de la correspondencia.

Dijo Holcomb colérico:

—Estoy por llevármelo al Departamento Central y…

—Y —interrumpió Mason con una sonrisa— permitir a los periódicos publicar el modo cómo procedió la policía para hacerse con la hogaza de pan. Sería una excelente publicidad. Serviría de verdadera ayuda al caso de Diana Regis. Por otra parte, sargento, no estaré técnicamente comprendido en los fundamentos de su mandato. Si quiere arrestarme, le advierto que ni siquiera alzaré un dedo.

El teniente Tragg puso una mano sobre el hombro del sargento Holcomb.

—Vamos, sargento. Iremos a ver al fiscal.

Mason puso en marcha el coche, alejándose del bordillo y de los coches de la policía.

Della Street suspiró.

—Dios mío, jefe, las manos me están chorreando sudor.

Mason dijo:

—No me hables en estos momentos, querida; me parece mejor concentrar la atención mientras conduzco. Tengo idea, Della, de que si violara algunas de las leyes del tránsito en nuestro recorrido hasta la oficina, podría verme acusado de negligencia por embriaguez. Ese coche de la policía provisto de radio nos está siguiendo.

16

Della Street siguió a Perry Mason a lo largo del corredor, observó cómo el abogado abría la puerta de su oficina privada, y a continuación, mientras Mason hacíase a un lado permitiéndole el paso, la joven le tomó del brazo y dijo impulsivamente:

—Deme un beso.

Mason sonrió, arrojó su sombrero en dirección al gancho de la percha, cerró la puerta de un puntapié y respondió:

—Tenemos que trabajar.

—Ya lo sé, pero acérquese y deme un beso.

Dijo Mason:

—Primero una llamada telefónica, Della. Llama a la oficina de Paul Drake.

La secretaría le dirigió una graciosa mueca y dijo:

—Muy bien, aléjeme de su lado. Si muero de impaciencia aquí mismo, en medio de la oficina, de seguro que el teniente Tragg se lo achacará a usted como un asesinato.

—Maldito si no lo haría —admitió Mason— y si no, encargaría al sargento Holcomb que me golpease con una porra de goma hasta que lo confesase. Corra a hacer esa llamada a Paul Drake, y después hablaremos.

Un momento más tarde, Della Street tenía a Paul Drake al teléfono.

Mason preguntó:

—Paul, ¿cuánta influencia tienes en los periódicos?

—Influencia, realmente, no, pero tenemos vinculaciones aquí y allí. Una agencia de detectives que se ocupa de diversos asuntos, por fuerza ha de mantener amistades esparcidas por varios lugares.

Prosiguió Mason.

—Ignoro qué diario fue y también ignoro con exactitud cuánto tiempo hace, pero calculo que alrededor de una semana. Deseo que

descubras la dirección de la persona que insertó un anuncio en un periódico e indicó que la respuesta fuera dirigida a la casilla 3962 Y Z.

—¿Para cuándo deseas la respuesta?

—La deseo tan de prisa que te vas a sorprender.

—¡Quiá!

—Cinco minutos.

Dijo Drake:

—Pongamos una hora.

—Cinco minutos.

—Pongamos cuarenta y cinco minutos.

—Cinco minutos —insistió Mason, y colgó.

Della Street le miró frunciendo las cejas.

—¿Qué número es ése? —preguntó.

—¿No lo recuerdas?

—Me resulta familiar. Pero… ¡Ah sí! Es el número garrapateado en lápiz en el dorso de una de las hojas de papel en que estaba escrita la carta de Mildred Danville.

—Exactamente —respondió Mason—: sólo que no era en el dorso de la hoja de papel.

—¿Qué quiere usted decir?

—La nota —explicó Mason— no fue escrita en el dorso de la hoja.

—No comprendo.

—Esas hojas fueron arrancadas de un bloc, un bloc que tendría unas cuatro pulgadas de ancho por seis de largo. El papel despedía una fragancia un tanto impropia… una fragancia de polvos faciales.

—¿Quiere decir que Mildred había llevado esas hojas en el bolso?

—Supongámoslo así. Por alguna razón, Mildred deseó escribir algunas notas, de modo que se dirigió a una tienda barata, se llevó un bloc de papel ordinario, y lo guardó en su bolso. Cierto tiempo después, escribió el número 3962 Y Z en el bloc: después, más adelante, cuando se le ocurrió escribir una nota a Diana, se limitó a arrancar esa hoja, y empezó a escribir su nota en el dorso de aquélla.

—Pero ¿cómo sabe usted que éste es el número de una casilla correspondiente a un anuncio?

—No lo sé —admitió Mason—, pero apostaría diez contra uno a que lo es. Un número de cuatro cifras seguido de dos letras del alfabeto, no es el número de un teléfono, ni de una casa. Señala claramente que es el número de una casilla destinado a ponerse al final de un anuncio.

—¿Y qué tiene que ver con el ojo amoratado de Diana? —preguntó Della Street.

—No fue el ojo amoratado —respondió Mason.

—¿Qué fue? ¿El encuentro del joven Carl Fretch en su habitación?

—Tampoco.

—No entiendo.

—Una mujer respetable afectada de cojera.

—Marcha usted demasiado de prisa para mí —dijo Della Street frunciendo el ceño.

—Una mujer respetable, de pesado porte, afectada de cojera —repitió Mason—. Ese es el modo como Diana nos describió a la mujer cuando nos hizo el relato, y es indudablemente el modo cómo describió a la mujer cuando habló con Mildred…

—Ah, ¿se refiere usted a la mujer que vino y quiso vender la mina a Jason Bartsler?

—¿Y lo hizo? —interrogó Mason.

—¿Hizo qué?

—Querer venderle una mina.

—Quiere usted decir que ella… ¡Dios mío, jefe! —exclamó Della Street—. Se refiere usted a que en el diario figuraba un aviso que decía más o menos así: «Mujer con las mejores referencias, acostumbrada a tratar niños y que posee casa con un amplio patio posterior, ofrécese para cuidar criaturas durante el día, o…».

—Exactamente —interrumpió Mason.

—Entonces —dijo Della Street con voz que revelaba su excitación—, Mildred Danville fue a casa de Ella Brockton, consiguió apoderarse del niño y se lo quitó a esa mujer.

—Continúa —alentó Mason—, estás hilando fino.

—Pero entonces, ¿cómo entró Bartsler en contacto con la mujer?

—No fue él quien lo hizo. Fue ella quien entró en contacto con Bartsler.

—¿Cómo?

Respondió Mason:

—Supón que tú fueras una mujer de buena apariencia, inclinada a la respetabilidad, y una rubia un tanto aturullada se te presentara con un niñito. Su nombre era Danville, y el nombre del niño Robert Bartsler; parecía muy inquieta; deseaba un sitio para dejar al niño, probablemente unos días, mientras buscaba por las cercanías un departamento apropiado a una criada.

—De seguro —dijo Della Street—. Tan pronto como la rubia se fue, la mujer empezaría a buscar en la guía telefónica el nombre de Bartsler.

—Exactamente —asintió Mason.

—Y la mujer —prosiguió Della Street— encontró un solo Bartsler en la guía telefónica, llamó a ese número, y Jason Bartsler respondería al teléfono. La mujer le diría que una rubia que procedía un tanto misteriosamente habíale dejado a su cuidado un niño como de tres años de edad llamado Robert Bartsler, y…

—Sigue, Della.

—Dios mío, jefe, no puedo hacerlo. Las posibilidades de lo que sobrevendría a continuación causan vértigo.

Dijo Mason:

—Claro está que vamos extrayendo una porción de conclusiones de un conjunto un tanto precario de hechos, Della; pero hay una explicación que lo satisface todo, y hasta ahora es la única explicación que posee esa cualidad. Una majestuosa y corpulenta mujer coja. Mildred Danville había entregado el niño al cuidado de la mujer y no tardó aquél en desaparecer; un par de días más tarde Mildred conversa telefónicamente con Diana, y Diana le refiere que le han dejado un ojo amoratado, episodio que causa verdadera gracia a Mildred, y luego pasa a contarle que en el preciso momento en que llegaba a casa sin dinero para abonar el taxi, una mujerona de imponente porte subía las escaleras, preguntándole al hombre que acudió a la puerta por el señor Bartsler.

Della frunció el ceño.

—¿Acerca de una mina, jefe?

Mason sacudió la cabeza y sonrió.

—Eso fue lo que ella dijo al asistente de Bartsler…

—Y fue después de que la tal mujer hablara con Bartsler por teléfono. Naturalmente, Bartsler no podía salir repentinamente a

atender a la puerta, puesto que no era costumbre suya hacerlo, y difícilmente hubiera admitido que una mujer llamara a la puerta y manifestara a quienquiera que respondiese al timbre: «Vengo a hablar respecto a su nietecito».

Della Street dijo:

—Dios mío, jefe. Estoy tan excitada que siento hasta comezón. Como si hubiera estado sentada sobre un pie, y luego se hubiera éste despertado y los pinchazos se hubieran extendido por todo mi cuerpo. Sospecho que Jason Bartsler ha estado haciendo un juego siniestro. ¡Vaya! ¡Vaya! Si…

El teléfono de Mason que no figuraba en la guía telefónica, dejo oír su perentoria llamada.

Mason alzó el auricular y Paul Drake dijo:

—Ahora escucha, Perry. No deseo que lo consideres como un precedente. Ordinariamente, la averiguación habría consumido una hora; pero dio la casualidad de que estuve de suerte y tropecé con…

—Ahorra palabras —interrumpió Mason—. ¿Quién es el *quídam*?

—La señora J. C. Kennard, 3691 de Lobland Avenue. Y he descubierto algo más, Perry. En la manzana donde Mildred dejó estacionado el coche de Diana hay una tienda de cosas para niñitos. Una rubia estuvo allí el día antes con un chico y compró algunas ropas de niño. Tuvieron que ser cambiadas al día siguiente, pero se produjo algún retraso y la mujer se vio obligada a esperar. No llevaba el niño consigo cuando fue por las prendas. No mostré el retrato de Mildred porque temí que reconocieran a la joven asesinada y se pusieran en contacto con la policía… pero el elemento tiempo se relaciona a las mil maravillas. De seguro que fue Mildred Danville.

—Excelente trabajo —ponderó Mason—. ¿Y qué puso en el papel la anunciante señora Kennard? ¿Qué había en él?

—Dios mío, Perry, no lo sé. Estuve trabajando muy de prisa en el asunto. Di con una guía que pudo darme lo que deseaba, de la oficina del cajero, pero no quise molestar con ulteriores investigaciones. Dame otros veinte o treinta minutos, y…

—No vale la pena —respondió Mason—. Creo que conozco lo que había, de cualquier manera. Ponte el sombrero y la chaqueta, Paul.

—Salía precisamente a cenar —dijo Drake—. He estado

trabajando duro durante todo el día sin probar apenas un bocadillo…

—Pues si te llenas el bolsillo de pastillas de chocolate —repuso Mason—, no tendrás necesidad de comer, al menos por un tiempo. ¿Tienes en tu oficina alguna empleada en la que puedas confiar?

—Tengo precisamente aquí una chica haciendo un informe o algo parecido —respondió Drake—. Es la única que…

—¿Rubia o morena?

—Rubia. Ya la conoces: Anita Dorset.

—Perfectamente —dijo Mason—; llévala contigo. Podemos necesitarla. Nos encontraremos en el ascensor, Paul. ¡Volando!

—Por Dios, Perry, que soy de carne y hueso. Me estoy muriendo de hambre. Estoy…

—Dentro de diez segundos exactamente —ordenó Mason, y colgó.

—¿Anotaste esa dirección? —preguntó Mason a Della Street.

—Sí, Lobland Avenue, 3691.

—Muy bien, vamos.

Mason tomó su abrigo del guardarropa, entregó a Della el suyo y cruzó la oficina a zancadas para abrir la puerta de un tirón. La mantuvo abierta para que pasara Della, y después dejó que se cerrara detrás de ellos con un clic, mientras ambos recorrían presurosos el corredor.

Oprimía Mason el botón de llamada del ascensor en el preciso instante en que Paul Drake y una rubita alta que lo mismo podía representar veinticinco que treinta y dos años, salían al pasillo.

—¿Recuerda usted a Anita Dorset? —preguntó Drake.

Mason alzó su sombrero. Della Street hizo una inclinación y sonrió.

El ascensor esparció una luz roja y las pesadas puertas deslizáronse suavemente.

Al penetrar en el ascensor, dijo Drake con acento tentador:

—¿Siquiera un *sandwich*, Perry…?

—¿Llevas pastillas de chocolate? —interrumpió Mason.

Drake asintió lúgubremente con la cabeza.

—Cómete una, entonces.

—Las odio, Perry.

—¿Por qué?

—Me quitan el apetito para la cena.

—Pues si te quitan el apetito no vale la pena hablar de ello —respondió Mason—. Vamos, en marcha.

Los ojos de Anita sonrieron con tolerancia cuando vieron la expresión que se dibujaba en el rostro de Drake.

—El chocolate me repite, Perry —protestó Paul.

—Mejor que mejor. Así podrás alimentarte dos veces con una sola toma de chocolate. Conserva tu apetito, si lo prefieres, Paul. Quizá puedas comer dentro de un par de horas.

Drake suspiró, sacó de su bolsillo cuatro tabletas de chocolate y ofreció una a cada uno. Della Street y Anita Dorset declinaron. Mason la tomó, quitó el envoltorio, la partió en dos mitades y se las echó a la boca mientras cruzaban la calle en dirección al estacionamiento donde Mason había dejado su coche.

—¿Vamos en tu auto? —interrogó Drake plañideramente—. Cuando vas de prisa me pones los pelos de punta.

Mason, mascando a dos carrillos, sacudió la cabeza. Dirigíase a grandes pasos hacia el estacionamiento. Drake arrancó tristemente el envoltorio de una pastilla de chocolate, principió a separar un trozo y, por último, la devolvió lentamente a su bolsillo.

—Puedo pasarme sin esto medía hora —dijo—. Quizá ocurra algo en ese tiempo que abrevie la espera.

Dijo Mason:

—Te diré lo que tienes que hacer, Paul. Sube a tu coche y sígueme de cerca. Puedes llevar contigo a la señorita Dorset, y…

—¡Ah, no, no! —interrumpió Drake—. No intentaré seguirte a través del tránsito. Si te llegan a detener, será tu funeral. No pienso tener más…

—Muy bien. Reúnete conmigo en el número 3691 de Lobland Avenue. Quizá lleguemos antes que tú. Sube a tu coche y sígueme. Puede que tenga un asunto para ti cuando llegues.

El rostro de Drake se iluminó.

—Perfectamente, eso está mejor. Estaremos allí cinco o diez minutos después de llegar tú, y…

—Y si te detienes en el camino para devorar un *sandwich* —dijo Mason—, nunca en tu vida te daré otro trabajo.

Decayó la animación de Drake.

—Maldita mente lectora —exclamó amargamente a Anita Dorset

—. Un hombre no puede siquiera alimentar un proyecto sin que una enorme rebanada de queso asome fuera de su cabeza.

Mason abrió la portezuela del lado izquierdo de su coche. Della ya había abierto la puerta del lado derecho, y ambos saltaron al asiento. Mason puso el motor en marcha casi antes de cerrar con violencia la portezuela, y retrocedía y viraba ya mientras Drake trepaba resignadamente a su coche.

La casa de Lobland Avenue resultó ser un modesto chalet, cuidadosamente limpio, con un espacioso patio posterior, un porche cubierto de enredaderas y un aire de sosegada respetabilidad.

Mason dijo:

—No te quedes esperando a Paul, Della. Estará afanado en marchar a una prudente medida legal de velocidad. Echemos un vistazo, ¿eh?

—¿Quiere usted decir entrar?

—Claro, tocaremos la campanilla.

—¿Y si ella pregunta quién llama…?

—Probablemente no estará. No hay luces en las ventanas. Averigüemos si hay alguien en la casa.

Mason y Della Street recorrieron el ancho camino de cemento que conducía al porche. Estaba éste cercado de tal modo que los niños pudieran jugar en él sin riesgo de caerse por las escaleras.

—Sospecho que tenía usted razón —dijo Della—. Esto parece indicarlo.

Respondió Mason haciendo sonar la campanilla:

—Se trata de una gran teoría erigida sobre hechos pequeñísimos; pero, de cualquier modo, creo que es verdadera.

La campanilla sonó a distancia y se apagó en el interior de la casa. Mason llamó de nuevo, y después, acompañado de Della, caminó en dirección al patio posterior.

La luz de un farol callejero les demostró que el patio había sido dispuesto con columpios, un montón de arena, una casilla de juego y una imitación de un barco de vela de unos cinco metros de largo, equipado con una pequeña cabina y un grueso mástil.

—¡Estaba usted en lo cierto! —exclamó Della.

Mason, contemplando con el ceño fruncido el patío, respondió:

—¿No te sugiere algo insólito esta instalación, Della?

—Únicamente que me agradaría ser niña y balancearme a mi

gusto en los columpios.

—Un buen trabajo de carpintería, ¿eh?

—En efecto…

—Que representaría una buena inversión, si una persona contratara a un carpintero para hacerlo.

—Sí, debe de haberlo hecho un carpintero.

—Bueno, pero quizá un carpintero que no pertenecía al gremio. Quizá algún hombre hábil que estaba de huésped o quizá un amigo íntimo.

Della asintió con la cabeza.

—Esa idea del barco de vela —dijo— es definitivamente algo nuevo. Nunca he visto nada parecido. Apostaría a que los chicos se divierten de lo lindo con el barco y representando el papel de piratas. Se ven unos focos en la calle. Debe de ser Paul Drake que llega.

Mason y Della Street caminaron en derredor hacia la fachada de la casa, y vieron a Paul Drake y Anita Dorset saltar del coche.

Mason, hablando en voz baja, dijo:

—Paul, el patio posterior está lleno de chirimbolos, una bonita imitación de un barco de vela, columpios y cosas así. Hay una casa con ventanas iluminadas que se abren sobre él. Tú y la señorita Dorset seguid y ved qué podéis descubrir. Si la señora Kennard dirigía una guardería y repentinamente ha abandonado el negocio, tratad de averiguarlo. Decidle al vecino que Anita Dorset desea ocuparse en una actividad similar, y está muy interesada en el carpintero que hizo los trabajos para la señora Kennard. A ver qué se puede descubrir.

—¿Por qué, Perry?

Dijo Mason:

—Creo que el vecino sabrá dónde está la señora Kennard.

Repuso Drake:

—Vale la pena intentarlo. Supongo que no comeremos hasta que lo descubramos… Vamos, Anita, en marcha.

Mason y Della observaron mientras Drake y su compañera se encaminaban hacia la casa del vecino. Vieron como la puerta abierta vertía un luminoso rectángulo de brillante oro, mientras un hombre aparecía en ella. No podían oír la conversación, pero sí ver al hombre volverse y llamar a su esposa; tras lo cual la pareja

permaneció en el umbral y sostuvo una larga conversación en voz baja. A continuación, Anita Dorset extrajo una libreta de notas de su bolso y consiguió algunos datos.

Drake y su compañera retrocedieron.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Dirigió un jardín infantil hasta el 26 del mes pasado, y después desapareció… como una luz que se extingue.

—¿Sin explicación? —preguntó Mason.

—Telefoneó a la mujer del vecino, rogando que hiciera el favor de decir a todas las mujeres que trajeran niños, que el jardín estaba cerrado porque la mujer que lo atendía se había expuesto a la viruela y estaba cumpliendo la cuarentena; que no deseaba publicidad en torno a esta circunstancia porque haría difícil a los niños obtener sitio en otros jardines infantiles. La cosa olía a mentira, y la mujer del vecino tiene sospechas. Hizo lo que le pidieron, pero se está muriendo de ganas de chismorrear. Creo que podemos volver allá y tomar un poco de aire después de… Bueno, más tarde.

—¿Después de qué? —preguntó Mason.

—¡Oh, nada! Simplemente más tarde, en algún momento.

Mason se echó a reír.

—Ibas a decir «después de cenar», Paul; has estado a punto de traicionarte. Muy bien, ¿qué has descubierto respecto al carpintero?

—Se trata de un hombre llamado Thurston. Se alojó allí un tiempo, y luego se fue a trabajar a un taller; pero volvía con frecuencia, de modo que debe de vivir cerca de aquí.

—¿Conseguiste su dirección?

—Todavía no, pero puedo hacerlo. Eso no ofrecerá dificultades… a menos de que el hombre trate de ocultarse.

Dijo Mason:

—Perfectamente, Paul; ponte en seguida a la tarea y hazla con rapidez. Deseo que localices a ese individuo. Consigue de él la actual dirección de la señora Kennard, que vivía aquí. No va a ser fácil. Tendrás que descubrir cuál es la situación y luego preparar una buena combinación que te permita obtener el dato. En cuanto lo consigas, ponte en contacto conmigo, y entretén a Thurston para que no pueda reflexionar sobre tu curiosidad, mientras deja a un lado a la señora Kennard. Esto va a ser un juego. Y quizá violento.

—¿Dónde estarás tú? —preguntó Drake.

—En la casa de Jason Bartsler; y si no, en la oficina. Llama primero a la oficina. Si no estoy allí, llama a casa de Bartsler y di que es cosa de mucha importancia lo que tienes que hablar conmigo. Dile que eres un cliente, que estabas revisando algunos papeles y que tienes que darme en seguida cierta información relacionada con ellos.

—Muy bien —dijo Drake—. Ahora viene la paga y el despido del empleado. ¿Cuándo esperas que hagamos todo eso?

Mason echó una mirada a Della Street y guiñó el ojo.

—Calcula tú él tiempo, Paul.

—¿Qué? —exclamó Drake con incredulidad.

—Claro —agregó Mason—, precisamente tienes que hacerlo antes de cenar.

17

Carl Fretch apareció en el umbral cuando Mason llamó a la residencia de Jason Bartsler.

—Buenas noches —dijo Mason.

Carl Fretch adoptó una manera suave, pulida, artificiosa.

—Buenas noches —respondió con una voz bien modulada—. ¿Le espera a usted el señor Bartsler?

—Debería esperarme —respondió Mason.

Carl Fretch mantuvo un aire de lejanía, una apariencia de total despego hacia los vulgares asuntos de la vida, en la que él mismo representaba su parte. Y puso sumo cuidado en demostrar cuán poco impresionado estaba con la importancia de sus visitantes.

—¿Quieren hacer el favor de pasar? —preguntó con afable cortesía, pero sin asomos de entusiasmo—. Tomen asiento un momento nada más, si gustan —añadió impersonalmente, y a continuación desapareció a través de la puerta, hacia otra parte de la casa.

Della Street alzó las manos y dobló los dedos. Contrajo los labios de modo que Mason pudo ver su dentadura.

—Si pudiera únicamente echarle las manos a ese mozo —dijo.

Mason sonrió.

—Es uno de los mayores cernícalos que he visto —declaró Della —. Me agradaría verlo en alguna situación donde esa postura fuera recompensada con alfilerazos. Ese hombre…

Se abrió la puerta.

—El señor Bartsler tendrá mucho gusto en recibirles —dijo Carl con el tono de quien concede un gran favor—. Le expliqué —añadió dándose pisto— que parecía tratarse de algo muy importante.

—Qué bueno es usted con nosotros —espetó Della Street sarcásticamente.

Carl Fretch enarcó las cejas con lenta afectación.

—En absoluto —respondió arrastrando las sílabas en lo que podía ser un intento de pasar por hombre de mundo, o quizá estudiada insolencia.

Mason y Della Street traspusieron la puerta, cruzaron una estancia y penetraron en la biblioteca que Jason Bartsler había arreglado como despacho.

—Buenas noches —dijo Mason.

—Hola, Mason. ¿Cómo está usted, señorita Street? Tomen asiento. ¿A qué obedece esta visita?

Mason dijo:

—Estoy llevando la defensa de Diana Regis.

—¿Y qué tengo yo que ver con ello?

—Creo que usted puede ayudarme.

—¿En qué?

—En presentar un pliego de descargo de la acusación que pesa sobre ella.

—Temo que no, Mason. Las pruebas parecen un tanto decisivas. Hay algunas cosas que usted ignora todavía, cosas que he sabido confidencialmente de boca de los agentes judiciales en relación con sus asuntos. No estoy en libertad de divulgarlas, pero quiero decir que está usted remando río arriba contra una corriente bastante rápida. No creo que pueda hacerlo, Mason.

Mason ofreció a Della Street un cigarrillo. Bartsler declinó y tomó un cigarro de la caja puesta sobre la mesa. Mason, a su vez, declinó un cigarro, y encendió su cigarrillo y el de Della Street.

Mason aspiró profundamente el humo, extendió frente a él sus largas piernas, cruzó los tobillos y sonrió a Bartsler, diciendo:

—Una señora respetable, gruesa, coja. ¿Qué sabe usted de ella?

Fue evidente que la pregunta no estaba prevista por Bartsler. Mostró una sorpresa lindante con el azoramiento, mientras estudiaba a Mason.

—Nada.

—Piense de nuevo.

—No preciso hacerlo. Nada sé acerca de esa mujer, ni sé por qué me lo pregunta.

Repuso Mason:

—Quizá pueda yo refrescar su memoria, Bartsler.

—Creo que será lo mejor.

—Retrocedamos a la noche en que Diana Regis vivió la aventura con su hijastro de usted. Cuando regresó en el taxi, había una mujer esperando para verle, una mujer que dio su nombre, pero Diana no lo recordó…

—¡Ah, espere un minuto! —dijo Bartsler—. Ahora doy con ella. Sí, una que deseaba verme acerca de un extravagante negocio de minería.

Mason frunció el ceño. La voz de Bartsler tenía verdaderamente el timbre de un súbito recuerdo. No cabía duda de que era un consumado actor.

—Bien —prosiguió Bartsler—, ¿qué desea usted? ¿Qué relación tiene esa mujer…?

—Puede tenerla, y mucho, Bartsler. Supongamos que me diga usted exactamente acerca de qué deseaba ella verle a usted.

—Acerca de una mina.

—¿No podemos arreglar la verdad algo mejor?

No podía prestarse a errores el sonrojo que tiñó el rostro de Bartsler, ni la cólera de sus ojos.

—No me agrada su tono, ni esta familiaridad, Mason. Tal como lo oye, le estoy diciendo a usted exactamente de qué deseaba hablarme esa mujer.

—Una hora un tanto insólita para que una mujer lo visitara a usted con el propósito de venderle una mina, ¿no le parece?

—Eso es lo que pensé —respondió Bartsler—. No pude comprender por qué Frank Glenmore la dejó entrar a verme. Claro que traía una historia muy plausible, según la cual trabajaba todo el día y sólo por la noche podía hacer visitas; que no había intentado vender su mina hasta hacía muy poco, que le aseguraron que yo compraba a veces minas de esa clase, con todo el material. Pero dígame, Mason, ¿por qué se le ocurre que esa mujer reviste alguna importancia particular? La única que le atribuyo es que vio a Diana Regis descender del taxi y le prestó el dinero para pagar al conductor. No puede haber ninguna complicación en el incidente, y no alcanzo a entender qué pueda tener que ver con el caso. El dinero que prestó le fue devuelto.

Preguntó Mason como quien da poca importancia a la cosa:

—¿Recuerda su nombre?

—Sí, Kennard, y poseía lo que se conoce como señal o

indicación de una veta, más que una mina. En otros términos, existía una muestra o más bien una buena ganga, pero no se había delineado nada ni tomado medidas, y no era en absoluto la clase de mina en que me interesa negociar.

Mason estudió a Bartsler y fumó pensativo. Su rostro parecía esculpido en granito.

—Su visitante, la señora J. C. Kennard, reside en el número 3691 de Lobland Avenue —dijo—. Cuando le visitó a usted, tenía un interesante negocio, un poco insólito. Quizá le llamaríamos una profesión.

—¿Qué era? —preguntó Bartsler— ¿Y cómo es que usted sabe tanto de ella?

Repuso Mason:

—Dirigía un jardín de infancia, una guardería para niños de varias edades. ¿Significa eso algo para usted?

—¿Si significa algo? —bramó Bartsler— ¿Quiere usted decir que esa mujer pudo haber estado en situación de saber algo de mi nieto? Esa mujer…

—Existen muchas razones para creer que tenía a su nieto bajo custodia —prosiguió Mason—. Y, a continuación de la visita que le hizo, tomó el portante. Ahora bien, supongamos que nos abstenemos de andar por las ramas…

La mano de Bartsler se movió como un resorte en dirección a la mesa y su pulgar oprimió frenéticamente un botón. En la habitación contigua pudo oírse el sonido de un timbre.

—Es usted endiabladamente hábil; ya lo descubriremos —declaró colérico.

Un momento más tarde, Frank Glenmore introdujo su cabeza en el cuarto, vio a los visitantes y los saludó sonriendo.

—Buenas noches, señorita Street; buenas noches, señor Mason. ¿Qué ocurre, Jason?

Bartsler dijo:

—Entra, Frank, y siéntate.

Algo en el tono de su voz indujo a Glenmore a dirigirle una extraña mirada.

—¿Recuerdas a la señora Kennard, que nos visitó hace dos o tres noches? —preguntó Jason sin preámbulos.

—Sí. Una mujer más bien corpulenta. Veamos, creo que padecía

de una leve cojera. Su propiedad estaba en ese distrito que ha sido tan intensamente explorado de un tiempo a esta parte…

—¿Acerca de qué dijo que deseaba hablar conmigo? —preguntó Bartsler.

Las cejas de Glenmore se alzaron.

—Pues, acerca de venderte una mina, por supuesto.

—¿Y estuviste presente cuando esa mujer habló conmigo?

—Sí.

—¿Todo el tiempo?

—Sí.

—¿Y respecto de qué habló la mujer?

—Vaya, de su mina, por supuesto. Trajo muestras que te enseñó, y había una sarta de títulos y cosas por el estilo. Y…

—¿Y estuviste presente durante toda la entrevista?

—Sí.

—¿Y quién la acompañó a la puerta cuando se fue?

—Ambos lo hicimos.

Bartsler dijo a Mason:

—A causa de la escasez de servicio doméstico, nos vemos obligados a hacer muchas cosas por nosotros mismos. Confío en que comprenderá usted que le estoy revelando toda la verdad…

Mason asintió con la cabeza.

—¿Puedo saber qué significa todo esto? —preguntó Glenmore, indicando la mayor curiosidad.

Bartsler dijo:

—Mason cree que la señora Kennard sabe algo de mi nieto.

—Acerca de tu… ¿Qué? —preguntó Glenmore.

—«Nieto» —repitió Bartsler, mirando a su socio con ojos entrecerrados—. Hay alguna razón para creer que varios meses antes de que muriese mi hijo, su esposa había dado a luz un niño. Salió a relucir hoy en el tribunal.

—¿Cómo?… ¿Cómo? ¡Dios mío, Jason, tú nunca me dijiste… pero, eso debió de ser hace casi tres años! ¡Un nieto!

—Y me lo ocultaron.

—¡Ocultado! ¿No pudiste haber conseguido una orden del tribunal?

—En realidad, la viuda de Robert negó haber tenido alguna vez un hijo. Únicamente lo admitió hoy, en el banquillo de los testigos.

Glenmore no tuvo nada que replicar. Su cara revelaba claramente que la revelación de Bartsler le había producido una gran impresión.

—Ahora bien, Frank, retrocedamos a…

—¿A la hora en que se presentó aquí? —interrumpió Glenmore —. Me basta para recordarlo con toda claridad pensar que Diana había llegado al mismo tiempo que ella. Diana explicó que ella no había sido.

Jason Bartsler se irguió repentinamente en su sillón.

—¿Cómo sabemos que…?

—Porque las dos dijeron… —la voz de Glenmore se perdió en uno de esos silencios que revelan la aparición de una duda repentina.

—¡Adelante! —saltó Bartsler—. Aclaremos esto. ¿Cómo sabemos que no llegaron juntas y prepararon una historia…? ¿Hay algo que pruebe que no se presentaron juntas, Frank?

Glenmore respondió con la lentitud propia de quien está pensando.

—Sospecho que de eso no hay ninguna prueba. Si deseas que remachemos en seguida los clavos…

—Así lo deseo, en efecto —anunció Bartsler.

—Bueno, recuerdo que oí el timbre de la puerta. Pensé que Carl abriría. Era un poco tarde, y supuse que podía ser para alguien… de ese extremo de la casa.

—Comprendo. Continúa…

—Bien, al cabo de un minuto, o minuto y medio, de espera, fui a la puerta.

—¿Había sonado por segunda vez el timbre?

—Creo que sí, pero no estoy seguro, Recuerdo que esperé hasta que temí que la persona pudiera irse. Sabía que Carl estaba arriba y pensé si se resolvería a bajar.

—¿No hizo ningún movimiento en ese sentido?

—No. Estaba… bueno, lo cierto es que cuando Diana estaba…

—Comprendo —interrumpió Bartsler—. ¿Qué ocurrió cuando abriste la puerta?

—Bueno, veamos… La mujer estaba de pie frente a la puerta, como si hubiera sido la que tocó el timbre, y luego estaba Diana, y a espaldas de Diana el conductor del taxi.

—¿Únicamente el conductor del taxi?

—Así es.

—Eso confirma el hecho, entonces.

—No, Jason, yo no estaría demasiado seguro. No estoy siquiera seguro de haber oído alejarse algún otro coche… y, por supuesto, esa mujer pudo haber llegado en tranvía.

—¿Te dijo ella que le había pagado el viaje a Diana?

—Estoy intentando recordarlo. Creo que fue Diana quien dijo: «He dejado mi bolso en alguna parte y tuve que pagar el importe del viaje por intermedio de esta señora». Le dije a Diana que cuidaría de eso, y Diana se deslizó dejándome atrás y subió las escaleras a toda prisa. Piensa lo que te parezca, Jason, pero no creo que llegaran juntas.

—¿Qué te hace creerlo?

—Precisamente el modo como aconteció todo. Fue de la manera más natural y…, no me parece que hayan sido tan buenas actrices como para representar la escena de un modo tan perfecto… Sin contar con la presencia del conductor. Todavía estaba allí embolsándose el dinero. Oyó lo que dijo Diana y no mostró la menor sorpresa. La habría sin duda revelado de haber llegado ambas en el mismo coche.

—No si Diana hubiera hablado previamente de que le correspondía pagar, y luego hubiese fingido que no hallaba su bolso.

—Sí, por supuesto. Pudo haber sido, pero no se por qué me parece que no. Y te diré algo más, Jason. Si esa mujer traía alguna otra intención que no fuera venderte una mina, era una actriz en toda la extensión de la palabra. No hizo un movimiento ni dijo una palabra que no encajara en el cuadro, el cuadro de una mujer de mediana edad que ha heredado una mina y desea desprenderse de ella como resultado de alguna inversión financiera o alguna descabellada especulación. Vaya, tenía todas las reacciones regulares, la idea de que su mina era tan buena que deseaba retener un interés sobre su explotación… Tú sabes cómo son estas cosas.

—En eso compartiré tu opinión —repuso Bartsler—. He estado pensando un poco en el asunto desde que empezaste a hablar. La conducta de esa mujer fue tan típica que por fuerza hemos de aceptar su autenticidad. Posiblemente no habría mostrado todos

estos gestos típicos a menos que en la actualidad poseyera una mina para vender… Oiga, Mason, ¿no será posible que esté usted equivocado al afirmar la existencia de una tramoya?

—Podría ser —advirtió Mason—, pero las pruebas que poseo me inducen a creer que la dama en cuestión tenía a su nieto bajo custodia.

El rostro de Bartsler se iluminó súbitamente.

—Veamos, Mason, ¿no podrían haber ocurrido las cosas al revés? Pudo esa mujer haber venido a venderme su mina, y luego, mientras estaba aquí, o después de retirarse… No; eso no conduce a ninguna parte. Es imposible… ¿O quizá no? Pudo haber tomado más tarde el niño bajo su custodia, o por lo menos tener el niño sin saber quién era, y haber más tarde relacionado el nombre. Lo que estoy procurando decir es que quizá estemos andando por el mismo camino, pero de diferentes maneras. ¿Me entiendes, Frank?

—Sí. Estaba pensando lo mismo, pero no deseaba intervenir…

Dijo Bartsler con impaciencia:

—Y eso que acostumbras a decirme todo lo que se te ocurre. Esos otros son incapaces de sugerirme nada… en un momento como este.

—No deseo entrometerme; eso es todo.

—Este asunto significa tanto para mí, que junto a él cualquier otro es insignificante. Habla de una vez.

Glenmore dijo:

—Me inclino a creer que si esta mujer sabía algo acerca del niño, adquirió ese conocimiento después de visitarnos… o durante esa visita.

—¿A quién vio la señora Kennard antes de hablar con Bartsler? —preguntó Mason.

—A nadie. Llamó por teléfono, me dio su nombre, y dijo que deseaba vender una mina; que poseía muestras del mineral de alto valor; que había efectuado algunos trabajos de exploración y que le sería necesario hablar con nosotros por la noche. Añadió que creía en la posibilidad de un convenio.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Sugerí que podría presentarse una noche de aquella semana. Y le previne sin preámbulos que no había inconveniente en que lo hiciera aquella misma noche…, o a la misma hora cualquier noche.

Cuando ella dijo noche, pensé que se refería a las primeras horas de la noche.

—¿Y nadie más la vio?

—Espere un momento… Veamos. Yo la recibí y hablé con ella. Después entré y hablé con Jason, diciéndole que la mujer estaba esperando y refiriéndole en términos generales el objeto de su visita, para concluir sugiriéndole que tal vez interesara conversar con ella.

—Es verdad —dijo Bartsler—. Tú esbozaste la proposición, y yo te dije que no creía que fuera a interesarnos, pero que ya que la mujer estaba aquí, me gustaría charlar con ella unos minutos.

—Y entretanto —dijo Glenmore—, esa dama estuvo en el vestíbulo, y hay precisamente una probabilidad de que… Pero entonces, no veo qué diferencia habría.

—¿Probabilidad de qué? —preguntó Jason Bartsler.

—Tu mujer o Carl Fretch pudieron haber cruzado por el vestíbulo. Pero ciertamente que no habrían tenido oportunidad de cruzar más de diez palabras.

Al cabo de varios segundos de silencio, Bartsler dijo con acento significativo a Glenmore:

—Desembucha lo que llevas dentro, ¿quieres?

Glenmore pareció azorado.

—Podría ocasionar una pequeña dificultad.

—Bueno, inténtalo.

—Y podría ser embarazoso desde mi propio punto de vista.

Dijo Bartsler con energía:

—Bueno, si lo tomas de ese modo… Dile a Carl que se presente aquí en seguida…, y a mi mujer, que, si lo tiene a bien, venga lo antes posible. Diles que se trata de algo muy importante.

Glenmore asintió con la cabeza y abandonó la habitación.

Bartsler mascó su cigarro.

—¡Maldita sea, Mason! —dijo—. La cosa es imposible, y, sin embargo, es la manera como debe haber ocurrido.

—Quizá —repuso Mason—, dadas las condiciones de su mujer y de su hijo, lo mejor para usted será intervenir antes de que surja entre ellos un malentendido. No me agradaría suponer algo que podría no tener actual existencia, en particular algo referente a su actual estado de espíritu.

Bartsler respondió:

—Mi esposa y yo nos casamos hace ya suficiente tiempo como para que entre nosotros se haya esfumado todo resto de romanticismo. Ahora sé que no pasó de ser una mera transacción mercantil con ella. Mi esposa ansiaba dinero. Ansiaba posición social. Ansiaba influencia. Y, como suele ocurrir cuando alguien procura algo que por su misma naturaleza no podría ofrecerse en venta, el comprador nunca obtiene lo que cree haber comprado.

—¿Y su hijastro? —preguntó Mason.

—Mi hijastro —dijo Bartsler con algún sentimiento—. Más vale hablar con claridad respecto a ese mocoso. Necesita un buen puntapié en el sitio más próximo a su centro de gravedad. Es un engreído, un atrasado, un hipócrita, un egoísta, un borrico como hay pocos.

—Todas esas virtudes —dijo Mason— parecen cubrir solamente un trozo de territorio.

—Si tuviera tiempo para meditar otras nuevas, podría cubrirlo mejor —dijo Bartsler—. Agregaría algo más a su historia. Está tan completamente obsesionado por la idea de que tiene que vivir la vida de un actor de fama, o algo así, que haría cualquier cosa, cualquier cosa, menos trabajar. Es como un ratón empeñado en trepar a lo alto de un mástil.

—¿Y su madre? —preguntó Mason.

—Le es una devota. Cree que es algo así como todos los grandes artistas reunidos en uno solo.

—¿Y haría algo para apoyar sus ambiciones?

—Sí.

Dijo Mason:

—Por supuesto que el asunto es delicado.

—Maldita sea, no tiene por qué serlo —repuso Bartsler colérico —. Cuando digo «algo», sé lo que eso implica tanto como usted. Mi mujer miente. Roba. No sé si no sería capaz de matar para…

—¿De quién estás hablando? —preguntó una fría voz proveniente del extremo opuesto de la habitación.

Bartsler alzó la vista, vio a su esposa, púsose de pie y dijo:

—Tú recuerdas al señor Mason, querida, y a la señorita Street…

—Buenas noches —repuso la mujer fríamente, y dirigiéndose luego a Bartsler—: ¿De quién estabas hablando, Jason?

Sus miradas se encontraron.

—¡Maldita sea! Si quieres saberlo, me estaba refiriendo a ti.

—Ya veo. ¿Y estabas por ventura pidiéndole al señor Mason que te represente en alguna demanda de divorcio?

Bartsler dijo:

—No, y no lo hagamos…

La sonrisa de la mujer fue helada.

—Si lo hubieses hecho habría sido una puñalada anticipada. Tengo concedida audiencia mañana por la tarde para la petición de mi divorcio.

Bartsler permaneció silencioso por espacio de una o dos rápidas respiraciones y repuso después, con los labios apretados de cólera:

—Bueno; sospecho qué te traes entre manos.

—En absoluto —respondió la mujer suavemente—. Eso no es más que el primer disparo. El señor Mason te dirá que nuestros bienes tendrán que ser objeto de una división.

Bartsler bramó colérico:

—Si te figuras que me voy a desprender de un centavo para ti y tu mozuelo…

—Sí, lo harás, Jason —dijo con frío acento la mujer interrumpiéndole—. Puedes, por supuesto, abusar de mí, porque parece ser tu privilegio como marido. Pero a mi hijo puedes alejarlo muy bien de semejante situación. Yo lo estoy manteniendo. No depende de ningún modo de ti.

—¡Tú lo estás manteniendo! —barbotó Bartsler—. Lo que haces es sacarme dinero y dárselo a él.

—Sin embargo, es mi dinero el que le entrego.

—Y de aquí viene su condenada y ridícula actitud de independencia —respondió Bartsler—. Procede como si no me debiera nada, ni siquiera el respeto.

—No estaba enterado de que te debiese cosa alguna —dijo la señora Bartsler con una frialdad de hielo—. Tampoco tú le exiges respeto ni nada parecido.

—Bien, ¡ya verás cómo se lo exigiré! Y si ha hecho lo que creo que hizo…

—¿Qué crees tú que ha hecho?

—Creo que… Bueno, esperemos y sepamos qué tiene él que decir.

Frank Glenmore regresó de puntillas a la habitación. Sacudió suavemente la cabeza.

—¿No está? —preguntó Bartsler.

—No.

—Si buscan a Carl —previno la señora Bartsler— no regresará hasta muy tarde. Tiene una cita, creo.

—¿Qué coche se ha llevado? —preguntó Bartsler.

—No te alarmes, Jason; utilizó el mío.

—¡Ese condenado fanfarrón! —dijo Bartsler—. Si únicamente saliera y…

—No creo que necesites discutir con él, Jason. En realidad, no tiene conexión alguna contigo. Pura y enteramente, a mí me corresponde la responsabilidad. Está, por supuesto, amargamente decepcionado de no poder hallarse combatiendo allende los mares con sus camaradas.

—¡Decepcionado! —estalló Bartsler—. ¡Esta sí que es buena! Ese insignificante cobarde bilioso no arriesgaría su pellejo por nada.

—Pues lo hará, Jason.

Continuó Bartsler como si no lo hubiera oído:

—… ¡En las trincheras! ¡Y cuando oye el estampido de un corcho de champaña tiene que luchar consigo mismo para no ocultarse debajo de la mesa! Dale un arma y…

—¿Deseabas verme? —interrumpió la señora Bartsler—. Supuse que habría alguna razón para que me llamaras. Si fue con el único objeto de humillarme proclamando tus supuestos agravios contra mi hijo, te advierto, Jason, que mi demanda de divorcio no ha sido formalizada aún, y puede modificársela para incluir algunas de las humillaciones que me estás infligiendo ahora. El señor Mason y la señorita Street podrán atestiguar que en apariencia no fui llamada más que para escuchar una sarta de insultos contra mi hijo.

Bartsler, suspirando, dijo:

—¿Qué diablo era? ¿Conoces a una mujer llamada Kennard?

La señora Bartsler enarcó las cejas.

—Kennard… Kennard… No, Jason; creo que no.

—Una mujer más bien corpulenta, de unos sesenta años, que cojea, tiene una expresión más bien severa —dijo Bartsler—. Estuvo aquí, creo, la noche del 24. Puedes recordar el día porque fue cuando Carl golpeó a Diana…

—Jason, deseo que te abstengas de condenar a Carl de esa manera. Carl no golpeó a esa criatura. Me has colocado en la posición más embarazosa, en primer lugar por la suposición de que Carl había golpeado a esa mujer, y en segundo, de que su palabra carece absolutamente de valor. Esa es una de las cosas que han hecho imposible para mí continuar viviendo contigo o bajo tu techo. Ha sido la forma más refinada de crueldad mental suficiente para…

—Suficiente para darte algo con que puedas acudir a un abogado y pedirme pensión para alimentos —interrumpió Bartsler.

—Realmente, Jason, no veo la necesidad de prolongar esta discusión. Si vas a insistir en implicar a Carl, temo que tendré que retirarme. Pero si hay alguna información que pueda darte, algo que redunde en beneficio de tus negocios, o algo en que sea posible ayudarte.

—¿Recuerdas a esa mujer? ¿La viste alguna vez?

—Ahora que la has mencionado, creo que la vi, sí.

—¿Dónde?

—Creo que estaba esperando en la sala. No le presté mucha atención, advertí simplemente que había allí una mujer que responde a la descripción general que hiciste.

—¿La viste entrar?

—No.

—¿Dónde está Carl?

—Fuera.

—¿Con quién?

—No creo que eso importe nada —respondió la señora Bartsler —, pero sencillamente porque no deseo que imagines que estoy ocultando algo que pudiera serte ventajoso para algún negocio, te lo diré. Ha salido con una jovencita muy refinada y de agradable apariencia. Sin embargo, hasta donde me es posible advertirlo, te es absolutamente indiferente dónde esté. No creo que abrigues la menor simpatía o afecto por el muchacho y, por consiguiente, lo que él haga a ti no te concierne.

Dijo Bartsler:

—Al diablo el afecto. ¡No quiero darle de besos! Deseo saber dónde habló con esa mujer, la señora Kennard.

—Estoy completamente segura de que no lo hizo, Jason. Si la

mujer estuvo aquí para hablar contigo, tengo la completa seguridad de que Carl se mantendría enteramente fuera del cuadro. Sabes tan bien como yo que se cuida escrupulosamente de no intervenir en cosas ajenas, que jamás te dio el más leve motivo para…

—Ya sé —interrumpió Bartsler— que ha sido cuidadosamente instruido.

Su mujer hizo una sumisa reverencia, se volvió y salió presurosa de la habitación con la cabeza erguida.

—Muy bien —dijo Bartsler colérico—. Estoy metido en un aprieto. No me gusta esto, Mason. Reconozco que me he puesto en sus manos. Me imagino cómo hablará cuando intervenga en el juicio de divorcio, acerca de cómo en presencia de otra persona la llamé, impugné sus motivos, zaherí a su hijo, y, en general, la expuse al escarnio y al ridículo de mis amigos y asociados, todo lo cual le produjo grande y atroz padecimiento mental, etcétera…

Repuso Mason:

—Dejemos eso todo lo lejos posible del problema referente a la señora Kennard.

—Pues no —respondió Jason—. Ahora conozco la respuesta. La señora Kennard llegó aquí. Utilizó aquel trozo de mineral para introducirse. Eso fue todo. Mientras estaba esperando, mi esposa consiguió ponerse en contacto con ella, descubrió qué la traía realmente a verme y calculó que la existencia de un nieto echaría a rodar sus planes. Maldita sea; Frank, averigua todo lo que puedas acerca de esa mujer. ¡No la pierdas de vista! ¡Pon detectives en el trabajo! Quiero a esa mujer. Y deseo saber qué le dijeron y quién.

—Lo haré en seguida —prometió Glenmore—. Si me excusas un minuto, telefonearé a la agencia de detectives que se ocupa de nuestros asuntos y los pondré en movimiento.

Sonó el aparato.

Glenmore se dirigió al teléfono, alzó el receptor y dijo «hola, —y a continuación—: Sí, un momento, por favor».

Se volvió a Mason, ofreciéndole el auricular.

—Para usted, señor Mason —dijo—. Un cliente que manifiesta que es importantísimo.

Mason, empuñando a su vez el receptor, dijo:

—Sí, hola.

La voz de Paul Drake llegó a través del auricular.

—Escucha, Perry. No quiero que pienses que esto establece un precedente. Después de todo, no es más que suerte. Hemos localizado a ese hombre llamado Thurston y tiene la dirección de la mujer. Parece como si fuera Thurston una especie de amigo favorito. Le dio a conocer su dirección tan pronto como se instaló.

—¿Sabe este amigo por qué se mudó la mujer? —preguntó Mason.

—¿Quieres decir la verdadera razón?

—Sí.

—No. Toma tu lápiz y te daré la dirección. Voy a retener a Thurston de modo que no se le ocurra avisarla de que alguien anda buscándola.

—Pero dándole de comer, supongo —repuso Mason.

Drake rió.

—En eso estaba pensando —contestó—. Le he invitado a cenar con nosotros.

—Tú no te olvidas nunca de tu estómago —refunfuñó—. ¿Cuál es la dirección?

—Está en casa de una hermana suya llamada Ruffin, que vive en el número 1191 del Bulevar Killman. Y ahora, si me disculpas, Perry, creo que el señor Thurston está hambriento, y no quisiera que se apartara de mi vista. He ordenado una comida de primera, un bisté gordo y jugoso con patatas fritas a la francesa, ensalada de lechuga, pastel de picadillo y lo cargaré todo en la cuenta ¡Ah, viejo!

Se oyó un clic al otro extremo de la línea.

Mason colgó el receptor y dijo a Bartsler:

—Bueno, creo que esta mujer tuvo a su nieto, o sabe quién lo tuvo. Es decir, si tiene usted realmente un nieto. Deseo saber qué había detrás de su visita y ésta es la única razón que me ha traído a verle.

—Muy bien; lo descubriremos —dijo Bartsler.

—¿Y qué estuvo haciendo Carl Fretch en el departamento de Diana? —preguntó Mason.

—Dice que no estuvo allí —respondió Bartsler—. Todavía insiste en la historia de que estuvo fuera con una muchacha. Estacionaron el coche y se fueron. Alguien robó el coche. Finalmente dijo el nombre de la mujer que estuvo con él. La policía la detuvo.

Confirmó su relato… De modo que ahí tiene usted.

Mason dijo:

—Me voy. Si descubre usted que Carl le habla a la tal señora Kennard, le agradeceré que me lo haga saber.

—Lo haré —prometió Bartsler—. Pero cuando localice a la mujer no voy a decirle a usted dónde está hasta después de haber hablado yo con ella. Cada cual arrima el ascua a su sardina.

—Comprendo —respondió Mason—. Y ahora les deseamos muy buenas noches. Tenemos un poco de trabajo por delante.

Jason Bartsler los acompañó hasta la puerta.

—Creo que ahora estamos sobre la pista —declaró al cerrarla.

Fuera, en el coche, dijo Della:

—Ni una palabra acerca de sus querellas con Helen.

Mason asintió con la cabeza con aire preocupado.

—¿Fue Paul quien telefoneó?

—Sí.

—¿Había localizado a la señora Kennard?

—Él cree que sí.

—¿Vamos ahora a buscarla?

Mason hizo describir al coche una cerrada curva en la esquina.

—Vamos ahora mismo —declaró.

Della Street suspiró.

—Alcánceme una pastilla de chocolate, ¿quiere jefe?

18

Mason hizo girar su coche en el Bulevar Killman. Della Street fijó su atención en los números que íbanse sucediendo.

—Esta es la manzana del novecientos…, la manzana mil debe de ser ésa: la blanca, estucada que se alza allí a la izquierda.

Mason aproximó su coche al bordillo y cerró el contacto. La noche era fría y clara, y las rutilantes estrellas parecían más cercanas a la tierra con su firme esplendor.

Mason subió los escalones acompañado de Della Street, e hizo sonar la campanilla.

Detrás de la cerrada puerta se percibieron unos pasos. Mason, escuchando con toda atención, percibió el compás irregular de aquellos pasos: uno pesado y otro ligero, uno pesado y otro ligero, uno pesado y otro ligero.

Los dedos de Della Street tocaron su mano.

—Dios mío, jefe —susurró—, es alguien que cojea…

La puerta se abrió.

Una mujer más bien corpulenta, con cabellos grises y agudos y resueltos ojos, de los que irradiaba una red de finas arrugas que comunicaban a su rostro cierta expresión de benevolencia, les sonrió.

—¿La señora Ruffin? —preguntó Mason.

—No —respondió la mujer—. Lo siento, la señora Ruffin está fuera.

Mason dejó que su rostro mostrara decepción.

—¡Qué fastidio! —exclamó—. Deseaba verla por un asunto de negocios. Una propiedad que va a heredar.

—¿Propiedad? —preguntó la mujer, aguzando los oídos.

Mason asintió con la cabeza.

—Una propiedad relativa a… Bueno, quizá será mejor esperar hasta que la señora Ruffin…

—Yo soy la hermana de la señora Ruffin, me llamo señora J. C. Kennard.
Quizá si va a heredar alguna propiedad, herede yo también algo.

—¡Ah! ¿es usted la señora Kennard? —preguntó Mason sacando un librillo de notas de su bolsillo y volviendo las páginas—. Pues tengo su dirección anotada: Lobland Avenue.

—Pasen, pasen —se apresuró a decir la mujer—. Estoy visitando a mi hermana por unos días. No ha estado bien, y… Usted sabe, nada que la obligue a permanecer en casa, sino nervosidad puramente, y pensé que mi deber era venir y hacer de ama de llaves durante algún tiempo.

—Comprendo —repuso Mason, permitiendo que la señora Kennard le condujese en compañía de Della Street al *living*, confortable aunque amueblado con cierta vulgaridad.

—Tomen asiento —ofreció la señora Kennard—: hábleme del asunto. Me pregunto si fue el tío Douglas. Siempre pensé que podía tener alguna propiedad.

Mason sonrió.

—Bueno, para ceñirnos a la rutina imperante en tales materias, señora Kennard, permítame dirigirle algunas preguntas antes de responder… No porque abrigue la menor duda respecto a su identidad, sino porque, como usted sabe, existe un cierto procedimiento que nos vemos obligados a seguir en estas cosas.

La señora Kennard plegó las manos sobre la falda, contemplándolo con interés.

—Adelante, joven, adelante.

Preguntó Mason:

—¿Es usted viuda, señora Kennard?

—Sí. Mi marido falleció en el año 1934.

—¿No volvió a contraer matrimonio?

—No.

—¿Y su hermana?

—Es divorciada.

Mason frunció el ceño.

—Eso es malo.

—¿Por qué?

—Porque no siempre al decretar un divorcio se declara con limpieza la situación de los bienes. Las propiedades dadas en dote

no son cuidadosamente determinadas, ¿sabe usted? y esta circunstancia da oportunidad a los abogados para entablar juicio y reclamar que todas las propiedades sean divididas.

—¿Pero no ocurriría así con una propiedad que ella recibiese por herencia para constituir un bien separado, y algo que su esposo no podría tocar en ningún caso?

—Eso es cierto en términos generales —admitió Mason—; pero tenemos un temor instintivo a mezclarnos en casos de divorcio, aunque la cosa no es tan complicada cuando la propiedad le llega a la esposa, y es el marido quien se ha divorciado. Siendo otra la situación, suelen producirse una infinidad de complicaciones. ¿No ha tenido usted algún hijo, señora Kennard?

—No.

—¿Y su hermana?

—Tiene un hijo.

—¿De más de veintiún años o de menos?

—Ah, de más. Mi hermana es mayor que yo, y su hijo… A ver… Sí, Ralph debe de tener más de treinta años ahora. Está casado y tiene un niño.

—¿Su hermana tiene alguna ocupación?

—En la actualidad, no. Trabajó en una fábrica de dulces, hasta hace un par de meses.

—¿Y usted?

La mujer sonrió.

—Yo tengo un trabajo muy propio de mi sexo.

—¿Me permite preguntarle en qué consiste su ocupación?

—Los últimos meses he estado atendiendo un jardín de infancia. Ya sabe usted que mucha gente está trabajando ahora, y no hay ningún lugar donde dejar los niños, y es casi imposible obtener servicio doméstico competente. Bien, el caso es que organicé un negocio bastante seguro.

—¿Es reciente eso?

—¡Oh, sí!

—Muy interesante —dijo Mason—. ¿Cómo consigue usted clientela, señora Kennard?

La señora Kennard rió y dijo:

—Puse un anuncio en el periódico, y se sorprendería usted de saber cuántas mujeres me trajeron sus niños. Por supuesto, primero

hicieron una investigación, luego vinieron y hablaron conmigo. Pero no tuve ninguna dificultad para obtener clientes.

—Muy interesante, en verdad. ¿Y entre las clientes no había una tal llamada Mildred Danville, que fue asesinada hace poco?

La señora Kennard se había mostrado sonriente, con la gentil y afable sonrisa de quien desea producir una excelente impresión y está ansioso de ayudar. Cuando la pregunta la hirió como el impacto de un puñetazo, trató de mantener su rostro impasible. Pero el resultado no correspondió a sus deseos.

—Y —prosiguió Mason— dejó con usted a un niño cuyo nombre era Robert Bartsler; como no le refirió una historia de lo más convincente, se sintió usted algo interesada, y miró en la guía telefónica para cerciorarse de si podía localizar a alguien que llevara el apellido Bartsler. Encontró usted a Jason Bartsler, y llamó a su teléfono. Supongo que nos dirá qué ocurrió después de esto, señora Kennard.

La señora Kennard parpadeó y se pasó la lengua por los labios, pero no pronunció palabra.

La sonrisa de Mason fue amable.

—Realmente, señora Kennard, creo que será mejor si dice usted la verdad y pone sus cartas boca arriba. Después de todo, sabe usted muy bien que se ha cometido un asesinato, y su relación con él la pone a usted en una seria, muy seria situación.

La señora Kennard profirió:

—¡Está usted loco!

—Presumo —prosiguió Mason— que nos dirá usted dónde está el niño llamado Robert Bartsler.

—No lo sé.

—¿Negará usted que ese niño fue dejado a su cuidado?

—Yo no conozco los nombres de todos los niños que me confían.

—Cuando abandonó usted y cerró repentinamente su jardín de infancia, ¿dijo que había estado expuesta a la viruela?

—Creo que sí, que he estado expuesta a la viruela.

—Pero usted nos dijo que llegó aquí para cuidar a su hermana.

—Así es. Podía hacer ambas cosas, ¿no?

—¿Se llevó usted a algún niño consigo cuando abandonó el jardín de infancia?

—No, claro que no.

—¿De modo que usted no tiene ningún niño aquí?

—¡Desde luego que no!

Mason echó una ojeada a Della Street y dejó que sus ojos vagaran alrededor de la habitación. Notó un voluminoso diccionario colocado sobre la mesita. Miró el diccionario, luego a Della, tornó al diccionario y sus ojos volvieron hacia Della.

Siguió la joven la dirección de sus ojos, frunció el ceño, luego sonrió súbitamente y asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

Mason se volvió a la señora Kennard.

—¿Discutió usted alguna cosa con el señor Jason Bartsler, además de la posible venta de la mina?

—No. Por supuesto que no.

—¿Cómo se le ocurrió ir a verle?

—Un amigo me habló de él.

—¿Quién es ese amigo?

—Un hombre que había hecho cierto trabajo para mí y que conocía algo de minas.

—¿Uno a quien usted ha tratado por algún tiempo?

—Sí.

Della Street se movió discretamente a lo largo de la mesa acercándose al diccionario.

—¡Ah, qué espléndido diccionario! —exclamó.

La señora Kennard la miró con ojos que revelaban silencioso aturdimiento y agudo desconcierto.

Della Street alzó el volumen y lo abrió.

—¿Es ésta la séptima edición? —preguntó.

Mantuvo asido el diccionario a cosa de un palmo encima de la mesa, y luego, repentinamente, lo dejó deslizarse de entre sus dedos.

—¡Se me ha caído! —exclamó, y dejó escapar un grito.

El choque del pesado libro contra el piso, y la exclamación de Della Street se mezclaron en un súbito aumento de ruido, pareciendo el silencio que le siguió repentinamente tenso, como si todos esperaran que le siguiera algún otro ruido.

—¡Ah! —exclamó Della Street—. Lo siento tanto. —Después se quedó callada.

El fino y agudo llanto de un niño en el dormitorio contiguo se transformó en un sonoro alarido.

Mason dijo:

—Vamos, Della —y partió en la dirección del ruido.

La señora Kennard poniéndose en pie y alejándose de su silla empezó a caminar hacia la puerta de la calle.

Mason y Della Street siguieron a tientas por la casa, moviéndose a través de cuartos oscuros, tanteando en busca de los interruptores de la luz, guiados por el llanto del niño.

Lo encontraron en un dormitorio trasero, acostado en una cuna.

Mason encendió las luces.

—¡Ah, pobrecita criatura! —exclamó Della Street y se dirigió a la cuna. Se inclinó y alzó el niño. Instantáneamente el niño dejó de llorar.

Della Street le sonrió y enjugó las lágrimas de sus ojillos.

—¡Hola, preciosidad! —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Robert Bartsler; tengo tres años; y nunca, nunca volveré a ver a mi papaíto —respondió el chico de un solo golpe, en una especie de recitado, como si recientemente hubiera aprendido algo de memoria. Luego principió a llorar de nuevo.

—¿Qué hago con él? —preguntó Della.

—Empiece a vestirlo —dijo Mason—. Envuélvalo en sus ropas y déjelo preparado para su traslado.

Mason volvió precipitadamente al frente de la casa.

—¡Señora Kennard! —llamó— ¡Eh, señora Kennard!

No hubo respuesta.

—¡Señora Kennard! —gritó de nuevo, alzando la voz.

Se movió por la habitación sintiendo una corriente de aire frío.

—¡Señora Kennard! —volvió a vocear, y salió al pasillo que daba a la puerta de la calle.

La puerta estaba abierta. El coche de Mason, que éste dejara estacionado junto al bordillo de la acera, había desaparecido.

19

Los dedos de Mason hicieron girar el disco del teléfono por el número que correspondía a la Central.

—¡Oiga, oiga, operador! —dijo Mason—. Óigame, estoy en un aprieto. ¡Comuníqueme con el Departamento Central de Policía! Llame en seguida… ¿Con el Departamento Central de Policía? ¡Quiero hablar con el teniente Tragg!

—No está aquí —respondió la voz al otro extremo de la línea.

—¿Quién está de guardia en la Sección de Homicidios?

—El sargento Holcomb.

—Comuníqueme con el sargento Holcomb. Habla Perry Mason. ¡Se trata de un caso de apuro!

Un momento más tarde, la voz del sargento Holcomb decía:

—¡Hola! ¿Qué ocurre?

—Habla Perry Mason, sargento Holcomb. Deseo tener un coche de la policía a mi servicio, inmediatamente.

—¡Ah! ¿Qué está haciendo usted?

—Escuche, tómelo en serio. He descubierto la razón por la que Mildred Danville fuese asesinada, y creo que sé quién la asesinó. Ahora, a fin de evitar que sea cometido otro asesinato, va a ser necesario enviar en seguida, a toda marcha, un coche a la casa de Jason Bartsler. Ponga bastantes hombres en el lugar para evitar que ocurra algo hasta que yo llegue allí.

—¡Pues no es usted poco hábil! —respondió Holcomb—. Y supongo que después de que nosotros nos presentemos muy frescos, tendrá usted algunos periodistas allí fuera y les referirá su historia y la hará parecer como si el Departamento de Policía le concedió muchísimo crédito. No hay que hacerle caso, Mason. Usted rema en su barca. Eh cuanto a este Departamento concierne, sabemos quién mató a Mildred Danville y por qué.

—Vea, Holcomb —dijo Mason con paciencia—, no es mi

propósito exponerle a usted mi teoría por teléfono, sino decirle simplemente que, tan seguro como que está usted sentado ahí, si no envía unos hombres a la casa de Jason Bartsler, va a ser cometido otro asesinato.

—Muy bien —respondió Holcomb—, si eso ocurre, recordaremos que usted pareció estar mezclado en el hecho, y podía explicar al jurado cómo sabía tanto acerca del mismo y por qué no es usted un cómplice. ¿Por qué no se traslada allí personalmente, ya que tiene tanta prisa?

—Alguien robó mi coche —dijo Mason.

—Bueno, ahora… La verdad… es que… está bastante bien urdido. ¡Ja, ja, ja! Adiós, Mason.

Mason colgó de un golpe el teléfono, mientras sentía el clic en el otro extremo de la línea. Vaciló un momento, luego miró en derredor en busca de una guía telefónica, no dio con ninguna, llamó a informaciones y dijo:

—Deme el número de la residencia de Jason Bartsler. Es de mucha importancia.

—Espere un momento… ¿cómo se deletrea el apellido?

—B-a-r-t-s-l-e-r; y tenga la bondad de darse prisa.

Fue unos quince segundos más tarde cuando dijo una voz:

—El número que usted pide es Westgate 9643.

—Gracias —contestó Mason, y procedió a marcar el número con dedos animados por una frenética prisa.

Momentos después una voz contestó:

—¿A qué número ha llamado usted, por favor?

—Westgate, nueve seis cuatro tres.

—Un momento.

De nuevo se produjo una dilación, luego dijo la voz:

—Un momentito.

—Esa línea parece estar desconectada. La estoy examinando. ¿Quiere usted hacer el favor de llamar un poquito más tarde?

El índice de Mason bajó la horquilla en que descansaba el receptor, dejando la línea lista para otra comunicación, y llamó a una compañía de taxis.

—Es un caso de apuro —dijo—. ¿Puede usted enviar un taxi al número 1191 del Bulevar Killman, inmediatamente?

—Lo siento, pero no tenemos coches disponibles en este

momento.

—Le repito que es un caso de apuro. Cuestión de vida o muerte, y…

—¡Oímos esto tan a menudo! —replicó la muchacha con voz fastidiada—. Si la cuestión es de tanta urgencia, haría mejor en llamar a la policía, o a una ambulancia. Creo que puedo conseguir un coche dentro de treinta minutos, si lo quiere.

—No hace falta —respondió furibundo Mason.

—Muy bien. Adiós.

Mason marcó el número de la Agencia de Detectives Drake y cuando tuvo a la telefonista nocturna en la línea, dijo:

—Habla Perry Mason. ¿Dónde está Paul?

—Ha telefoneado que está comiendo. Tiene alguien…

—¡Oh, Dios! —gimió Mason—. ¿No tiene idea de dónde está?

—Sí. Dejó un número de teléfono donde podía comunicarme con él por si se presentaba algo de particular.

Dijo Mason:

—Llámele. Dígale que vaya a toda prisa al número 1191 del Bulevar Killman. Lo estaré esperando. Espere un minuto. ¿Hay alguien en la oficina que pueda trasladarse con mayor rapidez?

—No, señor Mason. No creo que lo haya. Me parece que el señor Drake…

—Muy bien, hable con Paul. Ahora escuche. Anita Dorset está con él, entreteniendo mientras comen a un hombre llamado Thurston. Dígale a Paul que deje a Anita con Thurston y que por su parte coja el coche y se venga aquí como si el diablo le pisara los talones.

—Perfectamente, señor Mason.

Mason colgó el auricular y principió a pasear.

Della Street entró en la habitación trayendo al niño en brazos.

—Mire, jefe, ¿no es una ricura?

Mason asintió distraídamente con la cabeza y dijo:

—¿Está todo preparado para el traslado?

—Sí. Lo envolví de modo que estuviera calentito.

Dijo Mason:

—Tenemos que salir de aquí y no hay modo de hacerlo. La señora Kennard robó mi automóvil y probablemente fue en busca de refuerzos. No puedo conseguir ayuda de la policía, y las

compañías de taxis no enviarán un coche hasta aquí. Todos se figuran que la vida y la muerte son cosas que se soportan hasta que uno se cansa de ellas… Muy bien, te diré lo que voy a hacer, Della. Seguiré el camino espinoso, si no puedo seguir uno de pétalos de rosas.

Llamó otra vez a la Central y dijo:

—Comuníqueme con el Departamento Central de Policía en seguida, por favor.

—Oiga —dijo Mason tan pronto como le respondieron—. Soy Jason Bartsler. Tengo mi residencia en el número 2816 de Pacific Heights Drive. Hay un hombre enmascarado tratando de penetrar por la puerta trasera. Envíe en seguida agentes.

El hombre que hablaba al otro lado de la línea pareció extrañadamente impasible.

—¿Cuál es el número de su teléfono, señor Bartsler?

—Westgate 9643 —barbotó Mason.

—¿Un hombre enmascarado, dice usted?

—Sí.

—¿Lo vio usted?

—Sí. ¡Aprisa! Envíe unos hombres afuera, o el individuo se escapará.

—¿Hablo con el señor Jason Bartsler?

—Sí.

—¿Está usted hablando desde su teléfono a este número?

—Sí. ¡Por amor de Dios, envíen alguien aquí! ¿Qué ocurre?

—Lo siento —replicó la voz—; pero cuelgue y lo llamaré en seguida para una confirmación. Órdenes recién recibidas del sargento Holcomb disponen que no se preste ninguna atención a las llamadas procedentes de un aparato a menos que sean verificadas. Parece que un abogado se está esforzando por lograr que la policía envíe allí rápidamente un coche, de modo que pueda él lograr cierta publicidad para una teoría referente a un asesinato. ¿Comprende, señor Bartsler? No tiene más que colgar y yo volveré a llamar. Westgate 9643. Muy bien, cuelgue.

Mason colgó de un golpe el teléfono y maldijo por lo bajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Della.

—¡Ese maldito tonto de Holcomb! —estalló Mason—. Teme que vaya a dejarlo a la altura de un zapato aportando alguna prueba

que, descubierta por él bajo dramáticas circunstancias, tenga por fuerza que salir en los periódicos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Della.

—Paul Drake está en camino hacia aquí, o lo estará si ha conseguido llenar su estómago. Dios, espero que no reciba la llamada mientras le estén sirviendo la comida. Apaga las luces. Della.

—¿Se refiere usted a todas las luces?

—A todas las que hay aquí. Sal de ese extremo del cuarto. Yo lo ocuparé.

Mason apagó una luz y Della Street otra del techo.

—Hay luces en esos otros cuartos —dijo.

—Perfectamente —le dijo Mason—, apaga todas las que encuentres.

—¿Qué se propone?

—Seríamos un blanco demasiado bueno para cualquiera que deseara hacer fuego a través de una ventana.

—¡Dios mío, jefe! ¿Quiere usted decir que hay mucho peligro?

—Quizá lo haya —respondió Mason—. No sé exactamente en qué estamos metiéndonos, pero ahora principio a captar todo el cuadro.

Dijo Della Street:

—Súbase al escritorio. Yo lo imito y me siento junto a usted. Eso es, Robert. Está muy bien. Yo soy una amiga de tu mamá. ¿Deseas ver a tu mamá?

La palabra provocó nuevo llanto en el niño.

—¡Yo quiero a mamá! —sollozó.

—¿Recibiste una visita? —preguntó Mason.

—¡Quiero a mi mamá! —repitió el aniñado gemido, algo adormecido.

Dijo Della Street:

—Vamos, jefe. Dígame qué ocurre.

Mason repuso:

—Todo el misterio estaba como en una exposición y no lo vi.

—¿Por qué?

—Porque no tomé en cuenta una cosa tan simple que escapó a mi atención.

—¿Qué?

—El elemento tiempo.

—¿Qué obtuvo con él?

Mason dijo:

—Retroceder a la noche del veinticinco. Diana llegó a su casa en un automóvil. Fue algo después de las diez.

—Bueno, ¿y qué hay con eso? Me pregunto qué importancia tiene ese hecho.

—Diana se encontró con la señora Kennard. La señora Kennard tenía precisamente que subir. Diana subió las escaleras. Halló a Carl en su habitación. Carl, con mucha calma, con mucha eficiencia, le aplicó a Diana un puñetazo en un ojo y partió. Diana se puso un poco histérica. Se aplicó compresas en el ojo. Después un baño, puso en remojo sus hinchados pies, se secó, se calzó los zapatos, se puso una bata de casa y a continuación sostuvo el altercado con la señora Bartsler, de resultas del cual corrió escaleras abajo. Se puso el abrigo que tenía en el guardarropa, salió y oyó voces. Comprendió que atraería la atención con su ojo amoratado y esperó en el armario unos diez o quince minutos, cuidando de asomar recatadamente la cabeza para ver a la señora Bartsler. Al cabo de unos diez o quince minutos, cuando creyó que todo el peligro se había disipado, abrió la puerta para salir y se encontró con que Bartsler y Glenmore escoltaban precisamente en ese momento a la señora Kennard hacia la puerta. Temía hacerse notar por haber visto ya la señora Kennard su ojo amoratado, así que se apresuró a cruzar la puerta antes que los demás, y marchó a la farmacia de la esquina. Fue entonces cuando resolvió irse de casa y pasar la noche allí. Halló que ni siquiera llevaba consigo unas monedas para el teléfono, de modo que partió a pie. Llegó al piso y no tenía llave. No se resolvió a llamar al portero y obtener que le abriera la puerta con una ganzúa, porque tenía la penosa conciencia de que toda su vestimenta consistía en un largo abrigo de pieles, una bata de casa debajo, zapatos y nada más. De modo que se dirigió a la estación del ómnibus y aguardó a que Mildred regresara al departamento. De tiempo en tiempo llamaba a Mildred introduciendo en el teléfono una moneda de níquel que pedía prestada a algún desconocido.

—¿Y qué? —preguntó Della cuando Mason cesó de hablar.

Repuso Mason:

—Considera todo eso, Della. Añádele el elemento tiempo.

Combínalo con lo que sabemos ahora y verás por qué es tan absolutamente imperativo para nosotros trasladarnos a la residencia de Jason Bartsler y…

Al oír el nombre, los lloros del niño recomenzaron.

—Sí, querido —dijo Della—. No debes llorar ahora, tienes que cerrar los ojitos y volverte a dormir.

—Enciende la luz.

—No; es tu hora de dormir.

—Quiero mi muñeco.

—Dentro de un rato quizás lo tengas, querido.

—¿Y a tía Mildred?

—Sí, querido.

—Eres buena. Quiero que este señor me cuente un cuento.

—No —respondió Della Street—; este señor está ocupado ahora. Está pensando.

—¿Por qué?

—Pues, porque necesita pensar.

—¿Pensar en qué?

—En una infinidad de cosas muy importantes Debes quedarte quieto ahora.

—Cuéntame un cuento.

—No sé ningún cuento, ricura.

—Cuéntame el de Jack y el Azotador.

—No lo sé muy bien.

—Mi mamá lo sabía muy bien.

—Sí, querido. Pero no debes hablar ahora.

—Enciende la luz.

—No; tenemos que estar en la oscuridad. ¿Te gustaría dar un paseo en automóvil dentro de un rato?

Mason se levantó y marchó hacia la ventana a oscuras. Alzó la cortina y miró hacia afuera.

—Jefe, ¿no sería mejor que se apartara de la ventana?

—Quiero ver a Drake cuando llegue —respondió Mason—. ¡Dios mío! ¿Quién es el que llega ahora? No es él… Espera un momento. Por allí vienen unos focos… dando vuelta a la esquina… Ahora, aguarda un minuto, Della. Quédate quieta. No estamos absolutamente seguros de que se trate de Paul Drake. Mantengámonos alerta. Quiero examinar esas luces fuera, en el *hall*.

No deseo hacerlo en la puerta, ofreciendo mi silueta a la luz.

Mason abrió bruscamente la puerta del iluminado corredor, apagó las luces y luego avanzó cautelosamente hacia la puerta. Hizo girar el picaporte y la abrió unos centímetros.

La característica figura de Paul Drake, moviéndose ahora con una rapidez qué parecía totalmente extraña a su indolente y robusta naturaleza, salió del coche y corrió escaleras arriba.

Mason llamó por encima del hombro:

—Todo va bien, Della; ven. ¡Hazlo volando!

Mason tiró de la puerta abierta y dijo:

—Hola, Paul. ¿Conseguiste una pistola?

—No, Perry. ¿Qué ocurre?

—No te preocupes. Tenemos que irnos. Della tiene al niño. Cuidado con tropezar, Della.

—¿Qué pasa con las luces? —preguntó Drake—. Hay luces encendidas en el resto de la casa. ¿No puedes hacer funcionar estas?

—No, no —replicó Mason en tono intencionado—. Nada de luces, Paul. ¡Salgamos de aquí!

—¿Qué es esto? ¿Un secuestro?

—Lo más parecido a eso —contestó Mason—. Muy bien, Della; déjame ayudarte a bajar las escaleras. Cuidado ahora… Instálate en el asiento trasero… Muy bien.

¡Paul, colócate a mi lado!

—¿Vas a conducir? —refunfuñó Drake— ¡Volcarás el coche! Este automóvil no está acostumbrado a tu manera de… Déjame…

—Acomódate allí —cortó Mason imperiosamente—. Yo conduciré.

Drake suspiró y obedeció. Mason abrió con brusquedad la portezuela de la izquierda, se deslizó detrás del volante, cerró de un golpe la portezuela, maniobró y tuvo el coche en segunda, casi antes de que el motor se hubiera puesto en marcha.

—¡Aguanta firme! —gritó Drake a Della Street— ¡Ahora vamos a correr!

El coche se apartó del bordillo de la acera, se detuvo un momento y saltó hacia adelante, mientras Mason lo espoleaba implacablemente.

—Sujeta bien al niño, Della —advirtió Mason.

El niño gritó regocijado y se aferró a Della.

—Modérate —le dijo Paul Drake—. Eres demasiado joven para conocer las sorpresas de la vida, y lo que ese maldito volante es capaz de hacer. Por el amor de Dios, Perry, ten corazón. ¿Adónde vamos?

—A casa de Jason Bartsler.

—Siempre que el cachivache aguante y nadie se nos interponga —dijo Drake en tono de chanza—. Si quieres ahorrarme neumáticos, toma esas otras esquinas sobre dos ruedas. Así correrá más, como una motocicleta, y ahorrará el esfuerzo a las otras dos… ¡Eh, eh! No te lo decía en serio. Por amor de Dios. Perry. Ve más despacio. Afloja un poco.

Desde el asiento posterior Della Street dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bien —dijo—; es la última curva que tenemos que tornar antes de llegar a casa de Bartsler.

El niño chillaba alegremente, con fruición, excitado por la velocidad.

Della Street rió, pero su risa era nerviosa.

Dijo Drake:

—Cuando me telefonearon de la oficina, Perry, me suministraron cierta información acerca de aquella carta. Mildred consiguió un mensajero con bicicleta para entregarla, y le dio medio dólar. El muchacho lo refirió a sus familiares cuando leyó lo del asesinato. Vio su fotografía y la reconoció, después, cuando leyó la dirección… ¡Por Dios, Perry, por favor!

Mason siguió apretando el acelerador y conduciendo con destreza, desentendiéndose de las paradas marcadas en el bulevar tanto como de las señales para el tránsito que por allí circulaba. El ocupante más joven del asiento de atrás insistía en ponerse de pie, y Della Street estaba ocupada manteniéndolo sujeto. Paul Drake sonreía en silencio.

A sus espaldas asomó el centelleo de una luz roja y el sonido de una sirena.

Drake se volvió y dijo lacónicamente:

—Muy bien, Perry, has conseguido un acompañante.

Mason apretó a fondo el acelerador.

—Es únicamente por otras cuatro o cinco manzanas. No tenemos tiempo para detenernos y dar explicaciones.

El coche de atrás rugió al imprimir velocidad a su marcha, acelerando a medida que lo hacía Mason. El sonido de la sirena se elevó a altura tal que su grito paralizó el tránsito, dando a Mason más de una oportunidad de lanzar su coche por entre los vehículos sin aumentar siquiera su velocidad.

El coche de la policía ganó terreno, pero luego cesó de ganarlo. Ambos coches se deslizaron a lo largo del bulevar manteniendo las distancias.

—No tardarán en empezar a hacer fuego —dijo Drake—. No es peligroso cuando le disparan al conductor. Siempre sus balas van dirigidas demasiado alto; pero cuando apuntan a una rueda, invariablemente hieren a un pasajero.

Mason dijo:

—Tranquilidad. Esta es la esquina.

Describió una amplia curva, oprimió el freno, lo soltó, lo oprimió de nuevo, lo soltó y después se inclinó otra vez sobre el volante.

Las ruedas marcaron largos surcos sobre el pavimento. El ruido producido por la fricción de las llantas oyóse por encima del ruido de la sirena. El coche patinó y avanzó con un movimiento brusco, mientras los neumáticos se aferraban una vez más al pavimento. El coche saltó hacia adelante como una flecha. Otras dos manzanas y Mason giró y echó el freno.

Detrás, en el coche de la policía, alguien gritó que detuviera el vehículo, Mason había abierto la portezuela y estaba corriendo por la acera hacia la residencia de Jason Bartsler.

Desde el coche policiaco llegó una brusca orden:

—Alto, o lo dejaremos en el sitio.

Mason se volvió:

—Déjese de estupideces, maldito tonto —gritó—. Estamos tratando de evitar un asesinato.

El agente se mostró imperturbable.

—Alto, o lo llenaré de plomo.

Mason se detuvo. Del interior de la casa partió el ruido de un disparo.

Medio segundo más tarde sonó otro disparo. Una bala atravesó el cristal de una ventana, dejando un agujero del cual irradiaban una infinidad de estrías.

Mason se dirigió a los hombres que estaban en el coche de la policía.

—¡De prisa! —voceó—. ¡Traigan esa pistola!

Un tercer disparo se oyó en el interior de la casa.

Della Street gritó a Paul Drake:

—¡Alto!

Luego, aflojando su presión en torno del niño, fue corriendo hacia el coche policíaco.

—Es Perry Mason, el abogado ¡Está tratando de evitar un crimen!

—Es Perry Mason, muy bien —llegó a los oídos de Della Street una voz desde el interior del coche.

Paul Drake saltó del coche.

—Es mejor que cuides del niño, Della —dijo, y partió corriendo hacia la parte trasera de la casa.

Los agentes corrieron a su vez dejando atrás a Della. Uno de ellos subió los escalones de la fachada mientras el otro daba la vuelta a la casa.

Dos disparos más sonaron en rápida sucesión. Mason se arrojó contra la puerta y fue rechazado. El oficial que estaba en la puerta dejó caer con fuerza la cachiporra contra el bastidor de una ventana que se abría sobre el porche. Los vidrios saltaron a pedazos, y el oficial apartó de un puntapié los restos que permanecían en la base del marco, y luego saltó a través de la ventana en el iluminado interior de la casa.

Mason se introdujo detrás del agente tan de prisa, que sus sombras se mezclaron.

Del fondo de la casa salió una aguda orden, el crepitante ruido de una pistola que hacía fuego, luego el pesado estampido del disparo de una automática y por fin silencio.

Había luces en el *living* que Jason Bartsler empleaba como oficina. Las puertas estaban abiertas.

Mason dijo:

—Sigamos por aquí.

—¡Espere un minuto! —dijo el agente—. Tómelo con calma. Abramos primero la puerta de la calle.

—No, no. Sigamos este camino. Hay un cuerpo allí.

El agente miró, siguiendo la dirección indicada por el dedo de

Mason.

El hombro y el brazo de un hombre que yacía extendido sobre el piso eran visibles a través de la puerta. La mano sostenía una automática.

El agente, vacilante, avanzó con su cachiporra preparada.

Una voz llegó procedente de la ventana posterior.

—¡Eh, Bill, un hombre trató de salir por aquí! Este mozo, Paul Drake, le echó la zarpa; pero no pudo sujetarlo. El hombre consiguió libertarse en el preciso momento en que yo llegaba. Le grité que se detuviera y el individuo me hizo fuego. A mi vez le hice fuego y lo herí. El hombre logró meterse en una callejuela. Dejó un rastro de sangre.

—¡Arréstelo! —vociferó— ¿Quién está guardándole la espalda?

—Pensé que se lo había dicho.

—¡Muy bien, ya sé! Permanezca con él. Hay un cuerpo aquí.

Penetraron en la habitación.

Jason Bartsler yacía cuan largo era sobre la alfombra del *living*. De una pierna encogida bajo su cuerpo brotaba un lento hilo de sangre.

Mason se puso de rodillas, tanteando la muñeca de Bartsler.

—El pulso está bien —aseguró—. Hay que buscarle las heridas. Dele la vuelta.

—Ponga la pistola fuera del alcance de su mano —pidió el oficial.

Mason volvió el cuerpo de Bartsler. La pistola se deslizó de sus dedos inertes. Las manos del abogado apartaron a un lado el ropón que cubría el pijama y tiró hacia atrás la chaqueta de la prenda. El agente sosteniendo todavía en una mano la cachiporra, tiró hacia abajo con la otra la parte inferior del pijama.

La bala había penetrado justamente encima de la rodilla derecha de Jason Bartsler y salido a través de la pantorrilla. Parecía ser la única herida.

Mason se inclinó y olfateó la boca del arma. La habían disparado recientemente.

—Se desmayó de resultas de la impresión —dijo Mason—. Parece como si la bala hubiese afectado la articulación. Depositémoslo sobre ese sofá y traigámosle un poco de coñac.

—Vea —repuso el agente sin moverse para dar cumplimiento a

las instancias de Mason—; permítame que sostengamos una pequeña conversación. ¿Quién se introdujo aquí?

Fue a la puerta de la calle, la abrió y volvió.

Dijo Mason:

—Alguien trató de matar a Jason Bartsler.

—Pues a mí me parece que Jason Bartsler trató de asesinar a alguien.

—Dejaremos que él lo explique —replicó Mason— cuando vuelva en sí. Vamos. Pongámoslo en ese canapé.

El agente ayudó a Mason a colocar el herido en el sofá. Mason halló un poco de coñac, humedeció con la bebida los labios de Bartsler, lo sostuvo bajo las ventanas de su nariz y dijo al agente:

—Lo mejor será procurarse una ambulancia.

Una sirena resonó más allá de la puerta y vibró en el silencio mientras el coche que la accionaba se movía hasta estacionarse junto al bordillo.

—Parece que ahora viene una —apuntó el agente.

—Ignoro por qué viene, a menos que sea un caso de transmisión de pensamiento —observó Mason.

Los párpados de Bartsler se agitaron. Mason deslizó una mano bajo la cabeza del herido.

—Beba un trago de esto.

Mason sostuvo el vaso en la boca del hombre. Bartsler bebió, tosió y luego extendió la mano hacia el vaso.

—¿Le di? —preguntó.

—No lo sabemos todavía —respondió Mason.

Pesados pasos sonaron en el porche. Unos hombres se precipitaban mezclados en el *living*, divisaron a los ocupantes y se detuvieron. El teniente Tragg miró al agente del coche policíaco, a la figura yacente y a Mason.

—¿Qué ha ocurrido?

—Frank Glenmore intentó matar a Jason Bartsler. Creo que llegamos a tiempo. Uno de los agentes disparó contra Glenmore mientras trataba de huir por la puerta posterior.

Tragg abarcó de una ojeada la situación y dijo a uno de los agentes:

—Muy bien, salga a ayudar a su compañero. Vean si pueden localizar a Glenmore. Nosotros cuidaremos de esto. ¿Cómo se

siente, Bartsler?

—Un poco débil —repuso éste—. ¿Qué podemos hacer con esta rodilla?

—Traeremos una ambulancia —dijo Tragg, y luego se dirigió a Mason—: Lamento que no hayamos venido antes. Estuve ausente. Cuando llegué, Holcomb me refirió su conversación telefónica. Creía haberse mostrado hábil; pensó que usted estaba planeando algo y que se proponía utilizar a la policía para darle aire de autenticidad.

—Ya lo sé.

Tragg añadió:

—En cierto modo, no tiene derecho a censurarle —se volvió a Bartsler—. ¿Puede usted decirnos qué ocurrió?

Bartsler alargó la mano hacia la segunda copa de coñac que Mason le ofrecía. Dijo:

—Glenmore hizo una llamada telefónica. Le oí hablar. Parecía excitado. Poco después quise yo hacer una llamada, pero el aparato no funcionaba. No comprendí la causa. Miré detrás del teléfono y vi que los cables estaban cortados. Al instante entré en sospechas. Fui al escritorio y extraje mi automática. Pero no sospechaba de Glenmore. Sospechaba de mi esposa.

»Entró Glenmore. Me preguntó algo y dio una vuelta a la silla. No sé qué fue lo que repentinamente me hizo entrar en sospechas, pero el caso es que di una ojeada al espejo y vi que Glenmore tenía una pistola. Salté del sillón, estirando la mano para alcanzar mi automática, y él hizo fuego. El disparo me hirió en la rodilla y me derribó. Aún no había podido apoderarme de mi automática.

»Estaba virtualmente indefenso, y vi a Frank apuntando fríamente. Leí el asesinato en sus ojos. Y precisamente en ese instante se oyó el sonido de la sirena policíaca y eso aturdió a Glenmore. Miró aprensivamente hacia atrás por encima de su hombro y luego disparó. Giré con brusquedad, y la bala fue a parar más allá de mi cabeza, penetrando en el piso. No creo que haya errado por más de una pulgada. Por mi parte, había logrado adueñarme de mi pistola, y Frank echó a correr. Se volvió en el umbral para descerrajarme otro tiro y nos despachamos mutuamente con plomo. No sé si le acerté o no. Le largué otro tiro al vuelo mientras se volvía para correr. Creo que esta vez le herí,

porque se tambaleó, se aferró a la hoja de la puerta, se volvió y disparó de nuevo. Debía de estar aturdido por el dolor. Oí pasos, gente que corría y… Creo que me desmayé… ¿Y qué le trae a usted tan oportunamente? ¿Cómo se le ha ocurrido presentarse aquí, Mason?

—Me lo figuré. Sabía que Mildred Danville debía haberle quitado el niño a Helen Bartsler para ocultarlo en alguna parte. Tuve razón al creer que había recurrido a la señora J.
C. Kennard.
¿Recuerda que le vino a visitar para verlo a usted la noche en que le amorataron el ojo a Diana Regis?

—Sí, sí. Pero deseaba verme por ese asunto de la mina.

—Lo pensó cuando se instaló aquí —le dijo Mason—. Pero lo que ocurrió fue que sospechó de Mildred Danville. Sabía que el nombre de la criatura era Robert Bartsler. Buscó un Bartsler en la guía telefónica. La mujer le explicó que tenía bajo su custodia un niño que respondía al nombre de Robert Bartsler y que lo había confiado a sus cuidados una mujer llamada Mildred Danville, y que se preguntaba si eso era correcto. Glenmore esbozó un rápido plan. Si conseguía entrar en posesión del niño, obtendría una dosis de autoridad. Es evidente que sabía que se preparaba una demanda de divorcio. Es concebible que intentara apoderarse del niño para entregarlo al mejor postor. Ignoro con exactitud cuál era su situación aquí, pero es por demás evidente que Glenmore procuró hacerlo. Dijo a la señora Kennard que viniera, y cuando llegó sacó él a relucir ese cuento acerca de la mina, para apartar a Diana de toda sospecha. No había anticipado aún ninguna audiencia cuando permitió entrar a la señora Kennard.

»Glenmore condujo a la señora Kennard a una habitación, habló con ella e hizo una especie de trato. Luego la condujo a su presencia, después de aleccionarla acerca de la propiedad de la mina que iba a ofrecerle a usted. Barrunto que Glenmore condujo la mayor parte de la conversación.

—Así lo hizo. Pero ¿dónde está mi nieto, Mason? Si usted lo ha encontrado…

—Calma —dijo Mason—. Estoy llegando al caso. Deseo explicar el otro punto mientras el teniente Tragg está aquí. Como si lo estuviera viendo, deduzco que ocurrió antes, porque usted

recordará que Glenmore dijo que únicamente él habló con la mujer unos minutos antes de introducirla a su presencia, y usted habló con ella contados minutos. Pero sabemos que debió de haber permanecido en la casa unos cuarenta y cinco minutos o más. Y toda vez que conversó usted con ella sólo unos cinco o diez minutos, es obvio que Glenmore debió haber hablado con la mujer en forma harto detallada.

»Sin embargo, el trato estaba ya concertado, y Glenmore permaneció cómodamente repantigado. Lo tenía a usted donde deseaba.

—¡Fullero de los demontres! —barbotó Bartsler—. Lo sorprendí en una trampa financiera que quise poner en orden. Insistí para que interviniese un técnico contable, que iba a empezar a trabajar mañana. No comprendí cuán seria era la situación.

Mason prosiguió:

—Glenmore arregló las cosas con la señora Kennard de modo que ésta tomase a Robert y fuese a vivir con su hermana, adoptando grandes precauciones para que no pudieran seguirle la pista. Pero cuando Diana Regis contó a Mildred Danville cómo le amorataron el ojo, y mencionó que una mujer imponente, coja, había venido a visitarlo y estaba justamente llamando cuando llegó Diana, Mildred comprendió súbitamente lo que había ocurrido. La descripción de la señora Kennard fue tan vívida, que la joven se hizo cargo al punto de que Glenmore había sobornado a la señora Kennard para traicionarla.

Así fue que Mildred decidió hacer las paces con Helen Bartsler, y citó a Helen para las diez. Pero antes de que Helen llegara a esa cita, intervino Frank Glenmore, sellando para siempre los labios de Mildred.

—¿Cómo sabía que Mildred estaba al tanto de sus proyectos?

—Puede haber únicamente una explicación —dijo Mason—. Cuando Mildred supo por Diana que Glenmore había hablado con la señora Kennard, cometió el fatal error de telefonear a Glenmore y comunicarle lo que sabía. Eso pudo haber resultado bien si los motivos de Glenmore hubiesen sido sólo monetarios, pero creo que descubriremos que tenía alguna razón que no se ha puesto todavía en claro para desear el ejercicio de un dominio sobre Jason Bartsler. Está de espaldas contra la pared. Reducido a la impotencia, Mildred

probablemente le invitó a reunirse allí en la casa de Helen, con el niño. En cambio, fue allí con el propósito de hacer cualquier cosa antes que entregar el niño hasta que él hubiera obtenido lo que deseaba. Mildred tenía una pistola. Cometió el error de intentar usarla. Glenmore consiguió arrebatársela y en un acceso de desesperación, tiró sobre ella. Luego limpió la pistola cubierta de huellas dactilares, la llevó al departamento de Mildred y la dejó en un sitio a todas luces tentador, un sitio donde Diana la tocaría.

—¿Cómo entró?

—Un hombre presa de la desesperación de Glenmore no iba a permitir que le detuviera la simple puerta de una casa de departamentos.

—En tal caso —señaló Tragg—, Helen debió de haber mentido cuando dijo…

—Por supuesto que estaba mintiendo —interrumpió Mason impaciente—. Estaba tratando de guardarse a sí misma y salvar su pellejo. Las cosas estaban ya bastante complicadas para Helen sin necesidad de las dificultades derivadas de un asesinato. Hay una porción de ángulos relacionados con este aspecto del asunto, que todavía ignoramos, teniente. Y no disponemos ahora de tiempo para internarnos en ellos. Pero cuando Helen vio que parecía que iba a llover, abrió la espita del depósito del agua…

—Se anotó usted un buen tanto —admitió el teniente Tragg—. Uno de los agentes de la Brigada de Homicidios se me acercó después de la sesión de la audiencia, esta tarde, y me dijo que recordaba que la espita del depósito estaba abierta, y que su chorro formaba una verdadera corriente.

Mason asintió con la cabeza.

—Este es uno de los aspectos más importantes del caso. Significa que Mildred pudo haber sido muerta antes de que comenzara a llover. Fue asesinada más temprano de lo que usted piensa.

—Pero ¿y mi nieto? —protestó Bartsler—. ¡Por el diablo que quiero ver a mi nieto! No pasará mucho antes que un condenado médico se apodere de mi… ¡Quiero ver a mi nieto!

Mason se volvió hacia uno de los agentes.

—¿Querría hacerme el favor de salir y decirle a la señorita Street que está afuera, en el coche, que traiga al niño? Dígale que todo está arreglado ahora y que no tenemos nada que ocultar a la

policía.

El agente miró a Tragg pidiendo confirmación.

—Vaya —dijo el teniente Tragg.

Sonaron pasos precipitados mientras alguien se acercaba presuroso por la calzada que partía del lado de la casa. Oyeron pasos en el porche, luego el agente del coche que persiguió al de Mason irrumpió en la pieza, captó la mirada del teniente Tragg, asintió con la cabeza y dijo:

—Drake encontró al fugitivo en una puerta próxima a una leñera, Tendrá que obrar con rapidez, teniente. ¿Hay aquí alguien que sepa taquigrafía?

Tragg frunció el ceño, mirando el circulo de caras.

Dijo Mason:

—Nosotros nos quedaremos con el niño. Pueden utilizar a Della Street.

—Tendrá que apresurarse —le advirtió el agente.

Tragg salió de la puerta con rápidos pasos y tropezó con Della Street, que llegaba.

—Pronto, señorita Street, venga conmigo. ¿Tiene un lápiz y un cuaderno en el bolso?

Della Street asintió con la cabeza.

—¿Su estómago es bastante fuerte como para permitirle tomar la declaración de un moribundo?

De nuevo asintió la secretaria con la cabeza.

Mason tomó de sus brazos el niño, su mirada se encontró con los ojos de Della Street, hízole una señal advirtiéndole que guardara silencio y entró en la habitación con Robert Bartsler.

20

Della Street se acomodó junto a Mason en el asiento delantero del coche.

Mason hizo avanzar el coche, alejándose del caserón donde la gente se estaba apiñando confusamente en derredor, donde los fotógrafos de los periódicos estaban quemando magnesio y formulaban preguntas.

—¿Un poquito desagradable, Della? —preguntó Mason, solícitamente.

—Un poquito, pero no demasiado. Fue herido de bala en la espalda. Erraron la espina dorsal, pero… Bueno, por supuesto sobrevino el fin; y en cuanto a lograr la declaración en trance de muerte como admisible con carácter de prueba, se mostraron brutales. Le dijeron que se estaba muriendo, y le hicieron admitir que lo sabía.

—¿Confesó?

—Sí, todo. Sospecho que de cualquier manera usted lo sabe ya. Tragg dijo que los detalles eran casi exactamente como usted los construyó. Glenmore tenía a su cargo las operaciones mineras y estaba convenido que obtendría una ganancia sobre cada tonelada de mineral desmenuzado. Bueno, se encontraron con una mezcla de minerales que traería aparejada la ruina del negocio, pero algunas de las minas guardaban una producción bastante rica, y Glenmore fue mezclando subrepticiamente otras rocas con ese rico mineral, de modo que el tonelaje de las minas fue siempre el mismo. Pero claro está que era mucho más fácil para él recoger rocas del vaciadero que excavarla. De ese modo había estado obteniendo casi el doble del importe de la paga. Por supuesto que tenía algunos de los miembros principales de su cuadrilla trabajando en combinación con él. Bartsler concibió sospechas, y Glenmore estuvo buscando algo que permitiera presionar a Bartsler, algún punto de apoyo para

dominarle… ¡Ah, bueno! Usted ya conoce de cualquier manera todas las respuestas.

—¿Dijo algo acerca de que el niño no era nieto de Bartsler?

—No, honradamente, jefe. No creo que lo supiera. Aparentemente pensó que Mildred Danville había intervenido en la situación y raptado al niño. ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Mason viró en redondo y permitió que los faros delanteros iluminasen una figura que avanzaba cojeando por la acera.

—Parece como si le hubieran asaltado… ¡Es Carl Fretch!

Mason abrió la portezuela y salió del coche para saltar sobre la acera.

—Hola, Fretch —dijo—. ¿Qué ocurre?

Fretch le dirigió una mirada que a todas luces pretendía expresar su desdeñosa dignidad, y siguió su marcha.

—¡Eh! —insistió Mason— ¿Qué ha ocurrido?

Fretch ni siquiera se volvió a mirar.

Mason dijo a Della Street:

—Deseaba hablar con él y decirle lo que pasó en la casa ¡Bueno, dejémoslo ir!

—¿Qué diablos supone usted que le pasó? —preguntó Della.

Mason sonrió.

—El muchacho —dijo— estuvo fuera con una de las empleadas de Paul Drake, como recordarás. La muchacha recibió orden de obtener información, pero sin extremar las concesiones para lograrlo. Y, según tendrás presente, al paso que constituía en sí un plato poco apetitoso, había estado realmente en el *ring* con un *sparring-partner*, en calidad de campeona femenina de peso pluma. Evidentemente, los éxitos pugilísticos de Carl se le habían subido a la cabeza. Si es que se dispone a representar el papel de hombre de las cavernas, tendrá que aprender el varonil deporte de la defensa propia.

Della Street rió.

—¡Espere hasta que Diana lo vea! Ha conseguido un hermoso ojo que va a brillar pasado mañana.

Mason dijo:

—Paul Drake tiene algunas buenas empleadas, pero sus coches están en deplorable estado.

—¿Cómo regresará ahora que hemos cogido su automóvil?

—¡Bah, la policía le llevará! Como ha participado en el tiroteo, servirá de testigo y no concluirán con él hasta dentro de una hora o dos. Entretanto, Della, tenemos algo que hacer.

—Soy una lectora del pensamiento —repuso la joven—. Vamos a comer un bocado.

—Algo que me quite de la boca el gusto a chocolate.

—A mí también —dijo Della riendo.

—Quizá podamos encontrar una jugosa tajada por alguna parte, con setas y tal vez algunas patatas y pan francés tostado de modo que por fuera parezca de un pardo dorado, pero caliente y esponjoso por dentro, y…

—Y como es tarde —dijo Della Street—, e improbable que se presenten nuevos clientes, quizá podamos ponerle un poco de ajo…

—Y una botella de vino tinto para acompañarlo —concluyó Mason.

—¿Qué es eso que parece que nos acecha por la espalda?

—Nada más que el temor de que el sargento Holcomb haya descubierto que hemos estado violando los reglamentos de velocidad —admitió Mason riendo.

Preguntó Della Street:

—¿Cómo va usted a dar a Bartsler la noticia de que el niño no es su nieto?

—¡No seas tonta! No pienso decirle semejante cosa.

—¿Quiere usted decir que va a dejarlo?

—¿Por qué no? —replicó Mason—. El niño es actualmente huérfano. Nadie sabe quién es su padre. Su madre ha sido asesinada Tiene un certificado de nacimiento que lo describe como el hijo de Robert Bartsler, y le confiere legalmente el nombre de Robert Bartsler, hijo. Bartsler tiene un montón de dinero y el chico traerá la unión de Bartsler y Helen y…

—¿Pero Bartsler no lo sabe? ¿No ha advertido que no hay en el niño la menor semejanza de familia? Eso…

Mason rió.

—Nada más que para mostrarte, Della, que interpretamos las pruebas justamente del modo que deseamos interpretarlas, tendrías que haber oído hablar a Bartsler acerca del niño. Antes de que llegara la ambulancia, Bartsler estaba trabando conocimiento con el muchachito, y te juro que me pareció que ni siquiera tenía

conciencia de que su rodilla le estuviese doliendo. Su rostro estaba iluminado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a los supuestos rasgos de familia. Me señaló como el niño tenía la frente de su madre y la boca de su hijo, y los ojos eran la exacta imagen de los de la madre de Bartsler, y…

—¡Dios mío! —interrumpió Della Street—. ¡Y eso lo dice un escéptico que se jactaba de ser difícil de persuadir!

—Exactamente —dijo Mason—. Demuestra, sencillamente, cuán crédulo puede llegar a ser un hombre, a despecho de sus esfuerzos por mostrarse cínico y duro de sentimientos, cuando se presenta algo en que desea creer. ¿Cuántos hombres, al mirarse en un momento dado en el espejo, se ven tal como son? Contemplan la imagen mental que han creado de sí mismos, sea la de diez o veinte años antes.

Della Street rió:

—Usted está hablando ahora de las mujeres.

—No —repuso Mason— una mujer es más leal consigo misma, un poco más exacta en su estimación. Las mujeres no son tan inocentes como para adoptar la actitud de los hombres. Son más románticas y más realistas a la vez.

Mason hizo girar el coche en la esquina, penetrando en una calle lateral.

—¿Recuerdas este rinconcito, Della? —preguntó con entusiasmo —. Aquí está el restaurante donde sirven esta pasta densa parecida a un pan, con queso y salpicado de especias.

—¡Oh, sí! —exclamó Della— ¡Y tienen un vino maravilloso! Hace largo tiempo que no comemos aquí, jefe.

—Paul Drake y yo solíamos reunirnos aquí —dijo Mason—. Me pregunto si Paul terminó su comida. No lo averigüé.

Mason y Della Street entraron en el restaurante. El propietario los reconoció y los escoltó.

Preguntó Della Street, después de beber un cóctel acompañado de aceitunas:

—¿Qué va usted a hacer con el diario de Mildred, jefe?

—Con la debida ceremonia —dijo Mason— voy a quemarlo. Después de todo, un abogado es como un médico, con la sola diferencia de que mientras un médico atiende la salud del cuerpo,

un abogado atiende la salud de las mentes, aunque tenga que hacer un poco de chantaje.

—¿Quiere usted decir chantaje a Helen?

—Sí. Si es una buena chica y trata debidamente a Bartsler, le prometeremos mantener el diario fuera de la circulación.

—Eso es una jugada de dudosa limpieza —dijo Della Street.

—Exacto.

—Pero ¿y Bartsler? ¿Quién o qué lo mantendrá en línea?

—Creo que el nieto se encargará de eso —dijo Mason—. El…

—¡Por el amor de Dios! Pero si ahí está Paul Drake pisándonos los talones.

Drake cruzó el comedor diciendo:

—¿Conque esas teníamos, Perry? No vas a empezar a cenar y dejarme a mí fuera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mason— ¿No terminaste tu cena antes de que mi llamada telefónica te interrumpiera?

Drake frunció el ceño como recordando lo pasado.

—¡Ah, eso! —respondió súbitamente— ¡Claro! Perdí el postre, pero aproveché los otros platos. ¡Pero de entonces ahora ha pasado un buen rato! Han ocurrido una porción de cosas desde entonces.

—¿Quieres decir que se te ha despertado de nuevo el apetito y que vas a participar de nuestra comida? —preguntó Mason con los ojos parpadeantes.

—Exactamente —respondió Drake—. Tuve idea de que habrías venido por aquí. Y esos malditos policías me buscaron un taxi. Lo encontrarás en la lista de gastos. Pero, amigo, ¡dejaste la casa de Bartsler cinco minutos antes de lo debido!

—¿Por qué?

—Habrías visto a Carl Fretch.

—Le vi.

—¿Dónde?

—En la calle, a unas dos manzanas de la casa. Iba caminando.

Drake echó atrás la cabeza y rió.

—Justamente antes de que llegara, mi empleada me telefoneó. ¿Recuerdas que te dije que la muchacha había practicado el boxeo?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues consiguió que Carl admitiese haber estado en el departamento de Diana. Se jactó del modo cómo su habilidad de

actor había engañado completamente a los policías.

—¿Qué razones dio para haber ido al departamento, Paul?

—¿Deseas que te bosqueje un cuadro?

—¡Si es sólo eso!

—Únicamente eso. El muchacho, de acuerdo con los informes, es un lobo voraz, que confía en el chantaje y la cachiporra para complementar los frutos de sus atractivos. Le dijo a mi empleada que ninguna mujer había logrado jamás eludirle. Sacó en cera los moldes de las llaves de Diana; y añadió que después de golpear un hombre a una mujer, con habilidad y fuerza, quedaba ésta poseída de un instintivo deseo biológico de entregarse.

—Continúe —dijo Della Street, sonriendo—; esto va a ser bueno.

—Bien —prosiguió Drake—; mi empleada estuvo informando un tanto presurosamente por teléfono. Dijo que me daría interesantes detalles más tarde. Pero Carl pensó que le estaba traicionando, toda vez que se hallaba suministrando información a su respecto. Cuando realmente se convenció de que había apreciado la situación y se había dejado engañar, recurrió a la violencia. Mi empleada cree que se ha roto un dedo. Además, tenía su coche. Carl regresó caminando a su casa.

—¿Cómo lo tomó Carl, Paul?

Drake dijo:

—Debieras haber oído al muchacho sollozar su historia al teniente Tragg. Un par de dientes quedaron fuera de combate, y renqueaba cuando…

—Alguien se acerca —dijo Della Street en voz baja.

Mason alzó la mirada hacia el hombre que había dejado a una mujer que la acompañaba sentada a una mesa, y ahora avanzaba hacia él.

—Vaya, Della —dijo Mason—, parece que no vamos a disfrutar de la menor soledad.

—¡Ah, ya os dejaré si vais a poneros furiosos por eso! —sonrió Drake—. Pensé que Della me concedería unas vueltas de baile antes…

El hombre se detuvo en la entrada del reservado y aclaró su garganta.

—Usted me perdonará que les interrumpa —dijo—, pero es usted Perry Mason. Lo he visto en los tribunales y he estado toda la

vida tratando de dar con usted. Cuando entró aquí, pensé que era el destino que lo traía. Debo simplemente consultar a usted acerca de algo que es para mí motivo de inquietud, algo más bien misterioso, y muy importante.

Mason sonrió y meneó su cabeza.

—No hasta después de que haya bebido otro cóctel y saboreado algunos platos especiales, unos filetes y…

—Esperaré —dijo el hombre ansiosamente—, si habla usted únicamente conmigo.

—Mientras comemos un plato de entremeses —advirtió Mason —. ¿Alrededor de qué gira todo?

—Alrededor de un pez.

—¿No estará usted por casualidad burlándose de mí?

—No, no —dijo el hombre—, un pececillo de colores.

—¿Y es importante?

—Por supuesto, es importante. ¡Me está llevando a la locura! Pero no permita que le interrumpa ahora. Estaré esperando en aquella otra mesa con mi acompañante y si se une usted a nosotros de sobremesa para beber un coñac, le daré todos los informes sobre lo que a mí me preocupa y a usted le interesará [3].

F I N



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A.
A. Fair,
Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa*

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A.
A. Fair,
varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] El billón norteamericano equivale a mil millones. (Nota del T.).
<<

[2] Interrogatorio policíaco muy intenso. <<

[3] Se refiere al tema de la novela «El caso del bolso de la vampiresa». <<